Literatura y Justicia

Agua

Jorge Fernández

Prólogo de César Eduardo Carrión

Prohibida su venta



C O L E C C I Ó N

Literatura y Justicia



Jorge Fernández

Agua

Prólogo de
César Eduardo Carrión

COLECCIÓN
Literatura y Justicia

Fotógrafía de Portada: Andrés Laiquez **Diseño y Diagramación:** Alejandra Zárate / Jonathan Saavedra **Revisión Bibliográfica:** Gustavo Salazar **Revisión y Corrección de Textos:** Susana Salvador Estefanía Parra **Apoyo Administrativo Editorial:** Gabriela Castillo / Johanna Zambrano **Mensajería:** Luis Flores
Apoyo Técnico Gaceta Judicial: Santiago Araúz

ISBN 978-9942-8513-9-0
Proyecto Editorial Consejo de la Judicatura
Reina Victoria N23-101 y Wilson
www.funcionjudicial.gob.ec

Editogram S.A.
Distribución Diario *El Telégrafo*

PUBLICACIÓN GRATUITA
Quito, Ecuador 2014

Contenido

Prólogo de César Eduardo Carrión 9

Domingo, día de feria 21

Pelota de guante 45

Cantina y chichería 55

Días de labor 87

¿Por qué? 211

Agua, territorio de la justicia

El agua es territorio de disputas judiciales, a pesar de que la Constitución Política del Estado la defina como un «patrimonio nacional estratégico de uso público, inalienable, imprescriptible, inembargable y esencial para la vida». Esta afirmación nos enfrenta a un desafío inevitable: para disfrutar del agua, tenemos que renovar constantemente el pacto social que nos define como comunidad, porque el agua es un bien natural muy escaso y, por lo tanto, debemos aprender a compartirlo. El agua es territorio de contiendas económicas, a pesar de que la misma Constitución Política del Estado establezca que «El derecho humano al agua es fundamental e irrenunciable». Esta afirmación jurídica desemboca en una paradoja: para gozar del derecho al agua debemos pagar, porque el Estado realiza enormes esfuerzos para preservarla y distribuirla. El modo en que consumimos y

compartimos el agua nos define como individuos, y nos muestra las posibilidades que tenemos de sobrevivir como sociedad.

De esta forma podríamos resumir el asunto que ocupa la novela de Jorge Fernández (1912-1979) titulada, precisamente, *Agua* (1936). Se trata de un artefacto literario temprano de aquella generación conformada por Augusto Sacoto Arias, José Alfredo Llerena, Ricardo Descalzi, Humberto Vacas Gómez, Atanasio Viteri y Alejandro Carrión: el llamado grupo ELAN. El mayor mérito de esta obra de juventud radica en la fortaleza con que nos muestra la precariedad en que vivían los campesinos ecuatorianos a inicios del siglo XX. Fernández nos enseña que frente a la ausencia de un Estado nacional consolidado, que interviniera como árbitro de las pugnas entre los terratenientes y los comuneros indígenas, en torno de la propiedad de la tierra y el uso del agua, la violencia parecía ser el camino natural para definir los términos de la justicia. Lo que más llama la atención de esta breve novela es el modo en que los acontecimientos se resuelven, en beneficio de los agredidos por aquellos más cercanos al poder económico y político. *Agua* es una especie de parábola sin moraleja.

En efecto, la novela está basada en una suerte de «justicia poética», donde la maldad es castigada y la bondad premiada al final de los acontecimientos. Pero esta idea, que podría parecer demasiado simple y trillada,

está enriquecida por una exposición que coquetea con la vanguardia literaria de aquella época, sin dejar de lado el interés por exponer con claridad cierta tesis política. *Agua* está contada desde varios puntos de vista y con la dicción de varias voces, algunas anónimas y casi fantasmales, que representan la voz del pueblo. En ocasiones, la voz de aquellas multitudes sin identidad cierta hace las veces de un coro griego, que da la pauta del sentido moral que el narrador evita imponer al relato: el lector tiene que participar activamente en la construcción del significado. A estas circunstancias se suma otra dificultad: el argumento central aparece intermitentemente, en medio de anécdotas dispersas que pintan un paisaje humano corrompido por la ambición y la pobreza extrema. *Agua* es una novela hecha de retazos, que el lector debe recomponer si quiere percibir el verdadero alcance de la trama.

Esta novela nos cuenta la disputa por el manejo del agua para el riego entre los comuneros de Quero y un pequeño pero ambicioso terrateniente de Pelileo, llamado Juan Astudillo. Así como ocurre con el patriarca de *Los Sangurimas* de José de la Cuadra y otros personajes paradigmáticos de la literatura ecuatoriana y latinoamericana de los años 30, Juan Astudillo desciende de un pasado heroico y es al mismo tiempo un villano involuntario, una víctima de su tiempo. El viejo Astudillo militó en las filas de los montoneros de Eloy Alfaro; es un héroe de

guerra, pero también es un alcohólico, un padre desamorado, un marido rudo y desentendido. El pueblo murmura que las tierras que posee las obtuvo engañando a los campesinos más pobres e ingenuos, e imponiendo su mano dura y astucia. Y así como ocurre en otras historias de la época, Astudillo disfruta de la complicidad del teniente político y el cura del pueblo, compañeros de juerga que, como él, son viciosos, prostibularios. Este trío conforma el conjunto prototípico de los poderes económico, político e ideológico, conjurados para someter a los indígenas y mantener el esquema de explotación colonial.

Esta novela de Jorge Fernández orbita en torno del movimiento renovador del llamado Realismo Social de los años 30, apelando al mismo tiempo a la tradición literaria. *Agua* recupera del Costumbrismo latinoamericano de finales del siglo XIX la preocupación por dibujar el paisaje cultural de la época. De entre los retratos de costumbres, ambientados en la plaza y en la feria de fin de semana, resalta la descripción detallada del juego de Pelota Nacional, llena de rasgos humorísticos y guiños al lector entendido en este deporte. Posiblemente se trate de uno de los primeros y pocos cuadros sobre este tema que podemos hallar en la Literatura Ecuatoriana de ficción, si es que no es el único. En esta misma línea, reproduce en los diálogos de los personajes los giros dialectales y las formas coloquiales propias del habla castellana de los

Andes ecuatorianos. Pero estos rasgos regionales están combinados con las ideas socialistas, que asignaban a la literatura la misión de denunciar la lucha entre las clases sociales, que heredaron del pacto colonial una estructura de castas inamovible, legitimada por el Estado oligárquico y las autoridades locales de la Iglesia Católica.

Asimismo, *Agua* hereda del Realismo Esperpéntico y el Naturalismo finisecular la necesidad de retratar a los personajes marginales y descastados, como una prueba de la degradación a la que puede llegar la naturaleza humana cuando es sometida a la injusticia y la opresión. El personaje del Mudo Manuel es el prototipo del débil mental y el deformado físico: es un imbécil, en el sentido más riguroso del término. Es el ejemplo del individuo que debe ser tutelado, como si fuera un menor de edad, por quienes detentan el poder, debido a que es incapaz de emanciparse y ejercer la ciudadanía. Si bien esta novela es una obra que se ubica cerca de la vanguardia latinoamericana de inicios del siglo XX, es al mismo tiempo un texto legible, fácil de decodificar. Se trata de un libro esquemático en más de un sentido. Una prueba de ello es la relación entre los personajes Pancho y Lola: él es un campesino descendiente de indígenas huasipungueros, y ella es la chola más bella del pueblo, hija ilegítima de una sirvienta doméstica y padre desconocido, pero apetecida por muchos en el pueblo.

Lola sigue de alguna manera el destino trágico de su madre. Se embaraza del cura Carrera, que conserva la prebenda de iniciar sexualmente a las novias del pueblo antes de la boda, en plena preparación para el sacramento del matrimonio. El cura se convierte de esta forma en el agente que perpetúa la práctica medieval europea de la prima nocte o el «derecho de pernada», que los señores feudales practicaban como una forma de afirmar el derecho sobre sus tierras, poblándolas de primogénitos no reconocidos de su propia estirpe. En este sentido, la novela de Fernández pone en crisis el significado de la justicia que operaba en las zonas rurales ecuatorianas, cuestionando el modo en que ciertas costumbres arcaicas estaban naturalizadas como si fuesen parte de un derecho consuetudinario, no formalizado en ley alguna, que sin embargo subsistía al margen del control del Estado nacional. La figura del cura Carrera es más que un personaje pervertido. Es casi un símbolo cultural. Y Lola es una de tantas mujeres cuyos nombres ignoramos, víctimas de una sociedad al borde de la disgregación.

Es precisamente en el personaje del cura del pueblo que la novela expresa mejor su color político. La escena de la confesión del indio Chamorro es especialmente clara. El indígena va a pedir perdón por sus pecados, y gracias a la retahíla de sus faltas, algunas reales y otras un tanto imaginarias, el sacerdote se hace una idea clara de las debilidades de los campesinos y

de la posibilidad que tiene de manipular esos secretos en su propio beneficio. El indio postrado a los pies del cura, embarrado de excrementos y balbuciendo las oraciones que el clérigo le dicta, es la estampa viva de la estética del indigenismo, cuya llegada al Ecuador esta novela acompaña. La estética del feísmo se acentúa aún más con la cruda descripción del asesinato de Chiliquinga en manos de uno de sus vecinos, y con otra escena en la que se cuenta la castración, desollamiento y desmembramiento de uno de los comuneros, en manos de anónimos vengadores.

A pesar de que esta novela responde a formas y motivos que ahora nos parecen lugares comunes de la Literatura Ecuatoriana de los años 30, se destaca entre otras cosas por la función que cumplen algunas mujeres en la trama. La esposa de Astudillo, por ejemplo, es una compañera activa, que ordena el hogar y cuida de su familia, pero que también exige una respuesta equivalente de su desordenado y pasional esposo. Antonia es algo más que una hembra sumisa, pues apoya sin objeciones la ambición de Astudillo, no solamente por cumplir su rol femenino, sino por su acuerdo en ascender en la escala social. Otra figura interesante es Obdulia Herdoíza, mestiza emancipada, cuya autonomía le permite incitar a los indígenas del pueblo a robar para sobrevivir. Para ella, este acto de auto conservación es más bien un gesto de rebeldía y resistencia frente a la exacción de la que son víctimas

los campesinos de Pelileo.

Además de Juan Astudillo, el pequeño y ambicioso propietario, nos encontramos con Carlos Íñiguez, el hacendado poderoso y distante. Si bien su presencia no es relevante para entender el sentido político de la novela, su intervención tangencial desata el clímax de la historia. Cuando se entera de que sus trojes y graneros se están reduciendo por causa de una serie de misteriosos robos, presiona al Teniente Político, Francisco Quiroz, para que inicie la investigación pertinente. Los indígenas y campesinos desesperados por la sequía y la hambruna, habían encontrado en las reservas del señor feudal la única oportunidad para sobrevivir y ocuparse de sus familias, incitados por Obdulia Herdoíza. Una vez cerrada esta puerta, los indígenas deciden aliarse a Juan Astudillo, para desviar todo el cauce de la aguas de riego hacia la comuna de Quero. Con esta artimaña, Astudillo pretendía culpar a los quereños de haber robado la parte del agua que les correspondía a los pelileños, y mediante ese alegato ganar un viejo juicio que sostenían por el monopolio de las aguas del sector. Por supuesto, el gran hacendado Íñiguez no sufre ningún daño por esta disputa, pues tiene su propio sistema de riego y reservas exclusivas que no comparte con los vecinos.

Llegado este punto, el lector encontrará la decisoria presencia del abogado defensor, irónicamente, llamado Manosalvas. Él también usufructúa del largo litigio por

el manejo de las aguas entre los de Quero y Pelileo. Al inicio, da la impresión de que se trata de un abogado serio, comprometido con la causa justa de los quereños, pero conforme escuchamos sus propias palabras, nos damos cuenta de que le conviene que el juicio, que ya lleva alrededor de 80 años, no se resuelva jamás. Si el litigio permanece abierto, Manosalvas podrá seguir cobrando sus honorarios. Por el contrario, Astudillo y sus compinches solamente desean el monopolio del agua, para cobrar por cada litro que se reparta entre sus tierras y las plantaciones de los comuneros vecinos. La tensa situación no tiene salida legal ni política. El uso de la fuerza se vuelve inevitable y desata un final trágico, como consecuencia de la insensatez de Astudillo y compañía. Las muertes violentas se suceden una tras otra hasta el final de la historia.

Las anécdotas intercaladas que conforman esta novela aparecen inconexas al principio, pero luego el hilo conductor de la lucha por el agua nos obliga a navegar hasta las turbias aguas de la desdicha. Los campos de Pelileo terminan sembrados de cadáveres insepultos, de hombres, mujeres y niños apestados, que mueren víctimas de misteriosas fiebres. La pelea por el agua se convierte en una batalla por los pocos alimentos disponibles y por la necesidad de conservar la más mínima e indispensable higiene. La falsa sequía no solamente afecta a los huasipungos, sino al espíritu mismo del pueblo, que termina derrotado y enfermo.

Como en una tragedia clásica, el villano es castigado primero con la muerte de su hijo, símbolo de la posibilidad de perpetuar su influencia. La tan ansiada ascensión social no se concreta. La bella Lola también muere sin dar a luz al hijo ilegítimo que lleva en su vientre, y su marido Pancho sólo piensa en huir a la costa, para trabajar en las plantaciones que lo sacarán de la marginalidad, la pobreza, y del círculo vicioso que atrapa a todos los habitantes de Pelileo.

Se ha dicho antes que *Agua* es una novela menor del canon de la literatura nacional de inicios del siglo XX. Con todo, responde con suficiencia no solo a las inquietudes de la generación a la que perteneció Jorge Fernández, sino a sus propias inquietudes intelectuales, que lo llevaron de la literatura de ficción al periodismo, y de allí por los senderos de la docencia y la diplomacia. Del Fernández escritor se recuerda sobre todo su labor como ensayista, en obras colectivas como *Esquema para una interpretación del Ecuador, En torno a la cultura americana* y *Tránsito a la libertad*, este último dedicado a la lucha por la libertad de expresión, que él mismo defendió como columnista y editorialista del diario capitalino El Comercio.

Sus múltiples facetas de escritor y periodista, académico y docente, y diplomático, se aúnan en uno de sus legados más influyentes a nivel nacional y continental: la fundación, junto a otros recordados periodistas como Gonzalo Córdova, Marco Ordóñez

y Adrúbal de la Torre, del Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina (CIESPAL).

Es en este contexto polifacético que se entiende mejor el sentido de sus dos novelas, *Agua* (1937) y *Los que viven por sus manos* (1951), además de la colección de cuentos titulada *Antonio ha sido una hipérbole* (1933).

Jorge Fernández hereda de los grandes intelectuales ecuatorianos y latinoamericanos del siglo XIX, que fundaron nuestros países y Estados nacionales, la figura del intelectual integral, que debía ser artista, pedagogo y político al mismo tiempo. Por eso esta novela es mucho más que una rareza literaria. *Agua* es una parte del legado que los letrados ecuatorianos de inicios del siglo XX nos dejaron como testimonio de su afán por consolidar una sociedad equitativa y justa, que dejara las taras del coloniaje español en el pasado.

Eso es *Agua*: vertiente de ideas frescas que han madurado en nuestro imaginario, parábola sobre el significado de la justicia, ficción líquida que vuelve a regar los campos imaginarios de las nuevas generaciones. Agua: territorio de combates. Agua: territorio de justicia.

César Eduardo Carrión

Domingo, día de feria

Las casas sentadas en la hondonada tienen esa dócil y lerda apariencia de la follonera gruesa y voluminosa cuando se sienta en medio del sol a la vera de los caminos. Como ellas, embaladas en trajes rústicos y donosos, cuando cruza el viento estremecido, hasta semeja ese refregarse chato de las posaderas contra el suelo que las sostiene y las emerge como frutos macizos. Desplanchando, manchado el pueblo boquiabierto, bosteza a la hora del sol con un olor de cuerpo caliente, grasoso, y en la noche se acurruca tiritando, untándose del puro rumor vegetal que le traen los vientos vigorosos.

Pacienciosamente, desde hace tantos años viene viviendo, que el simple recuerdo de los abuelos actuales ya no lo saben. Larga carrera de nutrición a las ciudades de la cosecha de sus campos y a las revoluciones del amor de las madres. Por el calofrío constante de estos pueblos de vaqueros y sembradores rijosos les nace al corazón un coraje atrevido y pretencioso de su natividad regional. Sobre eso, alguna vez llegó desde lejos una idea aspaventosa de su ecuatorianidad, y toda la patria es un sonido de clarín y un color de tricolor, que se usa en los adornos domingueros y de las festividades. El asta de esa bandera es un grito bélico y querencioso e intransigente; ese tabú que timbra en seco como el rastrillo de fusil, aderezo de amor y de vida, es fijo e indispensable como un miembro, como el lazo vaquero, como la azada labradora; de él se vale para brindarle un trago al forastero que aún no le ha herido con el decir callejero y romántico de la superioridad de su otro pueblo propio.

Don Astudillo, Juan Astudillo, es de aquellos rústicos y ricos campesinos que viven

del saludo de todo el vecindario y se hacen eco los primeros por los ataques a la dignidad pueblerina; grueso, alto, de bruscos modales; hombre de mundo, jinete diestro, terco bebedor y fiestero. Anecdótico conversador de su vida, cien veces ponderada a sus familiares y mentida a los amigos en las tunas. De la novia pastelera que le obsequiaba dulces y que una Semana Santa colmara sus regalos con un enorme soldado de pan con sus iniciales. Peleó en una revolución. Cuando joven, estando con la madre en el hogar, llegaron soldados reclutando gente; él acompañó sin que lo llamen, porque era hombrecito y patriota. Combatieron en Chasqui; es que había que defender la patria en peligro. Mesándose los bigotazos macanudos, siempre terminaba:

–Me metí nomás; ni miedo me dio. Nos tomamos una zanja que nos mermaba la gente, y vieran, di'hai es que m'hicieron Sargento.

–¿Y por qué erafs la guerra, papá?

–Pues la Patria, es, verás, es… otra mama, y nu'hay que dejar que la jodan.

–Y diga Don Astudillo, ¿con quién peleaba?

–Pues vamos viendo qui'usté no sabe la Historia. ¿No le digo que pelié en Chasqui? Pues era que a mi General Alfaro no le dejaban ser Presidente, y él si qu'era buena cosa.

–¡¿Seráfs liberal compadre?!

–Comadrita: con lo que le leído a mi tocayo Montalvo, y a ese que le dicen el Ciego Vela, me gustafs; pero ¡claro que creo en Dios! ¡Cómo se a'd'decir también! El señor Cura miso me confiesa y con él hacimos todo. Es que los gobiernos di'aura ya no valen. Dondefs un García Moreno. ¿No oye lo que dicen d'él?

Cuando las tropas del Gobierno de Lizardo García fueron derrotadas, gran parte de ese ejército se dispersó en el campo. Juan Astudillo, que en realidad peleaba con las tropas de Gobierno en contra de Alfaro, recogió carcerinas y fusiles, y fugó hasta su pueblo donde permaneció escondido algún tiempo, más por conservar su precioso tesoro que por temor a la venganza política. Luego se dedicó a trabajar en el terreno de su madre, una parcela de varias cuadras, a tejer

cobijas de lana, y adquirió por fin una «representación» de las aguas de la comunidad. Todo esto le producía: mucho más lo último de tan vivo que era, ahorrando con avariento cuidado. En su desempeño por el litigio de aguas entablado a la comunidad, conquistó confianza de todos por el celo con que cumplía los encargos en el pleito, hasta asumir una especie de representación general, ganada a fuerza de tiempo y constancia. Pronto penetró en él una sabiduría tinterillesca y por ser él quien se entendía con abogados y telaraña judicial, su fortuna particular apareció de pronto acrecentada. Casó con una moza trabajadora y vigorosa, hija única de propietarios vecinos suyos y aconteció un hecho singular y del todo favorable a su porvenir social y económico. No fue más el soltero encarcelador de monedas, pues de hecho, asumió el papel de ecónoma atinada su mujer, organizando un presupuesto más humano para el hogar. Descargado de los desvelantes recelos de su contabilidad, ciertos sobrantes no incorporados a la sociedad conyugal acumulaba secretamente para uso de sus juergas de hombre corrido.

Magnífico calculador y administrador, llegó a sustentar hasta una autoridad moral en el pueblo. De cuando en cuando compra periódicos en la mitad del precio, y los revende. Lee y no gasta. Como la mujer aportara buena extensión de terreno, unida al suyo, la parcela tomó dimensiones, y se la podía hermosear agrandándola. Pedazo a pedazo compró tierras colindantes y ahora su hacienda es cosa regular. La historia de su vida tiene puntos oscuros y dudosos, no aclarados por el sigilo o la habilidad con que debieron ser cometidos. La adquisición de tres cuadras de terreno de propiedad del Chiliquinga; ahora está preso él, por deudas, y un robo de ganado difícil y absurdo: orondamente aparecieron una mañana en sus tierras algunas cabezas de ganado, y como que el Teniente Político se dio cuenta primero que el Chiliquinga. No se sabe bien por qué murió Juan Bedoya que poseía una casa y de mal decir dicen que también plata blanca. Pero el Cura y Juan Astudillo fueron legatarios, desheredando una hija, que luego por mejor rumbar su vida se largó amancebada de un soldado que

le llevó a la Capital. Nada se puede precisar pero en ocasiones se cuchichea así tras de las esquinas. Además, la gente es siempre envidiosa y maledicente. Por otra parte, ha sido padre cariñoso y esposo complaciente.

Su esposa es una ancha y repleta campesina de senos poderosos, gordo y donoso andar, piernas recias y sugerentes: mujer jugosa y alegre que a su marido habíale dado ocho hijos sin desfallecer un rato.

Doña Antonia, próxima a cuarentona, aún está pujante para el amor, y sus atareadas faenas domésticas realiza siempre ágil y movediza. Lleva en la memoria control exacto de los haberes del matrimonio, avizorante y roñosa a las entradas y salidas de los dineros.

–A Dios gracias, han guardado bastantico, a pesar de su Juan, que harto le ha gastado en fiestas de a puro y guitarra gangosa.

Práctica y ahorrativa por instinto: recelosa guardadora de la unidad del hogar que le ha costado en los hijos, sangre, dolor y placer. Hembra ebria en el gozo de la creación de su

naturaleza, es el eje de este hogar que lo ha formado lenta y pacíficamente. A nadie deja hablar, porque ella no cesa un instante de hacerlo, y acaso así cubrió discusiones y desobediencias desagradables.

Hoy domingo, día de feria. Concierto semanal de los frutos en que la tierra solemniza su ofrecimiento al hombre entregándole la forma y el color de sus entrañas; el fruto que es el júbilo humilde de la tierra, el hombre apila, trafica, se ofusca, no lo comprende, pero masca ese sudor sabroso de la naturaleza que perdura su biología. Domingo día de feria: cada hombre anda apurado y de fiesta, mientras las comadres se pasan el social de la semana. En las conciencias del mundo rutila y converge en ceremonia a la cita populosa, a lograr en ese mar de esperanzas y desesperanzas, beneficios en la demanda y la oferta. Se gruñe, se grita, se estropea: sudan. Los cuerpos forman una masa compacta, oscila con un vendaval interno y toda ella, unánimemente, ruge con una voz que le enronquece el polvo. Largas, infinitas alineaciones

de ventas que se aclaran y oscurecen por el azar del clima comercial. Carnes, frutas, tubérculos, maíz, tejidos, medicinas, todo promiscuado, enredado, ofreciente. Una especie de combate, hecha a voces y manoseos. Las gentes saltan por sobre las gentes, chocan, se abrazan, se despiden; una locura crepitante que obedece al sentido íntimo de la conservación. Salidos de esa lucha, cargados de compras, desvencijados, se calman y en sus rostros se ve un ancho dibujo de victoria. Al vendedor que ha agotado sus ventas se le prende un gesto cansadamente gozoso, igual al del que acaba de poseer una mujer que le desencantó. Así, queda enervado, rememorando su duda.

Doña Antonia concurre a la feria con lo que da la chacra. Como notable mujer, su puesto de venta es reservado, institucional; se llama «Onde la señora Antoña»; en la plaza vacía, sin los flujos abigarrados que doblan y desdoblan la geografía encendida del poncho, del pañolón, del rebozo, se ubica por la costumbre. Ahora ahí, ella, rodeada de papas, maíz, compradores

y amistades, ha traído sus pequeños ojos inquietos, inaprehendentes, rozando lejanos a la multitud ululante y polícroma que la rodea. Su mirar terminante y lacónico, del fondo de un hoyo de carne blanda apelotonada, expresa una tristeza grasosa y doliente: se ve como algo objetivo e impertinente cruzado a enturbiar. Y no habla mucho y no pelea los precios. Con todo, la feria le ha sido favorable. Su marido debe andar en comercio de animales.

Cuando no propone; alaba y convence su venta que lo hace solo de favor al pasante; charla con sus amistades estacionadas, y hacía rato que comentaba la enfermedad de su Pedrito.

–Qué tan seráfs, les decía, dirigiéndose a una arrugada mujer de follón y pañolón negros, cubierta la cabeza con un costroso sombrero masculino; dende días qu'está con lo mismo. Desganado, calenturiento. ¡Casera, caseritaá, viá estas ricas papas baraticas! –le chilla a una escurridiza compradora–. Gripe miso parece; creyendo qu'era por ocioso le mandé a la escuela, pero aura ca, palidito'ha'manecido.

–Epidemia parece, –le responde la vieja en tono de resignada condolencia–; el Don Manuel y el Sacristán tan sé qu'están así; dele un quemadito, un'agua de sudor y úntele sebo caliente en la barriguita y en las sienes aura de noche.

–Así haréfs; ¡ay, gracias comadre Julia! Vendráfs, ¿no?

La frase soltó con un giro aseñorado de las mejillas y los ojos, como rúbrica de marca.

–¡Ay, cómo no, cómo no! Que se amejore el guagua, ¿no? A las doce hay misa con sermón, irá ¿no?

La vieja desdentada, de negra boca, se despidió adulona y servilmente pretenciosa.

–Ele qu'estáfs; ¡cómo no e'd'ir!

Y quedó santiguándose al verla tejerse entre la muchedumbre.

La plaza copada, se mece como un lago desigual, tibio y tranquilo. La gente trajinando a tiempos, pausada, arrojándose violenta, otras, ávida, curiosa, establece corrientes de color y de voces chillones. Apuradamente todos anuncian

a gritos su producto inigualable, y los compradores ofuscados se dejan cazar de las mujeres arremangadas que les enciman las ventas.

De ronda cruza la plaza uno que responde cuando se le llama «Mudo Manuel». De dieciocho años cuando más, miserable y tranquilo, vagabundea su vida sin hogar y sin voz. Ancho, cuadrado en su corta estatura; la cara grandota ostenta inmensos lunares negros y peludos: uno que le monta en casi toda la nariz, otros en la frente, las mejillas, el cuello, las manos: fibrosos, sobresalientes. Plagado de manchas como cuero quemado y repujado.

No se sabe de dónde es; se le ha visto indistintamente por Sangolquí, por Machachi. Llegó o amaneció más bien, aquí, una mañana hace meses, y se ha quedado. Saluda a todos con un movimiento convergente de la cabeza y las manos, reído y soltando una especie de gruñido. Hay quienes dicen que su padre es un cerdo. Las mujeres previsoras en cambio refieren, que cuando se encontraba aún en el vientre de la madre, mientras dormía ella en la

choza penetró un cerdo hambriento y estuvo a punto de devorarla, dejándole un pie lastimado. Por eso sus lunares enormes son de piel de puerco.

Se acerca el Manuel a una chola joven que jadea con un cesto repleto de compras. Modosa y coqueta paga con gestos y palabras los requerimientos amorosos de un mozo endomingado: saco de dril blanco rigurosamente almidonado, sombrero de paja toquilla, pantalón de montar kaki y botas estrenadas. El Mudo Manuel se viene sobre ella precipitándose a saltos, festivando el encuentro con sonidos guturales y aleteo de brazos. Tolera riente el tierno amor grotesco. Revolotea como un simio en torno a ella. Sacudiendo el cesto le pide servirla. Ella se deja coqueta, agradecida del vasallaje cándido. Regalonamente se deshace de la carga, agradeciéndole con gesto de soberana servida. Su amor de acémila y de monstruo se place acaso ofreciéndole su humilde posibilidad; agobiado con el cesto se perdió en el licencioso apretujamiento de gente que calentaba la atmósfera llena de polvo y de sol.

Los dos enamorados tornan libres a rodar en el bullicio. Ella es delgada, de graciosa moldura: elástica, fina la cintura cimbreante; lleva blusa malva de mangas cortas, ciñéndole el busto duro de campesina virgen. Al andar y al respirar los senos erectos se tambalean lindamente con olores de fruta fresca; el pañolón azul, recogido los costados abrazando hacia la espalda, despeja la cuenca amorosa del vientre con júbilo casto.

Sostenida del brazo de su vaquero arrogante, se teje gozosa en la muchedumbre afanada, saltando de acá para allá, mostrándose bella, amada de este hombre musculado, de este regio jinete, del hombre magnífico que le ha bastado. Estos, el Pancho y la Lola son prometidos, y la boda será el Viernes de Dolores.

La Lola nació en la ciudad. Su madre era sirviente de «puertas para adentro». Dice que es viuda, que el marido murió en una revolución. Pero murmuran que quien la fecundó fue el hijo del patrón, y la señora celosa del honor de la familia le echó a la calle, increpándole de atrevida

y lujuriosa. Regresó al pueblo con una niña en brazos a refugiarse donde sus padres. La madre vive del negocio de cerdos y jamás permite a su hija salir a la ciudad en busca de trabajo.

El pueblo se forma con diez calles verticales y seis horizontales de extensión desigual y poblada a remiendos; dos plazas, la iglesia vetusta con una línea de preñez en el frente.

Hombres, mujeres, niños, animales deambulan hormigueantes sobre las calles maltrechas. Salen y entran a las plazas a husmear primero, a vender o comprar después. El sol quema intensamente pagando rojiza estampilla en los rostros paisanos. La iglesia tocando el campanario, parece que tras los golpes rajados de sus bronces achacosos pujara por saltar como hombre obeso. Semeja chirriar de hambre ansiosa cuando llama a misa. Hoy toca destemplado llamando al Santo Sacrificio del medio día. Las corrientes humanas repentinamente, entonces, toman rumbo a su puerta. Los vendedores que no asistieron de madrugada a la misa, precipitadamente encargan o envuelven

las cosas, rumbando hacia Dios. Cambia la faz de la muchedumbre; milagrosamente queda en silencio y hasta habla a media voz.

Como que este mundo reverberante se hubiera cobijado de una orden gris y misteriosa. Caminan inervados adivinando la ruta que precisamente no está en los granos de tierra que les sustenta, sino dentro, ambigua, poderosa de dominio, atrayente de amor y dolor.

Una pareja joven avanza quisquillosa: vienen con las manos enlazadas, a veces riendo, otras graves y serios. A algunos pasos de la iglesia toman un paso ceremonioso y tratan de entrar al templo en la forma más augusta que su deshilvanada elegancia les permite. Y él le dice, bromista:

–Ensayemos la entrada para que cuando entremos a casarnos, no le pase lo qui'al Juan Manuel, que casito nomás se caye.

Enardecida le aprieta el brazo y le obsequia con una sonrisa amorosa. Nota que miradas profanas les toman en cuenta, y apura el paso diciéndole, timidosa:

–Nos están viendo, ¡apura!

Varios hombres departían estacionados en la puerta.

Uno de ellos, avispado, con voz destemplada y mohosa comenta para sus amigos:

–El Pancho y la Lola ya nomás se casan, ¿no? ¡Rica hembra pa'l bruto!

Restregándose las manos conmovido, y en voz baja le dice a su vecino:

–Asomaraste de noche; nos'mos d'ir donde la Graciela, ¿no?

Saboreando, prematuramente deleitado en el futuro del hecho, le contesta un chagra redondo y todo él lustroso:

–¡Yastáfs!

–¡Amados hermanos en Jesucristo, señor Nuestro! Es evidente que vosotros habéis caído en el resentimiento de Dios, de otra manera, no fueran tanto los males que pesan sobre nosotros, justos y pecadores. Por un lado, dejamos indolentes propagar las doctrinas que tratan irreverentes de matar nuestra Santa Fe

Católica, la única absoluta, verdadera. Hasta permitís que en vuestro delante se digan esas ideas inmundas. ¡Gente de poca fe! Poneos a pensar que en toda la vida de la humanidad ha existido y existirá nuestra religión, diferenciándose mucho eso sí, los creyentes de ayer a los de hoy: ellos, cada uno, fueron soldados santos y mártires de la causa de Dios. Por esto también es que no les duele que esta casa de Dios se halle en el estado en que se encuentre; siquiera otros poblados, siquiera esto ya que nomás, atiende a su Sacerdote a que no le falten gallinas, alimentos en general: ustedes no se preocupan ni si el Cura de ustedes tiene huevos o no... Respira profundamente para acentuar el efecto de sus palabras conmovedoras, y prosigue: Esta casa de Dios arruinada, vieja, que sólo porque Dios no lo permite no se derrumba sobre nuestras cabezas –alguna gente se santigua mirando hacia arriba, lo cual visto por el orador le da nuevos bríos–. Es el egoísmo, la desidia, la falta de fe que no les conmueve. Necesitamos de una iglesia grande, hermosa, que a Dios le plazca morar aquí

más que en otras partes. Todos ustedes vienen a rogar por la justa salvación de vuestras almas pecadoras, y al mirar por solo ustedes mismos, ninguno se ha preocupado por el engrandecimiento de nuestra Iglesia. No está bien nada de esto, hermanos amados en Jesucristo; no es lógico que un pueblo tan rico presente una iglesia tan ruinosa y miserable. Debemos compensar a Dios sus bienes generosos y esto lo haremos con un pequeño sacrificio que nada nos cuesta para, en cambio, tener la iglesia. Tenemos ya el plano para una iglesia bella y he solicitado indulgencias para todos los que cooperen, que serán dadas en relación a las contribuciones. Lo primero que haremos es una minga para obtener piedras y con las piadosas limosnas de ustedes levantaremos la morada de Dios. Todo está por hacerse, todo se necesita; sólo les pido entusiasmo y fe y eso es poco, amados hermanos en Jesucristo.

Arrodillándose luego, dijo en tono confidencial:

–Recemos un Padre Nuestro por la salvación de nuestras almas.

Alto, obeso, mofletudo. Solemne sacerdote y orador contundente. Las protuberancias caídas de su gordura facial, el vientre abombado, se mecían armoniosamente con un vaivén dirigido por el grado de exaltación de sus manos al hablar: piadosas oleaban sus carnes en la oración y con frenesí de flecos sueltos al viento cuando se estremecía iracundo y sentencioso. Para sus feligreses, el Dr. Carrera, era un cura gordo y extraño: por su volumen cuantioso y la terca violencia de su carácter.

La iglesia repleta, copada, exhalaba un formidable bostezo caluroso y pesado. Sudaba en la atmósfera la mugrienta grasa cobijada de los creyentes... Este aire ambiguamente oloroso extremaba la fatiga del señor Cura. Se encontraba descontento de su sermón, que por la importancia del tema, debió ser una magnífica pieza oratoria. Se sentía insatisfecho, hasta desilusionado. Necesitaba convencer su proyecto, apasionar a las gentes, que se exalten, que le ovacionen agradecidos y luego se apresuren en llover las contribuciones. En esa

masa apretada, colorante y olorosa encontró una sumisa curiosidad atravesada de sueño. Suprimió todo el pasaje contra los perros liberales y los ladrones, alma de ladrones, de los socialistas. Por eso antes de tiempo tuvo que pedir el Padre Nuestro, bendiciendo esas almas sudorosas: Padre nuestro queestásenloscielossantificadoseaeltunombre… sin respiro, cilíndrico el rumor de las voces estancándose en las lastimaduras y hoyos de la nave. De vez en cuando, el chillido desgarrado de una criatura desarmoniza tiplemente este sordo barullo bárbaro. Esta colectividad rogadora sube y baja el tono desbocándose exclamativa, o silenciándose para el descanso necesario antes de arremeter contra el cielo.

Los fieles se prosternan; se inerva la masa polícroma; el sacerdote ataviado con sus prendas pintorescas iza la diestra batiéndola en una bendición; se levantan luego, y lentamente la Iglesia deja de pujar, desgranándose desigual, arbitrariamente, hacia la calle. Este chorro termitente diseminándose va a fecundar la voz

de las calles, a poblar de rumor cálido en los hogares; surge desde entonces una expectativa de fiesta, un aliento preparado para el gozo. La reunión del almuerzo es la hora rijosa del proyecto, de la aleación de deseos y gustos de la festivación. Después del Domingo de Feria y de Misa rigurosa, nace el Domingo de la pelota de guante, de los gallos, de la cantina, de los paseos, seccionados en edades y sentimientos. O se finaliza la proposición madurada en el trayecto de la semana. Es el ansia de todos en olvidar las preocupaciones hambrientas de la semana que roen y fustigan; es el paréntesis entre sábado y lunes donde no hay la dura brega con el campo que quema en el sol, hostiliza con el frío y la dura piel de la tierra que se resiste recia al arado. Es llegar a vivir, a satisfacerse de vida; durante los rodeos, las cosechas, se lleva agobiada sobre la espalda con peligro de zafarse inminentemente de sus leves amarras. Estos hombres vigorosos como eunucos, del campo, a las horas del Domingo de Fiesta, escancian sin reservas toda su fuerza de alegría, de pasión; se desborda como el río, como

el huracán; derriba las vecindades de su paso, se derriba él, imitando el único ejemplo en sus expertos sentidos en percatar: la naturaleza.

Pelota de guante

El sol levemente oblicuado se derrama pleno, vertiéndose machísimo sobre la naturaleza con su amor de calor y de luz. Brilla, gira majestuoso, erguido en su vitalidad espléndida.

El pueblo se descoyunta morosamente de sus acciones con la pesada calentura de la digestión en trance; calor de dentro y fuera. Este trozo de mediterráneo trepado en los Andes fríos, siente en estas horas una confusa nostalgia del trópico. Millones de años atrás, hace un volumen de tiempo invaluable, acaso cuando de las formas actuales de las Américas no se intuía este futuro geométrico y era

una fabulosa planicie blanda, esta tierra ardía y gozaba los sabores del trópico puro y brutal que le pertenecen. Esa posible fantástica llanura maleable, al endurecerse, convulsionada por los terremotos, empujada del mar, arrastrada por los vientos y lluvias tormentosas, por toda la agitación de esas horas febriles y trágicas de la naturaleza, se cercenaba, le devoraban, invirtiéndose las tierras: miles de billones de toneladas de tierra y roca frescas ascendiendo y descendiendo en forma de continentes desaparecidos y surgentes, trasladándose los mares a empellones por estas míticas fuerzas de la naturaleza; alguna vez que esta epidermis sobresaltada adoleció una suerte de ataque violento de hernia, el empuje bestial del vientre incandescente del globo se desató hacia afuera y quebró la armonía de esta antigua planicie. Desde allí, hace millones de años invaluables, quedó en América la piel rugosa y protuberante con los Andes inmensos. Por esto, la mitad de Ecuador, tierra ecuatorial, se encaramó a inmensas alturas para refrescarse con el hielo que recogen

los promontorios de la eclosión volcánica. Solidificada reciamente la tierra, quedó a sus lados la huella de la planicie. A un lado del Ande el litoral sudoroso que acude a bañarse en el Pacífico; el caballete, la roca áspera y fría al centro; y al otro, a la derecha, hacia el oriente, la selva perdida, interminable, plana, lujuriante del Amazonas vigoroso. Por eso, en nuestras tierras altas y maltrechas, el calor quema como una reminiscencia del trópico perdido.

Julio Herdoíza es un hombre barbado, grande por los cuatro lados y no menor de treinta años. Lo desmesurado en su corpulencia de un metro ochenta y tres, son las manos; fibrosas, nervudas: dos discos recios como tenazas. De aspecto agradable y tranquilo sin embargo. En la cara alargada, suave, juegan dos ojos verdeclaros, brillantes bajo el alar negro de las pestañas populosas: como un lago cálido cercado de negras montañas altas, encendido con una coloración plata en las noches de luna. Guitarrero y cantor del pueblo, indispensable de las farras, relatista inextinguible de cachos

picarescos; a risa tendida se pasa toda una noche con su charla graciosa. Le decían «El Gato»; era más «el Gato Herdoíza» que Julio Herdoíza; su nombre de pila andaba perdido y no había que buscarle como Julio, porque ni él comprendía ni sus vecinos amigos sabían. El Gato Herdoíza es jugador magnífico de pelota de guante. Para los juegos hace de cabecilla frente al Tuerto Sunata, hombre corto de estatura y de ancha solidez voluminosa con la apariencia de ser formado por la conjunción de dos hombres; muy ágil y vivaz, empero. El Gato Herdoíza y el Tuerto Sunata eligen los hombres para formar los cuadros. El Ejido hace de campo deportivo; dista unas diez cuadras del centro de la población. En medio del césped desigual y nutrido una faja polveada de seis metros de ancho y unos treinta de largo, es toda el área para la lidia titánica del juego pesado. Por las desembocaduras al Ejido, lentamente gotea la gente del gran recipiente del pueblo que está a mayor nivel. Abierta la conducción, los niveles tienden a satisfacerse. Hombres a pie o jinetes en briosos corceles y

seguros y recios mulares. Forman una colectividad dicharachera, inquieta, atenta a los sucesos del juego. En el rectángulo prolongado se practican tiros con la pelota enorme de caucho negro, maciza, elástica, saltarina, peligrosa. Se arroja y se vuelve la pelota con un verdadero aparato bélico: un círculo de treinta o treinta y cinco centímetros de diámetro, con un cuerpo cilíndrico chato de ocho a diez centímetros de altura, de madera resistente y pesada, cubierto de cuero de toro. En la parte plana con que se juega, el guante tiene incrustado clavos gruesos de cabeza ancha y plana, formando círculos progresivamente ampliados hasta cubrir toda la superficie del círculo. El guante se maneja introduciendo la mano por un boquete abierto al costado, más amplio que el grosor del puño, y dentro se ramifica en cinco huecos con el porte y las ondulaciones de una mano naturalmente abierta. Introducida la mano, se la asegura amarrando sobre la muñeca dos orejas de cuero que siguen los bordes del boquete; este instrumento poderoso, bordado de inmensos clavos, varía con un peso de ocho, diez y quince libras,

desequilibrando el andar del más fornido jugador que así lleva enfundada su diestra potente.

Tras largo discutir entre el Gato y el Tuerto, con la ayuda intencionada e interesada de los mirones que se esfuerzan por reforzar un equipo para así tener descontada la ganancia de su apuesta ambiciosa, han logrado formar un cuadro de cinco jugadores cada uno. Entre los jugadores apuestan cien sucres al partido. El cúmulo de espectadores tiene fija su atención; de boca en boca corren los nombres de los jugadores, sus cualidades, defectos, detalles de juegos anteriores, coloreado por el entusiasmo y la fantasía, el rencor o el afecto; protestas de unos porque tal jugador no se equipara a otro; toda una apurada y larga discusión unánime, crispada en los pechos y orientada por cada sentimiento enardecido.

Hombres recelosos y astutos, luego de haber balanceado todas las posibilidades se lanzan a la apuesta. Veinte sucres al Gato; treinta al Tuerto, se pregona. Desde un sucre hasta mucho dinero se oye en la vocinglería. Una fiebre

que palpita y se retuerce, ansia descomedida por la ganancia; el dinero arriesgado es el equipo y la voz alentadora para los contendientes.

Por sorteo, son sacadores los del Gato; trazada una división en las dos terceras partes del flaco rectángulo, los volvedores se distribuyen en este residuo y los otros toman posiciones en la superficie restante. Al fondo, el sacador inicia el juego. En la parábola del lanzamiento estriban las probabilidades del éxito. El sacador es Obdulio Quiroz, Teniente Político, un hombre esmirriado y pálido por residuos palúdicos traídos de la Costa. En ese aspecto de esqueleto móvil existe una reciedumbre acerada. Botea varias veces la pelota, grita:

–¡Juego!

Y se lanza violento, sincronizando los pasos de la carrera hasta que la bola que lleva en la mano botea duro, y con la misma carrera esparcida en un salto recibe la caída del bólido en el guante que ha batido un arco esforzado, y al choque, que el hombre sostiene casi horizontalizándose, la pelota sale disparada cruzando

silbadora y violenta por sobre los jugadores; el último, el Gato, retrocede unos pasos calculando el punto de llegada y afirmándose como para repeler una embestida mugiente, batiendo titánico el guante, retorna la bola con un esfuerzo de todo el cuerpo, de toda su recia musculatura; los jugadores atentos, ávidos, siguen la pista del formidable arco negro y vienen y van deslizándose como ratas perseguidas, con la misma viveza y ansia, buscándose el lugar más oportuno para su intervención. Dos o tres tiros brutales se suceden hasta que la medida del arco de la bola casi se extingue y la acción de los cuerdas se agita precipitada y segura, provocándose gruesa y reñida lucha de golpes cortos. Energía inimaginable para manejar con desenvoltura y eficacia el pesado guante; por un golpe bajo la bola rueda a ras del suelo y la detiene un cuerda del Tuerto; chaza abajo señala el Juez, porque el juego tiene sus juristas e interpretadores de poncho y coco, y planta en el borde del campo una lanceta en la que flamea un banderín rojo.

Nadie ha ganado puntos, más que una posición ventajosa para los sacadores. Pero la acción brillante ha subido la tensión de los espectadores. Silenciosos, ríspidos, los jugadores se agazapan para mejor prepararse a las contingencias del juego. Los mirones gruñen, se producen en roncas y pesadas exclamaciones; el grito es demasiado liviano y débil para que se yerga sobre el juego tronante; se calla apretando los puños y las mandíbulas, o se bufa con el mismo monosílabo inexpresivo; es propicio desgarrar un carajo, una exclamación adjetivada que raspa, que fomenta y define con precisión. Quiroz ha disparado otra vez la bola; el Gato, firme, contesta la parábola arremetedora; el Tuerto, abajo, grita:

–¡Míaa!

Y en tono pujante añade:

–¡Para que se duerma el Gato!

Y la bola surge inmensamente arqueada y poderosa. Retada y aludida su dignidad, el Gato retrocede, calcula, se planta firme, y al tiempo de entregarse decidido al golpe, le responde con los mismos pujos:

–¡D'estas son las que no se ven!

Un boleo extraordinario, feliz, con toda fuerza y certeza, ilumina una distancia de veinte metros, dejando muy adelante e impotente al último de los sacadores. Se anotan quince a favor. Los espectadores se entusiasman y enardecen. El capricho en los jugadores brutales se incendia, golpeando en las miradas brillantes y tenaces. El encuentro promete. Las dos primeras fases emocionantes del juego hierve en los ánimos cubriéndolos con espumareda alucinante. Las apuestas recrudecen. Por el equipo del Gato los postores suben como una creciente.

–¡Carajo, si el Gato ha'stado brutal! ¡Voy cinco más al Gato!

–¡A ver, aguante diez al Gato! Sin abiertas, eso sí. Un canto de entereza y de júbilo, de ambición y de lucha se estremece en la garganta y los músculos de debatientes y espectadores.

Así, hasta acabar.

Cantina y chichería

Avanzada la tarde, el pueblo se despereza con aliento cálido y seco. En la plaza quedan restos asoleados del día de feria. Montones de basura por un lado, vendedores rezagados y soñolientos por otro, grupos de indios apiñados espulgándose en silencio y diseminados.

Perros y cerdos libres vagabundean husmeando con los hocicos la basura abandonada. Los cerdos numerosísimos apuran el festín en medio de resoplidos y gruñidos destemplados. Avecindado un puerco a algún descansador, este le befa y le espanta con el pie sin desacomodarse de su holganza pesada.

Estos cerdos de tantos dueños deben tener de memoria el festín del domingo después de la feria, que su andar para llegar es ágil y plácidamente murmurador. La carrerita menuda e inquieta que moviliza el cilindro sensual de su cuerpo les ha provocado un enemigo de su felicidad dominical. El Juan Pérez, de Quero, cabecilla de los derechos de aguas de los quereños, ha prometido venir un domingo «y él solito atravesarse los puercos de la feria, por las ganas d'iacer lo mismo con los dueños».

El sol oblicuo y esplendoroso semeja un cometa fantasmagórico lanzado al viento por el paisaje, que no otra ocupación tiene, al parecer, en la tarde solaceada y de color. Por las callejuelas del pueblo cruza escasa la gente, y estas que van y vienen, llevan un tono de despreocupación, de plenitud de cuerpo que se mueve y solo se mueve: se sienten los miembros, la tierra que se pisa, el hálito sensual de la naturaleza ardorosa.



–¡Ve, Mudo Manuel, oíte! Tené el caballo hasta volver de l'esquina, ¿no?

Don Astudillo se alejó clavando los pasos. El Manuel le siguió con su mirada boba, y largo rato le quedó temblando súbita felicidad en el cuerpo. Guardador de un caballo con todos sus aperos. Con poder de tocarlo y moverlo él solo, sin que le impidan los otros muchachos; él, casi dueño, puede hasta encojonarse si los otros chicos pretenden manosear al caballo. Un caballo tan grandote y de color café, y los adornos brillantes, y los ojos grandotes que le ven, y la larga cola rubia cayendo hasta el suelo como grueso chorro de chicha silenciosa. Aprieta duro en sus manos percudidas el extremo de la brida; merodea en torno a la estampa esbelta del animal. Acaricia la cola restregándose en la cara, cruza por debajo del vientre, todo con movimientos entrecortados, pasmándose la respiración inquieta. Es tan cabalmente dueño de la bestia, que dan ganas de llorar, de sacudirse el polvo viejo. Sentado en la acera, las manos en

la cara, los ojos grandemente abiertos, absorto se queda mirando el hocico apretado, atravesado de rudos barrotes de hierro sonoro, pesados, que suplen la palabra y reprimen además todo el puro querer animal.

En la tienda «La Patria», a una cuadra de la plaza, hablan a grandes voces jocosas unos hombres.

–Ya se'han adelantado, no; les tengo que cobrar, bandidos –entró exclamando Juan Astudillo.

Tras del mostrador un anaquel plagado de botellas, divide en dos el cuartón. El mobiliario de este salón esmirriado consta de una mesa en la esquina, tres angostos bancones sin espaldar pegados a la pared, y al centro, una manchada estera amarilla, cubriendo las desigualdades del piso de tierra.

–Sifs, tenís qu'igualarte Juan; a ver comenzá con esta doblecita.

–¡Esu'es! ¡Qué bueno es el purito de Dios!, ¡¿no?! ¿Y no saben la nueva? El Juan Pérez dizque se'a'visto otro abogado por Quito. Carajo, estos quereños manejados por el Pérez si'hacen más

ladrones. Dizqu'es un tal doctor Manosalvas. Hay que matar a toditos esos sirvergüenzas. Ya no se puede más. Pero tenimos plata para defendernos. El agua es de nosotros, ¡qué se han creído! Con cuatro óvalos que se les da, han de querer más los perros. Si nu'hay paciencia ya. Pero verán nomás, que nosotros nos cogimos todo. Si joden más, les barrimos y no dejamos ni alma que pida agua. Somos un porrazo y con plata, y somos bien machos, ¡carajo!

Un puñetazo enérgico que desde el principio revoloteaba en medio del grupo, a modo de oratoria, rugió en la mesa, y prosiguió, dirigiéndose a una gorda mujer de mediana edad:

–Pase un turno doble comadre Panchita. ¡Qué buena está todavía la comadre Panchita!, ¡¿no?! –concluyó, haciendo a sus amigos un mohín malicioso y agreste.

Uno de ellos, alto, enjuto, de fiera y alargada cara mular, comentó, sazonando con ronca voz todo el ambiente:

–Ya les'mos de coger y torcer el pescuezo a esos quereños.

Y viéndole a la Pancha traer las copas cristalinas, avivado, remata:

–¡Qué rica comadre! Pero vendrafs ha'starse con nosotros un ratico siquiera. De gana mismo usté es tan rica.

–Ele vele al Don Nicolás; ya le'he'de avisar a la mujer.

Se retiró con un gesto amplio de posaderas coquetas. Al llegar a la puerta se estremeció con un suspiro oloroso a cebollas frescas; hurtándoles su mirada legañosa, ayudándose de un requiebro de piernas y de voz que sublimaban la felicidad vanidosa de la vejancona galanteada, les dice:

–No se haranfs los remilgados. Breve, breve beberán, ¿no?

Continuaron los hombres bebiendo y proyectando.

–Las cosechas están exiguas, pero por lo del agua, hay para beber. La cosa es ser vivos, nomás. Veinte mil comuneros que necesitan imperiosamente agua, a sucre cada uno, de cuando

en cuando, para los pleitos, son veinte mil sucres. Se hacen las cuentas, y ya está. El queso está en pelear y no acabar el pleito. Para eso están los abogados, cholitos, para que el pleito dure y dure. La gente lo que quiere es agua, les damos agua, bien, después que den plata, también. En buena hora la sed; si no se les da, se calientan, pero para eso están los del otro lado para que se caliente con ellos; nosotros: patriotas. ¡Eh! Ya verán el proyecto que dizque está haciendo nuestro abogado. Con él si nu'hay ni Manosalvas ni Pérez.

Transcurre el tiempo y la ebriedad les abraza. Varias botellas de cerveza, mucho puro del bueno, han escanciado ya. Bobeantes, tambaleando, se unen y repelen, se agitan brindando y abrazándose en colmos de amistades imperecederas.

La comadre Panchita, ágil y gozosa, les atiende cada pedido esmerada. Son gente que paga. «El Don Rafico qu'es tan alhaja; y si'ha de quedar, a lo mejorfs, aura. ¡Uf!».



Los indios bebiendo, arman un barullo de fiesta mohosa y desesperada.

En la chichería de «La Patoja», la embriaguez enroscada en los indios les ha tornado expansivos y belicosos. Unos en un rincón, junto a otros impasibles, riñen brutales. La dueña acostumbrada les saca a empellones y carajos, y sigue ofreciendo su brebaje intoxicante. Está rabiosa porque ha fermentado extraordinariamente, extrañamente, la chicha, les emborracha a los primeros mates. La idiota de la criada por irse a putear, la muy desgraciada, se olvida de preparar la chicha a tiempo y como ya llegaba el domingo, y como no fermentaba con nada, del apuro, metió en los toneles de chicha los trapos en que recibía su menstruación. A maldita hora estar así. ¡Ha sido demás carajo! Por tres veces ya, a la criada le asienta ejemplares palizas histéricas; la pobre tiene un ojo verde, nada buenas las costillas, y un hilillo tenue de sangre le baja de la cabeza.

El local es un enorme cuartón con paredes de adobes deslustrados y piso de tierra. La techumbre muestra su sucio esqueleto de vigas y carrizos ennegrecidos, donde cuelgan telarañas oscilantes y suciedades semejantes a mugrientas estalactitas. El portón enorme es más de caballeriza. Junto a este bodegón maloliente, dos cuartos, el uno de vivienda de la Patoja, el otro de cocina, bodega y laboratorio de la bebida autóctona barbarizada.

–¡Ana, véndele dos reales de chicha a este rosca!

–¡Trai la plata verdugo, ya tenis la chicha! Hecho el vivo, ¿no?

–Patronita, tené este ponchito por tres riales de chicha.

–Guardá este anaco por rialimedio; movete longa, hacé lo que te digo; ni trabajar podís, ¿no?

–Estos zarcillos tan guardá; ponrrás en el baúl, y dale cuatro de chicha para este de Tambo Grande.

–Patrona, dafs más chichita que aura tengo plata; ve carajo, llenito el bolsico; esu sí, yo cá con mi plata bebo, ¡vee!

–Los que son como vos, ca, así mismo tienen. Dale nomás lo que pida el Tomás, vee.

Repletando el tendón hombres, mujeres y niños, forman un hacinamiento confuso y apestoso. Algunos yacen derrumbados con gesto bobo en los labios, y las mujeres sentadas junto, contemplan hieráticas, sin comprender, la fiebre bestial de sus machos.

Estos indios de pie en el centro son compadres y discuten de resentimientos anteriores para amistarse luego o sangrarse a puñetazos. Es lo mismo, sentimentalmente. Y todos hablan que se deben o no su amistad, lo que mutuamente se deben o deben deberse por los lazos de su amistad. Un grande indio vigoroso muestra con orgullo su dedo mutilado en una borrachera pasada, en la que decidieron probar si el filo de una barra podía cortar un dedo. Y sí ha sabido cortar; ¡él es un machazo! Todos hablan de sí mismo, y sin embargo, nadie nunca sabe cómo es quién. Un decirse atropellado, caótico, sentimental. Se producen en reproches, lloran abrazados, las indias borrachas

gimen cantando yaravíes, componiendo en la letra sus historias dolorosas; ésta misma, derrumbada en la puerta, plañe la muerte de su marido y dice que venía a beber aquí mismo los domingos, se emborrachaba y pegaba duro; era trabajador, buenote, le gustaba ají, y una vez en una cosecha, le regaló un lindo anaco azul. Así cantará hasta dormirse donde quiera. Monótono, silvante, lúgubre el cantar prieto.

La música melíflua de un arpa rústica, de un tocador vagabundo que acertó a pasar, se incorpora a la fiesta por unos mates de chicha, y los sones les incendia el espíritu con los acentos nostálgicos y encabritados del San Juan. Brincan el baile, rugen con sádico placer. Se hace ruedo, bailan a saltos menudos y pesados, agitando los brazos, flameando el poncho con giros galantes, sacudiendo la cabeza hacia atrás y delante, lo mismo que el cuerpo extasiado. Entusiasmo animal y perdido, de entregamiento y olvido plenos; amor supersticioso, placer pagano asombrado de dura nostalgia que les pega la música monorrítmica y tristona.

La Patoja afanosa exprime los toneles de chicha.

–¡A medio el mate, sin fíos!

Adulando a los más ricos, insultando a otros, expulsando a los ya profundamente ebrios, con gestos de dominadora haraposa.

Un indio tambaleante sale hacia la calle; avanza hasta la esquina cercana y se desploma en la vía estrecha. Un jinete corriendo al galope torció por ese camino y un casco del caballo pisó sobre el brazo distendido del indio. Los huesos se quebraron sonoros. Apenas, como un reflejo lejano, retiró el indio la extremidad despedazada y gruñendo continuó su letargo mortal. El jinete pasó desapercibido.

Así los indios en las chicherías del pueblo y los caminos, embromados, batidos y tratando de gozar. Todos los cientos que han venido regresan en esta forma de animal odioso, arrastrándose en las carreteras, rodando las quebradas, sembrando la tierra fría de cuerpos desiertos y envenados. Las mujeres cargarán a sus maridos, velarán el sueño prolongado, o

serán víctimas de la furia azotadora de sus machos queridos y crueles. Debajo de los vómitos la lluvia, los puñetazos, el cansancio, continuará su silenciosa fidelidad bobina. Así es ser mujer de indio; no importa que mientras vigila al marido borracho, un chagra grandulón y abusivo, le tumbe, le estropee y la posea, y luego se despida carajeándola. Su sexo no le sirve en la moral, su pudor no hace el hogar, le sirve para orinar y parir, y es esposa mientras sufre, y soporta, y tolera llena de humildad la bestialidad de su miseria.

En el costado oriental de la plaza, en la esquina sur, hace años remotos edificaron esta iglesia, desmoronándose ahora el prieto rostro de cal.

En el diminuto atrio del templo, semicircular, pasos adelante del umbral de la puerta el voluminoso sacerdote permanece erguido como un monumento negro. Al representante de Dios le rodea un coro de seres boquiabiertos y reverentes. Les habla sonriente, dogmático, con superioridad infinita. El grupo componen

los familiares de dos novios gozosos. Él al hablar, salpica las palabras y se estropea en las frases. Ella ruborosa y fresca, se guarda, toda medrosa, los ojos entre las cuencas de las manos enlazadas.

–Bueno, bueno hijos míos. Dios bendice la santa intención del matrimonio. Pero a más del propósito, es preciso saber si los que se casan merecen esa bendición. Vos eres trabajador y puedes ser buen marido. Ahora hay que saber de ella. Hay que conocerla y enseñarle los secretos del matrimonio. Y Dios nos ha puesto entre los hombres para indicarles el camino; tiene que quedarse conmigo para amañarla, mientras tanto vos haces los preparativos. Y ahora pueden irse.

Levantó su mano mofletuda y confundió a sus siervos con una bendición severa.

–Dios solo pay, taita amo –le dijo el novio, después que la mano salchichonada del cura le acariciara la espalda.

Y se retiraron supersticiosos a festejar el éxito.

El sacerdote permaneció con los brazos cruzados, contemplando el pueblo paciencioso y

endomingado, sometido a su gracia y poder. En la adolescencia, el doctor Tomás Santiago, no pensaba en abrazar la profesión teológica. Le gustaba la milicia o la abogacía; pero sus padres católicos en exceso, decidieron un ofrecimiento a Dios dedicándole su único hijo. Además, le convencieron, era la actividad que mayores garantías ofrecía, pues eran los curas también dignidades políticas, senadores, diputados, de manera que nada se perdía con usar un hábito u otro. Este adolescente ambicioso soñó con el éxito mundano de su carrera religiosa. Honores, dinero, poder. Ahora toda su importancia fracasada se reducía a ser párroco y magnate de un pueblo rico. Y su poder religioso se había hecho supremo. No se conformaba con este destino modesto y se reñía repetidas veces el haber seguido una profesión que al andar de los años había caído tan de veras en desprestigio; esos malditos liberales.

Mientras estas cavilaciones, un indio joven se le acerca vacilante.

–Tardes, taita amo.

–Ven hijo, ¿qué se te ofrece?

–Verásfs....no....mujer ca, vos amañaste y aura ca, seis meses tan nomás que casé, y ella ca, pariendo tan estafs ya.

Las palabras le salían temerosas y apretadas en los labios secos. El cura no movió un gesto frente al peligro.

–Bueno, y, ¿qué quieres? ¿Qué es lo que te debo decir o hacer?

–Es que no cro'ques asifs, taitico.

–No te alarmes tonto; la primera vez sucede así. Eso pasa siempre.

–¡Aha...!

El indio despidiéndose se deslizó presuroso; se perdió en medio del camino claro y vacío. Extrañamente se dibujó en pleno sol y en plena tierra. Mantuvo hasta que fue realidad perceptible un andar menudo y alegre, y se perdió el indio, el contenido de la tierra, como sombra abrumada.

Algunas ocasiones de remordimiento, este cura se increpaba la mentira de su vida; mas

en el colmo de sinceridad se justificaba produciéndose contra sus feligreses –«son tan idiotas que se merecen su suerte»– o se acordaba que la suya era la causa de Dios, perdonándose con golpes al pecho, terminando invariablemente con la frase «Señor, lo que me ves hacer, es cuanto puedo por tu causa en el cielo y en la tierra: ilumíname si me equivoco y perdona mis errores». Entonces, apto y limpio de conciencia, o hacía el amor o negociaba ilícitamente.

Tenía ahora entre manos un problema arduo y molestoso.

Julián Cornejo debía casarse con la muy guapota de la Rafaela Zapata. Él es un mozo cumplidor y de trabajo. Ella linda y alegre, como para hacerle mejor la vida al más exigente. Julián es mestizo fuerte y corajudo, pelotari, vaquero experto tieso para domar los potros como para sanarles los males y, sobre todo, guitarrero como pocos. Antes de casarse decidió salir a la Costa en un enganche de peones de a tres sucres diarios. Ahorraría y regresaría con dinero para hacer mejor el casorio. Esta decisión de

última hora fue por demás impertinente para el cura. Como confesor de la Rafaela, el cura la invitó a su casa, días antes de la próxima boda, una vez de una tarde cálida y soleada, y le habló sobre muchas cosas entre copa y copa de vino embriagante.

–Yo soy depositario definitivo de las cosas de la tierra para dar cuenta a Dios; como si supieras lo que es el Teniente Político para el Gobierno, así. Y he querido verte y tenerte de cerca por este cariño grande que te tengo, para que recibas el Santo Sacramento del matrimonio. Quiero ver como Dios te hizo, saber de tu belleza dulce y virgen.

A la ingenua conciencia de la Rafaela, con Dios de por medio y en lo alto, le conmovía con las ventajas mundanas que se tiene con el dinero del señor Cura.

Sobre ciertas razones, ella le decía que en no otra cosa había pensado con su Julián, que en casarse sencillamente, y que él no había preguntado de nada.

Pero los besos que al principio castamente rozaban las manos, del hombro ascendieron a

los labios, al cuello, y entre decir, que con su contacto amoroso los hijos nacen más buenos y bellos, con frase de ruego y mandato, sus manos acariciaban los muslos fuertes y morenos de la Rafaela. Rechazó el ataque sensual retirándole la mano dueña del vientre y del sexo; la lucha fue fácil; los labios recorrían el cuello terso y los senos núbiles de la virgen pascual, de la pobre Rafaela encendida y aterrada.

Ella no volvió a la iglesia durante un tiempo, ni el cura la solicitaba. Su novio fue a la Costa a ahorrar dinero con los salarios prometedores. Siete meses de ausencia. La primera visita posterior al viaje de Julián, fue bastante trabajada y esperada, pero al fin vino, convencido de la obra piadosa, pues que ha de ser así al fin y al cabo, y por la atracción turbulenta de ese gozo descubierto. «No hay nada de malo, es sólo hasta que me case con el Julián y también, el señor Cura ha sido generoso, al menos al principio».

Sucedía que la Rafaela estaba preñada y el feto contaba por lo menos cuatro meses en el

vientre abultadito. Sería espantoso si se descubre, porque el cholo humillado ha de buscar entre los machos del pueblo quien le ha ofendido. Y de todas maneras, es impertinente la aparición de esa criatura. Encerrado en sus reflexiones, el voluminoso sacerdote permanece en silencio sobre el pedestal del atrio. En definitiva, la vida del mundo, es sólo la de este pueblo y nada más, y la religión hecha especialmente para la existencia del cura. Todo el mundo es apenas este trozo de tierra presionado en un extraño paréntesis insalvable, por el que a través de resquicios que ha provocado el tiempo llegan cansados alientos lejanos de otras vidas, sin vitalidad, con esperanzas de convalecencia apenas.

Del seno de la iglesia surge un coro monótono de voces destempladas que a un tiempo repiten mecánicamente los prolegómenos de la doctrina cristiana que les dicta un viejo rata de iglesia, malgenio y gruñón.

Es alto y desgarbado, de color moreno cetrino; los labios resecos y amoratados guardan dos hileras negruzcas de dientes carcomidos y

repugnantes. La salida silbante de las palabras se acompaña con un asperjeo sistemático de espesa baba. Los ojos espesos y turbios mantienen siempre una mirada fija y torpe acentuando la expresión perversa, dañada de toda su fisonomía. Es el brazo derecho, es instrumento fundamental del señor Cura. Sirve de portero, campanero, alcahuete y actor secreto. Hombre corto de palabras; astuto, con una confusa idea de Dios superpuesta sobre la figura sacramental de su amo.

Sabíase al dedillo el Catecismo, pero necesariamente tenía que principiar por la misma letra del libro para llegar a cualquier capítulo, dando la idea que el texto se le grabó a fuerza de constancia musicando las letras, de ahí que tarareaba hasta llegar al pasaje deseado, reproduciéndolo fielmente entonces. Los domingos reunía a los indios para enseñarles catecismo. En trance de asombro y susto se congregaban los indios maduros, desgreñados y analfabetos. El viejo rata dictaba:

–Hay tres personas... distintas... y un solo... Dios... verdadero: padre... hijo... y... espíritu... santo.

Prende sus ojos malvados en los labios recitadores de los indios y a un tiempo revisa el canto de la frase por todos. Un retraso o descuido lo reprende con un sonoro reglazo en el rostro –la letra con sangre dentra– y le hace repetir a él solo.

–A ver vos, runa, exige.

Desconcertado en el silencio, tímido, no acierta a iniciar, respondiendo unas veces: «con tres taita s'hizo Dios y...» Entonces el viejo se desequilibra. Ha perdido además el sonido. Se enfurece. La nariz abotonada de borracho se caldea, tararea nuevamente cerrando los ojillos, llega al tono de: haytrespers... se planta, le palmea con furia, y sobre el rostro del infeliz le siembra babeándole: hay tres personas... distintas... y... un... solo... Dios... verdadero... Cien veces ha oído lo mismo el indio. A media lengua le repite espantado y con los músculos tensos. Los otros envejecen su silencio.



Lentamente se distingue menos la cara del pueblo. La luz se esfuma por la espalda de los montes y las casas. Huye arrastrando la alegría del paisaje, abandonando este mundo gris y frío, muerto en sí mismo. El sol sepulto ha dejado una vaga idea de todas estas cosas vagas. Y ahora, la naturaleza sin luz, finita, tiene el único horizonte inmediato de nuestro tacto. Son como una adivinanza, los sonidos y las cosas que el día dejara en la tierra.

Como manchas verduscas, han aparecido luces vacilantes y distintas. Luces flameantes que se aventuran a la calle, acompañadas de gritos roncos en las chicherías, asperjeados y sonoros en los estancos que velan la bohemia tosca del pueblo.

En la calle pacen el Mudo Manuel, tiritando acurrucado contra la pared y sosteniendo de la brida un caballo; por allá dos enamorados apretujándose en una puerta de calle, más uno que otro transeúnte ocasional y furtivo. Congelándose, abandonado el pueblo a la noche. De

pronto el silencio estremecido se espanta con los golpes horarios de la campana. Las notas van rodando por las callejuelas esquivas hasta lanzarse tras el paisaje perdido.

En casa de Doña Antonia hay luz… De fuera se ve amarillenta, macerada. El dormitorio de la familia es un cuarto enormemente alargado y bajo; tiene seis camas, todas de madera, unas pintadas y otras a la rústica. Una en cada ángulo de la inmensa alcoba, y las otras dos, más chicas, junto a la pared longitudinal. Al frente una cómoda de color café, manchada, soportando la urna del Niño Dios; un crucifijo, botellas, vasos, platos, paquetes, ropa. Este mueble es el que da distinción al hogar. Al centro una mesa rectangular, sillas, y un vaho caliente de respiraciones y cuerpos en intimidad. Duermen los hijos. A la pieza iluminan dos espermas encendidas frente a los íconos religiosos, dedicadas a rogar el favor divino por el hijo enfermo. Silenciosa, preocupada, al pie de una de las pequeñas camas donde reposa el hijo calenturiento, derrite en un plato de hierro enlozado el sebo

que la terapéutica bondadosa de su comadre le recomendara. Frota el vientre y las sienes de la criatura. Se queja gangosamente el pequeño. Ella le acaricia dulcemente.

–Duérmase m'hijito; esto le v'hacer bien. Ya le pido a Dios que te mejore, ¿no?

Mimosa y dulzona le arropa al hijo. Camina hacia su amplio lecho conyugal vacío y arrimándose al espaldar se dispone a esperar al marido ausente.

«Pobres hijos. Es que los chicos no deben enfermarse. Como son chicos no saben lo que les duele y pueden tolerar menos que una». Cuando estuvo enferma de espanto, era asimismo niña, y le frotaban, y le soplaban vino y le chirleaban; entonces tenía vivos deseos de morir más bien, que sufrir esas curaciones; detestaba, odiaba a la curandera y hasta trataba de morderla en cualquier descuido. «Si se encontraran en la ciudad sería más fácil, como hubiera sido al haberse casado con el Carlos, que está muy bien con una tienda. ¡Y esa muda de mujer que se ha conseguido! No es por nada también,

pero disqu'es tan tonta. Cualquiera ha de ver bien para casarse, no así por que sí. Uf; tengo que comprarme otro traje. Seis meses ya que se murió el hijito del Carrasco. No se supo mismo de que había sido. Al miíto le voy a curar despacito, no s'ia que se enoje conmigo».

Unas voces rengueantes se acercan de la calle, despertándole del sopor.

–¡Jesús, el Juan chumado y el guagua enfermo! –exclama la mujer acercándose a la puerta.

Astudillo es un hombronazo formidable, y en plena borrachera, avanza como una mole oscilante abrazado de su amigo, cubriéndolo, doblado en los vaivenes de su desequilibrio. El compañero es Justo Soria, alpargatero; hombre lleno de humor, dicharachero, maleable y de fácil adaptación a toda circunstancia, siendo hombre que siempre encuentra la frase y la actitud oportuna, lo mismo para un velorio, que para las fiestas y los negocios; se encuentra al tanto de la política, haciendo coro a los comentarios y soltándose un chiste cuando se precisa de él una actitud. Hallándose de acuerdo con

todos, es amigo leal de todos, y es elegido en cada reunión popular. Ha sido Secretario de los comités electorales para todos los candidatos que asomaban pegados en las paredes de la plaza. En el fondo le da lo mismo, y desinteresado en cada vez desde luego. Se contenta con saber que el Comité Central, o la gente di'afuera sabe que él está allí. Es casado y tiene doce hijos.

Astudillo articula torpemente una lluvia de frases que le urge decir:

– Vos sabís que te quiero porque sois digno... y yo también soy digno... ¡bien digno, carajoo!

Y le golpeaba en los hombros.

–Pero ve, si'uno nu'hace pendejo, li'hacen a uno. Hay que hacer plata, como quiera. Vos de Secretario y yo de Director de la comunidad hemos de hacer cosas regias; en lo del juicio-fs; verás no'mas. Y como no si'arregla con nada esto de las aguas, con que nos resulte unos miles, ¡basta!

–Si Juan, bueno está, bueno está; pero a ver si hacís una cosa.

–¡Quéfs! Lo que vos quieras; ya sabis que por vos...

–A que no te cargas vos mismo.

–¡¿Pero cómofs?!

Una sonora carcajada le respondió; Astudillo no comprendía aún, pero le contagió la risa, y rió fuerte, frenético. Así llegaron hasta la casa de Astudillo.

Doña Antonia que desde hace rato les esperaba, salió a recibirlos. Una ráfaga de frío le cruza la cara al abrir. Las cosas que tiene que hacer por el tipo este.

–Elé mi mujer; lo mejorcito qui'hay, ¡carajo!

–Sí, así mismo'es, compadre. Buenas noches comadrita. Verá nomás lo qui'hacen las malas compañías. Pero le dejo a su marido enterito como lo encontré.

–Que'staífs. Entrá un rato y tomate una copa.

–Está el guagua enfermo, Juan; no hagas bulla –suplicaba angustiada.

–Pero qué tienefs, comadrita, nu'he sabido.

–No sé qué tan será; pero hace algunos días qu'esta así.

–Ya si'ha de sanar hija; aura todo está bien –replica el marido.

–Vaya, vaya; malu'esta. Cójale a su marido viá; rico trago, como li'ha dejado. Yo me voy nomás. Hasta mañanita.

–Gracias compadre; hasta mañana.

A cuestas con el marido ebrio alcanzó hasta la cama. Acomodándolo, cerró la puerta, y acercó una vela a la silla próxima, con infinita paciencia comenzó a desvestirlo. El marido protesta; tiene ganas de salir afuera porque él era bien hombre, machazo. No se crea que está borracho.

–¿No sabis que vamos a ser ricos? –pregunta entrecortado–; con no darle el agua a nadie, basta. Vendido lo nuestro, ah. Yo estoy en eso; ya verán, ya verán. Aun cuando sea les matamos. ¡No mi'hagas así que me duele!

Consiguió al fin colocarlo bajo las colchas; luego de ella desnudarse y recorrer con la mirada a sus hijos, apagó la vela. Ya a obscuras, éI sigue charlando y abrazándola.

–Está el guagua mal, ¡callá!

– ¡Oh! Dejá nomás pues: mos de tener más hijos y más plata. Par'eso estás así todavía.

La mano aletargada e inhábil recorrió la cintura flácil de la hembra. Sudoroso, acezando su impotencia, se quedó dormido con la cabeza recostada sobre los senos tibios y exuberantes de la mujer dejándose y frustrada.

En la cama del frente, paralela, descansa el tercero de los hijos, Luis, de 14 años de edad, un muchacho de común silencioso y ensimismado. El ruido que provocó el padre al entrar le despertó, pero permaneció inmóvil, mirando y escuchando sigiloso. Presenció el revestimiento del padre revelándosele los detalles no descubiertos del hombre semidesnudo, a la madre también desnudarse, con el juego procaz del leve camisón que dibuja y desdibuja y transparenta el cuerpo, la revelación de los muslos macizos, y presintió el vientre blando y vaporoso, y acaso, entre sombras temblonas, el sexo protuberante, cuando ella se despojaba de medias y zapatos.

Frío temblor le sacudió en las vértebras. Hacía calor inexplicable en el lecho. Calor nervioso oprimiéndole la frente sudorosa. Por la garganta reseca deben atravesar las palpitaciones de visiones eróticas que le bajan del cerebro. Todo se confunde, se mezcla rozándose, da vueltas.

Las manos inquietas merodean voluptuosas, llenas de temblor, sobre el cuerpo libertado. Los padres continúan hablando. La cama traquetea insolente y pecaminosa. Suenan aún más chirriantes las junturas de la cama. Esos cuerpos se mueven. Deben enlazarse. ¡Apretarse cruzados! Y sólo él en su lecho, abandonado, sumiso. La inquietud de los dos cuerpos oscuros persiste obsesionante. «¡Oh! ¡Pero se han creído que ellos sólo pueden! Mmm. ¡Verán que no es así, que yo también puedo!» Piensa así la criatura con un cierto sabor de sufrimiento y venganza en la mueca contraída de sus labios. Se le contraen los ojos, se remuerde estirando el cuerpo flexible lleno de deseo. La mano emprende ágil e imperioso movimiento, y sordamente se entrega a sí mismo, produciendo a ratos, tenue y débil ruido en su catre.

Días de labor

Con toda plenitud está amaneciendo este lunes. Zozobrando el corazón de los moradores, comentan un hecho inusitado que rechina como mal augurio. En la misa de seis, ayudando el Sacristán a celebrar, en el episodio del Evangelio, cayó el Misal sagrado de manos del ayudante, y más luego, tras de un espacio imprecisable de tiempo, rodó él sobre el libro. Con infinitos recelos, calmado el largo estupor, le llevaron a su cuarto y ahí le han dejado.

Que en estos instantes de pavor místico, profundos y solemnes, ruede el libro precioso y sacramentado, y encima, para mayor espanto, el

Sacristán, descuadernando la pasta, interrumpiendo bruscamente el sacro entregamiento, es no sólo contra los hombres la acción, sino contra Dios. En cualquier parte y hora puede suceder, menos en los momentos de la celebración. No ha sucedido jamás. Es que era demasiado extraña esa caída: rueda el libro escandalosamente, y él, haciendo un giro lento y pesado, cae sufriendo un golpe rudo, en forma que se encuentran los dos objetos rodando promiscuamente. Esto es lo curioso. ¡El Misal no se puede caer! Los oficiantes se encuentran en gracia de Dios y no se pueden caer.

–A lo mejor ha'stado en ¡pecado mortal!

Antes que el cura fuera a visitarle, nadie se ha atrevido ni tampoco tienen valor ahora. Este suceso insólito ha venido a turbar al pueblo. Una suerte de temblor imprecisable sacude a todos. Más de uno ha hecho serios propósitos de fe y contrición en el fondo de su alma medrosa. Todo el pueblo comenta; hasta los niños, por oír, se han quedado sin jugar. Poco a poco la noticia ascendía a los montes.

–Taita cura ya dizque le ha puesto en gracia.

–Vaya, vaya, las cosas que pasan aura. ¿Qué tan serafs?

Las viejas se santiguan. Los hombres miran recelosos y tienen la voz ensombrecida.



Don Carlos Íñiguez, importante terrateniente, ha armado un revoltijo endemoniado. Ha descubierto que de sus trojes, desde hace algún tiempo, alguien se sustrae metódicamente papas, maíz, lo que encuentran. Por último, el domingo, se roban una vaca muerta. Naturalmente, es insoportable esta situación, y en momentos que los precios suben codiciosamente.

El año pasado la tierra feraz y generosa proporcionó cosechas abundantes, tanto que los precios se pusieron irrisorios y despreciables, hasta ser una indignidad vender a esas cifras. El señor Íñiguez, guardador de tradición señorial, hábil comerciante, repletó cuidadosamente sus trojes inmensos, en cantidad que sus conocimientos aritméticos tropezaban para contabilizar la pro-

ducción. Guiado por su instinto maravilloso, condicionó los sacos de tal manera, que por el orden indicado se daba cuenta cabal de que permanecían intactos. Semanalmente vigilaba sus bodegas desorbitando sus pequeños ojos felinos en la comprobación de las hileras justas. ¡Hay que esperar que suban los precios! Su gran ciencia económica. Preferible dar a los perros que vender a tres sucres las papas. No se diga el trigo. Esperaré. Noche tras noche medita sus ganancias añadiendo progresivamente un sucre a los precios. Quito y Guayaquil pueden pagarle cualquier precio. Sus cálculos resultaron felices. Algunos hacendados este año, o no sembraron por la depreciación, o los que lo hicieron, han sufrido pérdidas considerables con las heladas. El mes pasado las papas valían siete sucres y hoy nueve. El trigo mucho más, desde que para proteger la producción nacional, el Gobierno cerró las aduanas para el similar extranjero, y el trigo nacional no podrá cubrir la demanda del país. Ganará un doscientos o trescientos por ciento más de lo que ha ganado siempre, y de lo

que se había figurado. Bien es verdad que se ha agusanado un poco, pero en buena hambre no hay pan malo...

«Y precisamente ahora le roban. Claro, estos perros quieren aprovecharse de su trabajo. Hay que reprender a esta gente que tiene un sentimiento de ladrones nato. Pero no se quedarán y les hará ver lo que es él. Cuando bueno, bueno, pero como malo, que se escondan».

Por efecto de las heladas los sembríos de los huasipungos de los indios están arruinados. Ellos que viven al día, puesta su esperanza en el vientre de la tierra, a la que morosamente han tratado de fecundarla en meses de labor sudorosa y dura. Es año de hambre. Los hombres han emigrado hacia los cuarteles, a las obras públicas, a la Costa. Se ha ido el mestizo aventurero que no le arraiga la tierra, que no le sacude su canto en el corazón. Salieron a jugar hambrientos la aventura del pan. Como se puede se abandona el campo hosco y desnudo, ennegrecido por las heladas. Más frío hace en estos suelos encaramados en los

Andes indolentes y falaces. Se quedaron los indios desapercibidos de su miseria y amorosos de la tierra. Inmóviles sus rostros de esfinges turbias, con movimiento imperceptible de vacío cansancio en sus graves ojeras.

Desolación infinita les rodea sacudiéndoles sus vientres pedigüeños, estremecidos a pesar de su aparente laxitud. Y no salen del campo, porque la tierra enreda los pasos que se apartan del cauce y las deudas al patrón le cohíben para siempre la visión de los caminos lejanos.

El Sunata, indio tan cerril, duro para el trabajo y huraño que escasamente asoma; el Menancho, bondadoso y humilde de continuo y de borracho un salvaje, que llegó a matar a palazos a su primera mujer; el Cahuatijo, el de la cara con surcos profundos de viruela; el Chamorro, regordete, pequeño y sombrío; el Anango y el Cabascango, tienen sus huasipungos indistintamente colocados a poca distancia entre sí, al lado Norte de la hacienda de Don Carlos Íñiguez, bien encimados en los Andes. Sus sementeras se han perdido quemadas por

las heladas y sus provisiones están extintas. El patrón no les concede más créditos, porque cada uno tiene deudas valiosas: 185,15; 167; 202,55; 78,89; irredimibles hace años. Hurgando los terrenos se han comido hasta los restos podridos de las siembras dañadas, una vaca escrofulosa que murió de aborto y los restos de un asno viejo, disputándose a pedradas con los cuervos. Esto les ha alimentado durante noventa días. Y tampoco pueden sembrar, porque no hay y no tienen agua. Es que no sólo son ellos, los hombres, los machos, sino sus largas familias también, de abuelos, padres, esposas y muchos hijos, los que necesitan.

Entonces una noche que vagabundeaba el Menancho por los caminos, husmeando como perro por los rincones y los basureros se encontró con la Obdulia Herdoíza; la sabrosa mestiza insolente, que lleva de vuelta y media a las gentes con sus locuras. Se dice que una vez le dio de bofetadas al mismísimo Don Carlos, porque encontrándola una tarde sola en el campo, trató de poseerla a viva fuerza;

es que siempre ha escupido sobre la lascivia de los blancos; es hija de una india huasicama y de padre desconocido. A su madre le despreciaba porque algo le rumorearon sobre una unión servil, y se mantiene sola, vagabunda y bella. Ha trabajado de sirvienta en la ciudad; durante las cosechas en los campos; acompaña a las familias amigas haciendo de todo, sabe ayudar los partos, y no se apura cuando anda sin trabajo.

–Hola, Menancho –le dijo al toparse con el indio descolorido.

–Tardes, ña Obdulia.

–Qui'andisfs haciendo, longo vago.

–Ele, qui'ha diacerse; nada tan nu'hay qui' hacer, ni comer tan si puede; uf, qui tan sirá de nosotros.

–Y cómo te arreglais entonces.

–Ya verasfs; tuditu tan quemó heladas, lo mismo en hacienda, pur esu ca, nu'hay qui'hacer ni qué comer.

–Pero el patrón tiene en los trojes un mundofs.

–Mm, no sé; piru dice qui ya no puede fiar; que tuditicu nos da a nosotros.

–¡Aha!

–Talueguito, ñá.

–No te vayas, oíte; querís papas, máis ¿eso?

–¡…!

El asombro del indio se bordó en los labios tiesos y en los ojos legañosos.

Le citó para la noche, a las doce. Ella le lleva donde ella sabe. Pero sin decir nada a nadie.

Se vieron a las doce; la luz de la luna vibraba batiendo los árboles, echándose en el camino con su fría palidez. Clara y helada la noche. Llegaron hasta las trojes, sin dificultad, rodeando la hacienda, bajándose hasta la acequia.

Aquí, hay que trepar la pared elevada de la bodega. Cerca de la cubierta hay boquetes que facilitan el acceso al interior, solo tapados por alambre de púas. Subieron los dos. El espectáculo interior es majestuoso e imponderable. Hacinamientos formidables e inmensos de papas, de maíz, de muchas cosas buenas.

La emoción desbordó al Menancho; olvidándose del sigilo que necesitaban y los peligros de la empresa, lanzó una especie de alarido y desgarrándose el hombro en los alambres alcanzó un saco abrazándolo como un niño. Este fue el instante difícil; coge demasiado sin acertar elegir. La Obdulia, más indolente, se contenta con escupir hacia dentro, encaramada en el borde de la pared. Por fin, salió el Menancho que andaba revoloteando por dentro, con un saco lleno de varias cosas y huye, sin despedirse, sin siquiera cuidarse de ella; huye anhelante, corriendo mediante esfuerzos atroces por el peso del saco. Al llegar a la choza, todos dormían. La madre, su mujer, los hijos. Cayó rendido con el fardo en el espacio que dejaban vacío los cuerpos tendidos, y sobre él, férreamente agarrado, sollozaba buscando respiración para sus pulmones a punto de reventar.

Durante el día siguiente, ni el Menancho, ni nadie de su familia salieron de la choza. Cocieron las papas, tostaron maíz en cantidad, e incesantemente, ávidos e insaciables, comieron

en todo el día, sin descanso, embruteciéndose del hartazgo. Cansados, aletargados de tanto comer, durmieron plenamente, pesados o inhábiles, con las mandíbulas rendidas.

Otra noche se fue con el Cahuatijo; otra vez el Cahuatijo y el Chamorro, el Chamorro con el Anango y el Sunata; y hacia esa aventura febricitante caminaron en la obscuridad, helados de frío y de miedo, todos los indios de los huasipungos que quedan al Norte de la hacienda. Como que el campo y la vida se han tornado más alegres. Una orgía de gozo, de masticación sensual y deleitosa. Felicidad de comer quince días puntualmente y sabroso. La delicia de robarle al patrón, de mermarle, y con esta extraña facilidad.

Al fin, Don Carlos llegó a sus trojes. Encontró un saco semivacío, regado en el suelo, papas y montones de maíz; resultaba demás sospechoso. Revisó prolijamente su riqueza y descubrió una diferencia notable; cinco quintales de maíz y trece quintales de papas por lo menos. ¡Horror! «¿Y desde cuando será

esto?». Revolvió toda la hacienda. El huasicama que posiblemente puede ser, no sabe nada, nada, ni después de quinientos latigazos sobre su espalda prieta; el mayordomo es el más sinceramente empeñado en descubrir. Aunque también, no es posible confiar en nadie. Su madre le ha leccionado así desde pequeño. Pero lo descubrirá, vaya que sí. A él no se le defrauda fácilmente. No puede permitir que se disminuya un solo grano de sus trojes, pues haciendo y rehaciendo cálculos cien veces, puede este año comprarse un automóvil de nuevo estilo, de moda; casi todos sus amigos tienen carro nuevo. «El novio de su hija también; y hay que arreglarse con esto del matrimonio. Pero ahora estos carajos tratan de comprometer sus proyectos, y primero comen mierda. ¡Eso es!».

Serias cavilaciones le ha producido este hecho del robo. Entonces su gran amigo el Teniente Político Quiroz, se acercó oficiosamente al dueño a decirle que venía a servir a la justicia. Hay que enseñar a la gente a ser honrada. Naturalmente.

–Y mi Don Carlitos, ya sabe, enteramente a las órdenes.

Necesitaba servir al hacendado, que es amigo del nuevo Ministro de Gobierno.

Desde ese momento la autoridad procedió a una investigación minuciosa. Toda la actividad se reduce a descubrir al ladrón, a llamarlo a gritos, a sacudir el poncho en sus oratorias.

En una esquina de la plaza se ha aglomerado abigarrada una porción de indios, frente a la Tenencia Política. Hablan, protestan, lloriquean, Quiroz de gran campeón vocifera. El local es más o menos amplio, blanqueado de cal, con mostrador de almacén ostentoso y reluciente en medio, y al fondo un anaquel grande, casi vacío, con solo unos pocos libros y legajos de papeles atados con piola. El enorme mostrador hace de escritorio, y en él se ocupa de escribir un hombrecito menudo y de avanzada edad, arrugado, con dobles gafas, una sobre otra, que le incomodan frecuentemente. Viste un chaqué verde y raído, pantalón de fantasía, sucia camisa sin cuello, coronado de un coco plagado de lastimaduras y

polvo, tirado hacia atrás. Esta figura pintoresca, de elegancia decadente y escrofulosa que seguramente le ha desechado la ciudad, hace de Secretario de la Tenencia, asilado en el pueblo humilde. Es hombre silencioso y monosílabo, y nadie sabe otra cosa de él que su nombre de Don Francisco. Acaso en el escalafón de empleados del Ministerio de Gobierno se encuentra su nombre íntegro, y algún ser así mismo raído y olvidado cobra su salario, retiene la mitad y envía el resto. Por ello, recibe una única carta cada quince días. De tan sumiso y silencioso, la población lo ve pero no se da cuenta de esta vejez sibarita.

Escribe y escribe en medio de bullicio. Le han ordenado que levante un autocabeza de proceso por robo de especies en la hacienda del señor Íñiguez. Él no conoce, nada conoce tampoco, más allá de la dócil distancia de sus funciones. Sabe que este es un asunto que se enreda en trámites policiales, y él lo sabe porque sacó de los códigos, y sabe también, que el juicio que levanta es nulo, pero lo será si alguien se interesa por descubrir nulidad, y

que si es preciso además, le indicarán la forma de girar el proceso validándolo. Le da lo mismo. Hasta es capaz de escribir, arrugando en la misma forma su nariz cadavérica, una sentencia en contra suya.

Escribe. Se trata al parecer de un robo cuantioso, con una cuantía de cientos de sucres, y el asaltante presunto es un indio de apellido Chamorro, dueño de un huasipungo grandecito cerca del lugar del hecho. Se presume ser el ladrón él, desde luego con cómplices aún ocultos, porque se le ha visto a él y sus familiares comer en abundancia. Y su mujer, además, vendió una libra de maíz. Pero más que nada, como presunción legal, lo cercano que vive al lugar del hecho, diez cuadras más o menos. En el fondo, al amo le interesa el huasipungo, porque justamente por el límite, cruza la acequia de la hacienda. «¡Va! No faltaba más. Si ellos son vivos, también hay que ser vivos».

Este indio Chamorro ya está detenido. Pero es un tropiezo molestoso, el que esta inteligente presunción se encuentre sin pruebas:

–La presunción no es prueba, –repite el Político con aire doctoral y abatido. Es por esto que el Teniente Político vocifera, insulta, enronquecido de gritar babosamente.

Estos indios dan tanto trabajo. El interrogatorio al Chamorro fue cosa. Ahí nomás desquita la miseria de sueldo que le pagan. Hasta le patea, y el rosca nada de confesar. Son muy brutos, no tienen remedio. Les matara, sin dejar uno.

Ahora le han revuelto su humor; necesita sólo una prueba, una sola, eso es todo lo que pide.

En el clima de su turbación, cuando las malditas pulgas le importunan a deshora, encontró por allí a un indio cojo, y sacudiéndolo como si lo hiciera a uno de los animaluchos que le andaban por el cuerpo, le dijo de golpe, porque sí, que el Chamorro había dicho que el ladrón era él, que le habían visto. El indio obtuso con los nervios suspendidos no decía nada, nada. Pareciéndole sospechosa la actitud le condujo preso personalmente, frotándose las manos por su intuición feliz, porque es hombre que bien

podía ser más, como Intendente; como que no es difícil, por ejemplo, descubrir sospechosos políticos en las caras de los transeúntes; se le dice a un individuo: usted conspira, y zas, en la cara se ve al delincuente; qué gente tan falta de iniciativa y de tacto; la gente no resiste un enfrentonazo de estos; ya ven.

Resulta que el pobre diablo acababa de regresar al pueblo, después de un largo viaje, y se topó con el Político al llegar. Esta noticia, más que despistarle, rompía su felicidad de tinoso e inteligente. Le provocaba despecho que no haya sido ese el ladrón; de las orejas tomó al infeliz que desvirtuó su experiencia, y despidiéndolo con un puntapié se desfogó de su fracaso lamentable.

Los indios mientras tanto permanecían sumergidos en sus chozas, enterrando por las noches los restos del botín precioso. Ninguno diría palabra. Ni el Chamorro. Ninguno. A pesar que al Chamorro le han mortificado con alfileres en las sienes, le han latigueado. Dizque está como muerto el pobre. La idea que vengan

tropas de la ciudad a esclarecer el asunto, les aterraba sobremanera. Como que eso se dice.

A las cinco de la tarde, la Tenencia estaba vacía. También el Secretario se ha escurrido, sin despedirse. Así es siempre.

Quiroz se ha quedado como de guardia, fumándose cigarrillos de envolver. Arropado en el gran poncho de lana de ceibo permanece pensativo.

«El suelo no alcanza. Y hasta pueden botarle del puesto con el nuevo Ministro. Carajo, a cada rato cambian. Y ha descuidado su tejido de cobijas que da dinero. Pero es cosa fácil ponerse a hacer. Lo dificultoso es iniciar el comercio; el Juan, el Fidel, todos ellos ya son conocidos y hacen por obra. Y el negocio así es seguro; empezar así nomás es un poco difícil. Cuatro hijos que comen, mujer, él: toditos. Ni siquiera tiene chacra. Astudillo tiene que venir. ¡Hombre! Están por terminar este nuevo incidente del agua. Con el dinero que van entregar a éste que han mandado del Ministerio de Previsión se puede arreglar algo. Este Astudillo

es tipazo. Claro que es. En un rato tiene plata. En este año, ya se ha hecho representante de los comuneros. Como el anterior, Don Navarro, se ha de hacer casa en Quito. Ni tonto. Si a mí nomás me dan doscientos sucres por una boleta. Por nomás que decir que el legajo está en la Corte, que la acequia es del pueblo, que roban agua, que Astudillo es representante, que… bueno, eso no importa, a un amigo se le puede hacer un favor; por qué no; que afirme que el dique se ha despeñado por mal hecho, por no gastar, o porque no les convino hacerlo bueno. Se puede nomás decir siendo amigo. Con los doscientos he hecho muchas cosas. Por firmar eso no pasa nada».

El Julio Herdoíza, el enorme chagra alegre le encontró así cavilando.

–Qui'hay don Quiroz –le saludó.

–Así nomás, cholito.

–Y qué dice de bueno.

–Nada, nada; las cosas de aquí.

–Y de Política.

–¡Oh!–. La exclamación de la autoridad surgió llena de importancia y como si resucitara–. Este Gobierno dicen que está seguro. Algunas cosas me ha dicho el Gobierno, reservadas.

Selló la frase retorciendo sus grandes bigotes negros.

–Bueno'sta, quizá se trabaje con tranquilidad. ¿Se fue al juego el domingo?

Entonces la charla se embarcó en el juego; interesada, discutida. Mientras tanto llegaban más a la tertulia; Don Astudillo, Don Nicolás, Don Rafael, incorporándose de golpe en la discusión, muy preocupados.

El día va cansándose de enamorar a los campos, agotándosele ya el regalo de luz que hoy se trajo. La obscuridad tinosamente se enreda por todo intersticio, y en la Tenencia Política su garabateo ha logrado una boca negra, bien negra, que hace emigrar a los congregados hacia cada hogar. Va muriendo el día y la paciencia boquiabierta del campo se sienta también a dormir. Las faenas del día estampadas como manchas en los ojos campesinos, se diluyen

como el azúcar en el sopor cansado del final del trabajo.

El día se pierde con este mismo tono de fatiga de los músculos del hombre: bosteza, se distiende, se echa.



Hoy es jueves; los cuatro días de esta semana han sido fatales para el Teniente Político. Las investigaciones efectuadas en torno al robo, completamente frustradas. Y no se ha ocupado nada más que de eso, olvidándolo todo, pues la política difícil e insegura le ha intranquilizado con el cambio intempestivo del Ministro de Gobierno. Tiene entre manos un asunto, que conversando con su mujer, lo califica de feroz.

En una propiedad de su distrito, ayer a las cinco, cuando los peones se levantaban del trabajo en una cosecha de habas, se detuvieron en el terreno José Apo y Manuel Chiliquinga, indígenas peones de «Santa Lucía». Al desmontar y cosechar, enterraron los dos un tanto como de

diez libras de habas, separándolas para llevarse en la tarde.

Para esto se detuvieron los dos. José Apo no consentía que el Chiliquinga se llevara un puñado más, protestando y arguyendo que temprano también se debió llevar una parte, pues se hallaba seguro de que pusieron más, mucho más.

Refunfuñando el José Apo, expuso a la superficie las habas aún en vainilla; el montículo suculento y enfangado ofrece un aspecto amargo; pero no importa; se lava en la acequia. Distribuye el José Apo; separa cautelosamente lo que cree su mitad, y el Chiliquinga que no ha hecho nada, que ha permanecido silencioso, de pies, con los brazos cruzados, esperando, sólo dice:

–No; nu'es así; a mí falta estu.

Y su manaza sucia desbarata el montecito bien formado del Apo y aparta un buen puñado.

–Uh, caraju; que creisf, pindijo. Qui'haciendo ti dar más. Yo miso enterré, yo miso destapo, vus sulu acumpañaste, y así sólo mitad cojo.

–Un, caraju, vus suys el pindijo; a mi toca esti otro para que sia mitad.

Y los ojos viscosos de los hombres se encienden, se llenan de odio, ya no se conocen, se buscan en las pupilas los estigmas ajenos que han aparecido. Protesta su petición el Chiliquinga y decididamente separa lo que reclama; el Apo, crispado felinamente, salta sobre el otro que separa en cuclillas sus habas. Ruedan con flamas rojas de los ponchos los hombres. Se diseminan las habas destruyéndose las divisiones, confundiéndose en la tierra; ellos con los cuerpos frenéticos, rasgándose, golpeándose, bufando bestiales.

Consiguen separarse y prosiguen a puñadas. El Chiliquinga es más fuerte, sus golpes cimbran en el rostro, en el cuerpo del Apo, que padece desesperadamente por la derrota incontenible y que significa la pérdida total de las habas; es muy abusivo, ya se le conoce, y esta vez se llevará todo. Arremete con un cabezazo, falla, y rueda de bruces cayendo sobre su azadón olvidado. Una esperanza inaudita se

aferra en las manos al tomar el grueso mango de esta arma bienhechora. Listo el contendor, recoge el suyo, y le espera desafiante, con la fiera arma brutal en alto, en medio del rostro. Le aguarda firme, jadeante; el Apo, que una espuma blanca le cerca los labios, le ha visto hacer, le ha dejado hacer, desfalleciente. Cruza por sus ojos un mundo burbujeante y borroso. Se acerca agazapado, con el arma dispuesta a la descarga, a pasos largos y seguros. A distancia, los hombres se buscan, se temen. El arma es pesada y no presta para agilidades ni golpes en blanco; debe ser preciso y único cada porrazo. El Apo descarga un golpe detenido en el madero del Chiliquinga; se esgrimen grotescamente las armas difíciles. El Apo acomete incesantemente, por los costados, por arriba, buscando un blanco. Todos los golpes se han parado y están ilesos, retroceden; como un felino, se arrastra el Apo por la furia de ser atacado; es curioso; va a ganar, tendrá todo para sí; debe ganar. Sus energías se rehabilitan repentinamente; a pequeños saltos acomete con ligereza, se maneja como un diestro. Al Chiliquinga le confunde la expresión

desorbitada de su contendor. Un golpe, aunque sostenido a medias, le ha tocado ligeramente el hombro. Quiere mirarse, descuida su defensa y un golpe batido a todo brazo, le rompe la pierna. El porrazo, el dolor, le paralizan; cae, sordo, ciego, batido. El Apo enfebrecido acude sobre él, y en el colmo de la victoria, con el mismo tino usado en la labranza, preparado como para virar la tierra, descarga un último golpe que se hunde con ronco sonido en el cráneo del Chiliquinga. La frente, los ojos y la nariz se han perdido en un hoyo que mana sangre, huesos y tierra. La muerte violenta le cogió en medio de su rabia, y queda con las manos en alto, crispadas, en hórrida actitud de furia. El Apo se calma; mira baboso este alumbramiento insólito. Remueve el cadáver con el pie. La tarde se ha obscurecido inesperadamente. El muerto es como una sombra; avanza, retrocede; la mano izquierda sangra y le duele. El dedo meñique se ha caído, de tajo, quedando un muñón redondo, amoratado. ¡Se ha caído el dedo! Busca en el suelo blando y húmedo de sangre caliente. Con un manojo de tierra tapa la herida y se

ata con un trozo de camisa. ¡Bueno! Hay que irse. No le resta nada por hacer. Camina, pero camina inquieto, perturbado, incómodo, más bien, desilusionado. No tiene nada a pesar de todo, no lleva nada.

¡Ah! Regresa con pasos vivos, amontona a tientas lo que encuentra de las habas, y abrazándolas en el poncho se va. Ahora sí marcha, como siempre lo hace después del trabajo, como cuando se dirige a su casa con los pequeños hurtos de la cosecha. Hoy lleva algo así como un botín de guerra. Piensa en comer, en hervir las habas sabrosas, en comer las habas tiernas cocinadas con su mujer y sus hijos.

La agitación, el cansancio, el olvido de sí mismo, prolongó el sueño del Apo hasta bien avanzado el día, con toda la sorpresa del hogar misérrimo. No asistió al trabajo a las seis de la mañana. A esa hora los peones encontraron un cadáver monstruosamente desfigurado, picoteado por aves de rapiña, irreconocible. Por deducción y por el poncho rojo mate y el liencillo nuevo del pantalón supusieron sea el

Chiliquinga ausente. Al Político le alarmaron de improviso con la noticia y se trasladó con dos celadores a constatar el hecho. Se trataba de un crimen. No había más que ver.

–¿Pero a quién se le ocurre quedarse muerto así? Dan náuseas. ¡Agarrotado como si se trepara a un árbol ficticio!

Los azadones abandonados, con grandes coágulos de sangre el uno, le explicaba. Ha habido lucha, no hay duda. Debe descubrir inmediatamente al criminal, para dar prueba de acuciosidad y diligencia en el cumplimiento del deber.

Naturalmente debía apresar a todos los sospechosos y averiguar con ellos; los indios en torno permanecían amedrentados. Pasadas las siete, el Apo venía con lento paso embrutecido. Aún no comprendía exactamente la medida de los sucesos de que fue actor. Le conmovía una esperanza vaga de no ser verdad una pesadilla monstruosa, sólo aseverada por un dolor intenso en la mano. Como el sueño que nos despierta sobresaltados o ilusionados, y en la misma bruma pavorosa suscitada hasta despertarnos,

nos aferramos a la dulce esperanza de que sea verdad o no lo sea, según si soñábamos en un acontecimiento grato o ingrato. Así caminaba el Apo. Al despertarse con espanto, sin pensamiento, por la atracción extraña de una fuerza que le quitaba la voluntad, llegó sin saber hasta el trabajo, acaso haciéndolo con una tendencia de huida, con el espantoso dolor de todo el brazo, ensangrentado el poncho y el pantalón; y como le vieron así, como todos tenían entre los dientes el espectro del hombre despedazado, por salvarse de la sospecha apremiante, le acusaron así de pronto, anunciándole con un carajo del Teniente Político lo que había hecho. Él corrió hasta desfallecer. No hay duda. El Teniente Político elevará un extenso informe sobre el difícil trabajo de captura, sobre la criminalidad indígena y que «el hombre está bajo sombra». Habrán viáticos de movilización. Pero si eso dificulta algún aspecto, renuncia los viáticos. Eso es, sería más conveniente aparecer en esta forma desinteresada. Esto puede notarse como un gesto.

Ya está preso el Apo. Ya comunicó a Quito el crimen. Los periódicos dirán: «El Teniente Político de Pelileo comunica el crimen de...» o «Diligente Teniente Político descubre...». Todas las cosas en la vida deben suceder en provecho de alguien. Es lógico.

Hoy es jueves. Y jueves y domingo es de costumbre reunirse con el cura del pueblo por las noches. Ahora más que nunca necesita un momento de intimidad, de solaz. Tanto trabajo. Tantas dificultades. Tan generoso el cura y tan regia la comadre Panchita. Verdaderamente entusiasmado miraba el venir de la noche prometedora. Los amigos diarios que en su oficina buscan la manera de acabar el día, regalándose chistes y su intimidad sincerota, no amenguaban el largo del tiempo. Este Julio Herdoíza siempre con sus chistes: «¿En qué se parece la sal a la mujer?». El festejo del acertijo picaresco se le montan en el cuerpo haciéndole en la cara una rúbrica que le conmueve y enrojece.

Es, francamente, un hombre plácido y arreglado. Bate el poncho sobre los hombros, se

cala el sombrero hasta los ojos, y con hondo suspiro cierra la oficina. En las largas esperas de audiencia en los Ministerios, ha visto cerrar la puerta a los porteros, sin que de este oficio importante se ocupe el superior, que se estira, tose, espera que el hombrecillo le diga ¡hasta mañana, señor...! y se marcha dejando tras sí un rastro de triunfo conmovedor. Frente a la puerta gira atusándose los bigotes y logrando una circunferencia con los pies; tose golpeándose levemente en los labios, y dirigiéndose a un portero imaginario hace una despedida bondadosa y de buenos deseos, y camina, estirado, camina como jefe, sobre los baches y el lodo de la tierra llovida, flameándole las puntas del poncho crema claro.

Plantado el cura en el portón de su casa, espera también que el tiempo transcurra dócilmente. Se podría ir solo, pero es mejor que venga. Es importante el cambio del día a la noche, de un quehacer a otro, o hasta el simple cambio de postura, en esta pesada monotonía del vivir campesino. El día que se siente en

ruedo, claro u opaco, con escamaciones palpables, como proyección nuestra, como que es precisamente para nosotros el día grande y tranquilizador. La noche es otra cosa, otro argumento. Y así el cura se mantiene de pie, dejando que el crepúsculo le desvista del día.

–Buenas, señor Cura; ¿qué tal le ha tratado el día?

Se acercó Quiroz, modelando un tono de voz gozoso.

–Ahí nomás, Quiroz. ¿Y usté que dice de nuevo?

–Las cosas que usted ha de saber. El robo al señor Íñiguez, la muerte del Chiliquinga; ¿le conoció al Chiliquinga? Pobre indio. Pero quedar con la cara hecho plasta. ¡Jesús!

–Así dizque ha sido. Son terribles esos indios. Pero en fin, ¿cómo ha sido eso?

–Mmm… Estos verdugos pelean porque sí. Parece que han disputado por un poco de habas. A lo menos así dice el Apo. ¡Pero quién va a creer que se maten por un pite de habas!

Bueno para que diga el bruto. Lo que sí, es que estos verdugos son capaces de todo.

–Eso sí, Quiroz, son gente relajada, que no teme a Dios; casi no son gente.

–As'ies mi señor Cura. Pero qué rico friecito, ¿no? Qué bien nos sentara una copita. Haber, ¿qué le parece esto mi señor Cura?

–Brutal pues hijo, si pensaba lo mismo y me quitó de la boca el decirle. Vamos a ver qué nos da la Pancha, ¡ah!

Se perdieron en el tejido del tiempo oscuro. Quiroz cedía respetuoso los rincones al cura, hasta le tendió la mano para que el inmenso volumen del cura pase con felicidad unos baches fangosos de las calles. Se sentía comedido y generoso.

La comadre Panchita, de la cantina «La Patria», dormía recostada sobre el mostrador. La mano caída daba lugar a que se abra el escote de la blusa, dejando ver los senos jugosos y apretaditos.

El señor Cura recogió para entretenimiento una rama, y al entrar a la tienda, con la punta,

delicadamente, hurga sobre la unión de los pezones enjundiosos. El cosquilleo trata de aplacarlo con la mano, y un pinchacito agudo que resbala de la risa del cura le despierta por fin. Dos carcajadas fuertes le sorprendieron al abrir los ojos. Un tanto sobresaltada tarda en reconocer, y al fin «qué alhajas que son», salta de la silla con los brazos extendidos, diciendo:

–Señor Cura, señor curita, venga, venga, ya creí que no venía. Ele veps, lo que mi'hastado viendo dormida. Ja, ja, ja.

–Pero estabas regia así, cholitica.

–Aura denos algo bueno comadre Panchita; querimos estar con gusto, inició Quiroz.

–Ya saben que par'ustedes todo lo que quieran; vamos a mi cuarto, adentro; hast'eso cierro las puertas.

Ya sabía la Pancha los gustos del Cura. Mujer complaciente y de negocios, no podía reparar, con un buen parroquiano, sobre usos de su persona. Eso le había dado dinero. Les sirvió una media botella de puro, del mejor, del rico de Baños.

–Voy ha'cerles unas tortillitas, para que coman con aguacate; en seguida vengo.

Dos velas les alumbraban medianamente; dispuso una mesa pequeña junto a la cama donde se sentó el Cura, y al frente el Teniente Político. La pieza era estrecha pero abrigada. Ostentaba en las paredes un lujo abigarrado de cuadros pequeños, cromos de todas clases, estampas, postales.

Los dos hombres hicieron honor al licor. Para la primera copa, hubo solo brindis, saludos sin conversación. Mutuamente, el uno en favor del otro, bebió en obsequio de su salud.

Se divaga ampliamente. Unos cinco turnos han consumido ya. El calor ha aumentado progresivamente en la pieza, y se han enrojecido los rostros de los bebedores. La charla es más vibrante, abordando prematuramente las intimidades. Saltaron como dados las lamentaciones del Teniente Político. Él es bueno, se desazona por servir; pero, las inquietudes por la inestabilidad del cargo, chismes, envidias, en torno suyo, que nunca faltan, claro, de los sirvergüenzas del pueblo.

–Pero aura vu'hacer un trabajito; verá. Al señor Íñiguez li'han hecho un robo, y yo tengo que descubrirle. Pero estos verdugos son más rudos; al indio que le tengo preso, l'he'dado palo, l'he'ortigado, qué no l'hecho, y nada de declarar. Ya que roban, que roben, pero que digan después y no le pongan a uno en apuros.

–¿Y si no es él?

–Es que nu'hay nadie más que sea, y debe declarar; qué pierde él, por otra parte. En cambio yo, que soy autoridad, sí tengo que perder. Y tengo que hacerle esto al señor Carlos.

Los tragos continúan. Los movimientos y las palabras son, en cambio, cada vez más inestables. El cura se ha quedado un momento pensativo y fija la mirada en el chagra barroso.

–Bueno, le dice–. Yo le ayudo a descubrir. Usted me dice los que juzga sospechosos y me los manda, o yo mismo les cojo. Y entonces les confieso; ahí sí que no se escapan. ¡Eh! Qué tal, ¡ah!

–Brutal cholito, brutal señor Cura, exclama iluminado–. Así se li'hace un favor a un amigo. Chóquele, ¿y cuándo?

–Mañana mismo, si quiere.

–Es'ués; yas'tá. Mañana mismo. Esués ser inteligente. Yo siempre he dicho eso di'usté. Es qui'usté es leído y escribido.

Las copas menudean con más constancia y júbilo. Es una noche francamente feliz. La botella se halla casi vacía. El cura adopta una voz conmovida.

–No es nada hombre; pero ve Quiroz…

Y le atrae junto a la cama, y pasándole amigablemente el brazo le acaricia. Este recuerdo imborrable que tiene del Seminario. Aquel compañero de estudios que también ya es togado, y él está en Quito. Pero fue él quien le atrajo de este modo, hacia su cama, y… bueno, época de estudiante. Los besos. Se sacude.

Verás, –continúa–, yo soy tu amigo, yo te beso, es decir, te quiero.

Cerrándole la boca con la mano detuvo las protestas de fidelidad que el Político iba a soltarle hasta poniéndose de pie.

–Oirás cholito, yo tengo un asuntito, y me vas a ayudar; ¡claro que me vas a ayudar! Verás, el asunto es este: sí le conoces a la Rafaela, a la Zapata, esa chola gordita, guapetona la tipa, que se iba a casar con el Julián Cornejo, que se fue a Guayaquil. Bueno, sí le conoces Yo pues, ya sabes, cualquiera hace lo mismo. El caso es que ella está enferma y como que adelantadita, y lo grave es que el Cornejo ya viene, y en estas circunstancias, ¡figúrate! Es un poco molestosa la situación, y que es fácil salir siempre que me ayudes, ¿no? –Terminó asentándole una palmada en el hombro.

El Político habíale escuchado atento. Ya se supuso el negocio; después de todo, que más daba. Con eso se asegura. Así, llegaron a un colmo de fraternidad, un tanto ebria, un tanto desconfiada, apretada en abrazos.

–Ve, Cura, qué será de la Panchita, llamále vos que sois de más confianza, bandido. –Y la frase coquetona le selló con un guiño.

–Panchaaa, Panchitaaa… –prorrumpió el Cura.

La Pancha les trajo todo un equipo gastronómico: tortillas, carne frita, huevos, cerveza. Se quedó con ellos, obsequiosa y agitada.

Mientras comían, al Político le asaltó una risa incontenible; los otros dos le veían.

–Quien a solas se ríe... –dijo ella con un mohín confianzudo.

–A ver adivinen, dice: ¿en qué se parece la sal a la mujer, mmm...?

–¿Qué será pues, hijo?

–Alguna tontería ha de ser; qué dizque tenimos con la sal nosotras–apunta ella.

Acercándose al oído del Cura, el Político le da la solución. Una carcajada estentórea, a todo pecho les sacudió.

El señor Cura suele reírse en una forma macanuda. «Tiene la piel tan gorda y es tan suave, como seda», piensa ella.

La hembra se ha situado en medio de los dos hombres.

Tolera agradecida las bromas y los manoseos, que cada vez progresan en intención y deseo.

El puro y la cerveza han hecho efectos violentos en el Político, y tambaleante, da manotazos que unas veces caen sobre los senos, los muslos de la mujer, o sobre la nuca pronunciada del cura. Este, atareado, lame los hombros, la cara de la mujer, besándola lascivo y mugidor, recorriendo con sus manos temblorosas las curvas provocativas de la Pancha sabrosa. Ellos ya están en la cama.

El Político los ve, los siente. Se encuentra incómodo, no puede lanzarse sobre la pareja ensordecida, y con un gesto bobo, les escupe, diciéndoles: «¡pendejos!» y se duerme sobre la mesa.



Don Carlos Íñiguez ha llegado de la ciudad. Es un acontecimiento notable, por el día no acostumbrado. Ha venido en carro nuevo, de último estilo, con un agente vendedor de automóviles, que trata de convencerle de la compra. Ha aprovechado para inspeccionar sus heredades, para conocer el estado de las investigaciones, y para darle un vistazo a sus

trojes. Al vendedor le relata sobre sus vacas, caballos, la hacienda, los sufrimientos que hoy cruza todo agricultor.

–Imagínese usted, los indios son unos alzados hoy día. Antes, se les pagaba por rayas, a diez centavos, y huasipungo. Venía un indio atrasado al trabajo, y él mismo se echaba, se alzaba el poncho y el mayordomo le daba látigo; cuando se levantaba, se iba diciendo, «Dios solo pay, taitico»; pero ahora es un horror. Quieren más plata, huasipungo, le roban a uno cuanto pueden, y encima, le amenazan y le insultan. Ya no se puede vivir ni trabajar.



Astudillo hablaba en media plaza, rodeado de cinco hombres. Tratan de poner en sus modales y sus rostros un aspecto de secretismo. Le hablan sobre una misión encomendada a ellos: volar el dique construido por los quereños, en la bocatoma, para la división de las aguas. Con eso se presentaba una prueba en

favor: dique mal construido intencionalmente; no se efectuará la prueba de medición de las aguas, ni el reparto convenido en el contrato, con la circunstancia de alargar el pleito, estableciendo responsabilidades nuevas.

Un hombrecillo vivaracho y charlatán menudea frases y gestos relatando el hecho.

–El dique más duro que qué; sólo con dinamita se pudo romper. Casi todito reventó; lo peor es que casi nos alcanza por no estar lejos. ¡Brutal jue!

–¿Han oído qué dicen los quereños?

–Nada; el José que le dejamos para que averigüe dice que dicen que se van a quejar. Pero con lo que no tienen pruebas, y el agua está como desbancada. Esto va a resultar. Bueno mismo está el abogado. Con eso no hay las mejoras que dice el contrato, no se hace el reparto, y hasta podemos cobrar multas. Oyé, Don Astudillo, a las cuatro dijo que ha de venir el doctor; ya le mandamos para el auto.

–¡Ah!

–Buenofs, y cuenten cómo ha sido lo del Sacristán.

El grupo de chagras vigorosos, arrebujados en los ponchos, calurosos, llenos de sol, puso en sus rostros una mueca supersticiosa, santiguona.



Un automóvil permanece junto a la cantina «La Patria». Varios curiosos merodean al ruedo, le tocan, se sientan en el estribo, se reparten miradas inquietas y gozosas de su ingenua travesura. Este vehículo trajo al abogado. Este día ha sido sensacional: dos autos, y un abogado dentro del uno, con la circunstancia de que éste iba por ellos. En apuros pasaron la tarde sin decidir cuál era el mejor lugar para recibirlo, hasta que acondicionaron especialmente un cuarto de la casa de Astudillo. Dos sillas y una mesa prestó el cura, y entre todos, amoblaron un salón pintoresco con un escudo nacional descolorido, sobre la silla destinada al doctor.

Se reunieron a las cinco de la tarde. Hace una

hora sostienen atenta y tensa charla reservada. El doctor habla incesantemente, solucionando todas las dificultades medrosas que le oponen los representantes comuneros. Juan Astudillo, Nicolás Escala, Pedro Riofrío y otros más que escuchan, se regocijan o temen. Retienen escrupulosamente cada palabra de su defensor. Ahora parece que el asunto se resolverá definitivamente en favor suyo. Después de todo, la cosa ha sido fácil, facilísima. Hay que abonarle otros cuatro mil sucres, nada más. Debe hacer unas gestiones difíciles en la Corte Superior, cubrir el dinero al representante del Gobierno para obtener de él su informe en cierto sentido. El juicio está en segunda instancia; son ochenta años de litigio judicial, y en verdad, el legajo es inmenso y para leerlo se van muchos días. Papel sellado amontonado en ochenta años, eso es. Ahora, es preciso desviar la acequia cuanto antes, hacia el lado de Quero; con eso se explicaría lo del derrumbe del dique, simulando así el robo de aguas por parte de ellos: de otra manera no obtenemos ventajas morales ni jurídi-

cas. Yendo el agua hacia ellos, quién no supone que se ha tratado de robar, que existe mala fe, y como por otra parte, el tanque de distribución se halla destruido, no hay pruebas en su favor. Además, esto de las leyes y códigos, él les dice sinceramente y porque conoce, es una mecha. Alargar y enturbiar las cosas, y en especial el derecho mismo: con las leyes, en cualquier caso, se le puede atribuir o negar derecho a un litigante, es lo mismo. Es mejor procurar resolver de hecho, pues así hay testimonios eficaces o prácticos para proceder rápidamente.

Es necesario que tengan valor, que se sostengan firmes, pues acaso, son los últimos pasos; un momento de desidia puede fracasar el plan y hasta perderlo todo. Nada anda seguro, eso sí. Debe hacerse todo en el plazo de una semana, cuando más. El otro dividendo de sus honorarios lo más pronto también, porque es dinero que necesita no tanto para él, cuanto para los ajetreos en la Corte de Justicia.

El discurso del doctor, sin sentido jurídico, tenía la magnífica habilidad de ofrecerles un

sistema halagüeño al espíritu objetivo y aventurero de sus clientes; llevaba más la finalidad de agradar la aceptación de ellos, que perseguir una finalidad jurídica en el proceso. Sabía perfectamente que el agua única para toda esa región constituía la acequia, y que quitada a los unos, los otros morían de sed, los hombres y los campos: toda la vida.

Salió el doctor empaquetando una multitud de papeles que ensordeció a los chagras, y esto sirvió para que se abismaran más de claridad y optimismo. «¡Claro!, si este doctor mismo es más brutal que el otro».

La despedida fue emocionante, con brindis de cerveza donde la Pancha. Podrían tener agua. Bastante. Para la sed insaciable de la tierra, de los animales; para ellos, miles angustiados porque el sol quema persistente, consumiendo los sembríos, devorando las esperanzas de pan y abrigo.

Toda acuciosidad la verán insuficiente para realizar los mandatos. Los cuatro mil sucres le entregarán mañana.

Reunieron diez mil sucres como él mismo les indicó anteriormente, y de eso le mandan. ¡Sin una sola falta!

El doctor vino al pueblo acompañado de un amigo, este de veinticinco años cuando más, que guiaba el carro. El doctor Manosalvas salió pacienciosamente de la reunión, desechando el agasajo que le tenían preparado. Es hombre de edad regular, buen aspecto, y socialmente, un hombre encantador. Divertía a las gentes con su gracia amable, sirviendo de bufón o de regente, según los casos, con elasticidad imperceptible, que le hacía estar frente a los individuos con la frase o el gesto que estos necesitaban. Nadie ha averiguado su procedencia. Es el caso de hombre que queda bien, y muy pronto es indispensable e indiscutible. Hoy es hombre rico, abogado requerido, y hasta con alguna aspiración en la política provincial. Se sabe de él que fue buen colegial, buen universitario, y que una vez graduado obtuvo un empleo público de segunda clase. Un suceso sin importancia cambió totalmente el rumbo de su

vida. Vivía en una casa de los alrededores de Quito, modestamente, conforme le permitía su sueldo de doscientos cincuenta sucres y sus graves necesidades sociales: vestir bien, concurrir a fiestas y cines, contar con dinero para cualquier emergencia de amigos o amigas. Por cierto que sus relacionados jamás conocieron su vivienda oscura, eludiendo con habilidad toda pregunta al respecto, y alguna vez, hasta deteniéndose en alguna casa de fachada lujosa. En aquella casa tenía de vecinos diversas personas, algunas desagradables e infelices, que le veían escasamente también, porque casi siempre entraba en la noche y salía por la madrugada. Regresando una ocasión muy tarde en la noche, escuchó en la pieza vecina la voz de un hombre que se asfixiaba; como esa voz de agonía continuara impertinente, y no le permitía dormir, acudió, y encontró un hombre casi anciano tendido en el suelo, doblada la cabeza hacia adelante en forma que la posición forzada no le permitía respirar, y estaba a punto de ahogarlo. Estirando el cuerpo pudo respirar libremente y quiso además acomodarlo en

la cama, despertándose con los movimientos aquel hombre. Se hallaba borracho, reconoció a su joven vecino y le dio las gracias. Considerándolo sin peligro, trató de irse, pero el vejete desarrapado le impidió, suplicándole que se quedara. Consintió de mal grado, y asistió a confesiones broncas que hacía de su vida, afirmando ser un hombre muy desgraciado, que su mujer tenía mucho dinero y que no le librara de esa situación lamentable. Era una desgracia, naturalmente. Toda esta novela se descubrió para sacar al doctor Manosalvas un sucre.

En los primeros momentos, no volvió a tomar en cuenta a su desagradable vecino, que todos los días le tropezaba bebido. Creyó de pronto que la historia de la esposa avara era una invención para pedirle dinero. Mas, descubrió así mismo por otra casualidad a la mujer de su vecino borracho. Era una mujer gorda, entrada en años, continuamente sucia y desarreglada. Atendía desde hace treinta y más años en una fonda vendiendo comida y empanadas consagradas como su especialidad. La mujer ha

pasado toda su vida junto al fogón, vendiendo sus empanadas en cantidad, de tal modo que consiguió acumular ciertas ganancias. De alguna edad, un poco madura, casó con este vejete degenerado, cliente suyo, pretendiendo acomodarse suavemente sobre los hombros de su mujer. Al principio hizo que le ayudaba, pero luego se dejó mantener, como cosa cómoda y complaciente. Maduros sus ahorros dolorosos, compró en el centro una casa en trece mil sucres, dinero reunido centavo a centavo y tras cruentas privaciones, sin jamás cambiar de local, cambiarse de ropa, ni vivir holgadamente. Compró la casa que constituía un anhelo de toda su vida. Tomás Manosalvas descubrió la riqueza de esta sociedad conyugal, y desde entonces fue él quien empezó a asediar al marido, su vecino impresentable. Fue hábilmente generoso. Le daba uno o dos sucres al día, y le visitaba cada noche, y obtenía así todos los detalles que le eran necesarios; el grado de amistad en los cónyuges, incrementando la sombra de odio que el marido reunía por no ser generosa con él en toda la medida que se espera-

ba. Con más frecuencia en las conversaciones aplicaba a su mujer calificativos rudos, hasta que, cuando hubo creído oportuno, le dijo que no había razón para lamentos ni protestas. Le explicó que la casa comprada por su mujer en realidad era suya, por ser inmueble de la sociedad conyugal adquirida por las ganancias y salarios obtenidos dentro del matrimonio. Se dio modos para sortear todos los tecnicismos jurídicos, hasta hacerle comprender, y por fin, proponerle compra. Obró en forma inteligente, sagaz, de tal modo de aparecer como que quien se engañaba, era él mismo. Firmó las escrituras de venta, maravillado frente a un montón de billetes que valían ochocientos sucres. El espectáculo era para no retroceder ni titubear, y hasta en cierto momento creyó obrar con viveza. Sabía que la casa no era suya, no entendía por qué razón las leyes le adjudicarían, ni aquello de administrador de la sociedad conyugal, y a lo mejor, ese dinero, le venía del cielo. Deben andar equivocados estos tipos, o este tipo está loco. ¡Qué bruto! La escritura contaba el precio de compra al contado, de veinte mil sucres.

Meses después que descubrió la mujer que la casa no era suya ya, entabló demanda en los tribunales de justicia; lloró, desesperó, pero las leyes no podían darle amparo ninguno y perdió.

Así adquirió Tomás Manosalvas un fondo de fortuna para su vida; la casa le producía buena renta en arriendos, y de Quito, cambió su domicilio a Ambato, por táctica.

Al encontrarse con amigo que le acompañara hasta el pueblo, éste le preguntó:

–¿Y en qué para el lío?

–Es una cosa larga y torpe –respondió–. Ventajosamente no hay que hacer mayor cosa y se gana bien. Los unos y los otros presentan pruebas de propiedad, títulos y títulos, testimonios y testimonios, y todos sedientos, sin que se logre ordenar, antes que los títulos, las necesidades a base de la cantidad de agua existente. Pero marchemos, que esa gente nos ve.

El ruido ensordecedor del motor, el sentimiento de la fuerza mecánica que se impregnaba con el polvillo levantado por el carro, confirmaba la autoridad de las palabras vertidas por

el abogado, surtiendo aún como un eco en los oídos de los hombres.

Viajaron en silencio algún rato; el ruido enterrado de una caída de agua aproximándose les ligó nuevamente con el motivo desprendido.

–¿Y cuál es el origen de la acequia en litigio? –preguntó el amigo.

–Este punto no es ciertamente claro, y en esta obscuridad reside también la confusión de quién es el dueño actual. Unos dicen que un cura Pazmiño, otros que un chagra tal. Unos presentan una prueba y otros, una parecida. Como yo estoy buscando la razón de los unos, trato de hacer algo hasta que estos tipos se cansen conmigo, y se busquen otro. Vamos a ver qué se consigue con las indicaciones que les vengo dando. Yo creo que el caso grave sería el triunfo de una de las dos partes. Podría producir sencillamente una hecatombe, pues la aspiración tanto de unos como de otros es la propiedad total de las aguas, aspiración por cierto explicable desde que es una urgencia vital. Se deberían municipalizar todas las aguas, todas.

Y hacer un reparto científico de acuerdo con las necesidades agrícolas de cada propietario, colocando tanques y procurando construcciones que efectúen los repartos automáticamente, de manera de evitar que por este oro líquido no se explote tan inmisericorde y tan despiadadamente, y evitar el dolor de la sed a los campos y a los hombres. Como tú comprendes no soy yo quien va a hacer esto ni a lanzar la iniciativa, porque nadie le puede pedir a nadie que pudiendo ganar, y bien, no lo haga; sería una injusta resistencia al estómago.

Una doble carcajada aceptó la broma.

El paisaje cerrado por la noche se taja con los faros, tendiendo líneas rectas a la inquietud de la topografía de los montes.

–Grave cosa, respondió lacónicamente su amigo.

–Sí, muy grave. Se cuentan hechos de sangre espeluznantes. Es increíble un valor de criminalidad nativa tan elevada, si no se justifica por la presión trágica de la necesidad, la amargura que produce la necesidad burla-

da. Pero son en el fondo gente buena, que se disgustan demasiado cuando les falta el agua, cuando se les seca los campos y se aniquilan sus animales, por todo esto que les trae hambre y pobreza. Todos estos campos bellos y propicios, que son como un bello inmenso jardín, enlutados y manchados de sangre por las luchas por el agua. Los abogados en verdad, y los representantes comuneros, con la ayuda de nuestras leyes, somos los que más daño hemos hecho, arrojándoles a unos y a otros al crimen, a la guerra intestina para encontrar motivos al pleito, mientras la ley demora en su dictamen, dando lugar al saqueo de las arcas paupérrimas de los campesinos. ¡Va!, qué diablo; cada hombre se defiende como puede. El representante de la comuna roba, ya a solas o ya de acuerdo con el abogado y las autoridades, el dinero de los crédulos y esperanzados comuneros. Juan Pérez de Quero tiene dinero, Astudillo de Pelileo lo mismo, todos igual. Son vivos. Pero, acaso, tienen derecho. Nuestra organización social consiente y obliga al hombre a destruir a los demás, antes que ellos lo hagan con uno;

no hay remedio. El caso está en adaptarse, taparse los oídos y cerrar los ojos. Mi tesis ahora, es ser rico. Cuando estudiante, muchas veces no tenía para comer, pero llevaba siempre mi traje impecable para curar las apariencias, y reía junto con mis compañeros, cuando un tipo, otro de los nuestros, le hacía unos trabajos ocultos al portero del instituto a cambio de la comida. Aquel consiguió una beca sirviendo de espía del profesorado entre los estudiantes. Trabajaba a poco precio, eso era todo; le aprobaba con mi estómago vacío y me pesaba mi dignidad sentimental. He comprobado ahora que sólo dependía de la cantidad, pues un buen precio, cubre la más entrañable verdad espiritual. El mundo da vueltas. Es curioso; en la adolescencia no descubrimos aún las posibilidades de nuestros instintos; la fórmula es: el que necesita, que lo consiga, y si no puede, que desplace. Dar y recibir. Una ocasión me dijo un profesor, con dura ironía: hay demasiados alumnos, sobran, y falta espacio, por causa de una pequeña travesura mía. A ese le he procurado todo mal y me agradece cuando le obse-

quio algunas monedas para que coma, y le doy por agradecimiento, porque su máxima aplico ahora a todos los hombres.

La conversación produjo un efecto congelante. El ruido monótonamente exacto del motor, sin embargo, aparecía como lo único humano.

–Después de todo, no creas nunca en cuanto yo te diga, aunque te aconsejo que tampoco le creas a nadie, y hasta en la mañana, cuando te levantas de tu propio lecho, convéncete de que estás tú mismo. Y a propósito, voy a contarte una gracia de estos chagras, inducida parece por un personaje enemigo de la víctima, enemigo de todos, hasta de él mismo, y como es natural, muy rico. Tú conociste a Alborquez; distinguido por su estatura y por su ignorancia. De patrimonio familiar recibió dinero y avaricia implacable. Todos ellos son igual. Ese tipo de salón, de hombre de fiesta, escondía, parece, un ser bárbaro, y una ambición incontenible e insaciable de dinero, sin pararse en pormenores: fechorías, raterías inmundas. Poseía una acequia precisamente por este sector, mira, a la

derecha, hacia el sur. La acequia a más de beneficiar su hacienda repartía agua a los pequeños propietarios de los contornos. Como que era el abastecedor de agua, era señor poderoso, con influencia sobre casadas y vírgenes criollas; hasta algún marido le llevó su mujer apetitosa a cambio de otro tanto de agua. El arriendo del agua a los pequeños propietarios se hacía por tiempo; una hora a ese, media hora a aquel, cuarto de hora al otro, el remanente para este, y repartía de este modo el agua a unos y otros, dejando para sí, un tiempo exclusivamente mínimo. Negocio estupendo, desde que el agua vendida beneficiaba también sus terrenos. Este magnífico tipo era un ratero de nota: acostumbraba levantarse durante ciertas horas de la noche, acudía a la compuerta de repartos y se trabajaba una distribución especial. Del otro, de este, de ese, de aquel, etc., que les correspondía una hora, media hora, un cuarto, etc., se dividía para con él y completaba el regadío de sus tierras. Diez minutos de la hora de éste, cinco de la media hora de esotro, el remanente de todos; remante es el volumen de agua que

cabe en el lecho de la acequia y que queda por recibirse hasta que cerrada la emisión de agua al lugar de destino curse hasta vaciarse. Nada más bien meditado. Pero desgraciadamente se dieron cuenta. Le espiaron varias veces. Podían denunciar a la policía, pero sabían ellos cuanto se debilitaban si ponían en conocimiento de la policía, y retuvieron para sus manos ese vacío de la justicia; consultado un abogado, este manifestó la debilidad en que se encontraba la ley frente a este caso, y sugirió esbozadamente la realización de una justicia inmediata y práctica. Y eso no estaba mal, porque se beneficiaba sin comprometerse. Estos hombres tienen la virtud de saber hacer ciertas cosas solapadamente, silenciosamente.

La noche metida dentro del coche turbaba los movimientos de los viajeros. El silencio obscuro del camino, el viento helado mordiendo los huesos, la negra monotonía de la naturaleza cumplían un escenario insólito a las palabras volantes como aves negras en este aire negro de este relator en un lugar difuso persiguiendo la noche.

Un buen rato de asombro permanecieron en silencio.

–Veinte de esos hombres parece se comprometieron. Escandaloso número de hombres. Pero esto les daba eficiencia física y moral; pero es preciso considerar que de ellos, ninguno era el especialmente afectado, sino la colectividad sedienta, defraudada, humillada. Temprano en la noche concurrieron sigilosos a posesionarse del lugar. Muchos, apelotonados, largas horas permanecieron esperando angustiados. Ni una palabra, apretando las mandíbulas a que no castañearan de frío, acaso de emoción miedosa; es el terror incierto que precede a la obligada espera del crimen; miedo a las manos, a las sombras, miedo a la inseguridad de si aún estamos o no estamos nosotros mismos. No era preciso más palabras. Sabían una sola cosa indispensable: que se congregaban a matar, y esto era ya demás elocuente. Todos sabemos lo que es matar; y antes de matar, el cuerpo se eriza por tener pendiente un acto definitivo, y el alma se incendia entre sí y no; ha dejado de ser,

y ese desequilibrio de ser y no ser es como la presunción de llamas que nos abrazan y no nos queman en las horas de duda. Por fin, a la una de la mañana, apareció en la niebla un rumor de pasos. Le dejaron llegar. Mucho tiempo, la inmensidad de diez minutos, se mantuvo enormemente erguido e inmóvil. Ellos también no se movían, hasta debieron hacer el milagro de no respirar, encomendándose a Dios a pesar de todo. Pienso que si él, en aquella noche torpe, no desviaba las aguas vendidas, no se habrían decidido asaltarle. Mantuvieron una exquisita caballerosidad pero con él. Hubieran esperado otra noche, otras noches hasta presenciar el hecho del fraude. No se precisaban los movimientos suyos, pero se sentía el chocar de hierros y maderas, el saltar del agua estropeada. Pocos minutos más esperaron. Automáticamente todos desentumieron sus cuerpos congelados y le cazaron indefenso, doblemente sorprendido. Sellaron férreamente su boca introduciéndole una piedra harto grande y atándole con un pañuelo. Los gruñidos apagados acompañaban el forcejeo inútil y desesperado. Los brazos y los

pies atados en cruz, fijos, imposibles: estaba definitivamente inerme. El corazón debió palpitar desenfrenadamente, locamente. Entonces procedieron a desnudarlo. El viento helado le abrazó crispándole el cuerpo. Un hombre salió del grupo y cercenó el miembro abatido y lo arrojó luego sobre el rostro. Acaso ese era marido de alguna moza forzada. La figura del eunuco crucificado era pintorescamente risueña a pesar de todo, y una como risa histérica envalentonó la cruel iniciativa de los hombres. Luego, con filos cuchillos amaestrados levantaron lentamente la piel, sin prolijidad, demasiado violento, pero diestros. He visto esta operación en el camal, en las reses despostadas. La piel al levantarse produce el chasquido caliente como de besos. Tal como se separan los labios de dos amantes. Unos vigilaban y estos otros carniceros trabajaban. Debió sufrir en forma inconcebible. El cuerpo todo quedó rojo, más vivo en espectro, chorreante, evaporándose el calor en leves levantamientos de vapor de agua del cuerpo y de la sangre. Procedieron entonces a triturar los huesos, dividiéndolo en varias partes, trozando,

machucando contra las piedras los huesos duros, produciendo una masa maleable y disforme. Ni ellos podían retratarse remotamente quién fue. Esos restos resbalosos y sucios, agrupados en montón oloroso a carne tibia, sonoro, ensacaron en un costal. Ni siquiera era un digno cadáver: sus mismas materias fecales hicieron ¡burla impertinente! No fue eso todo. El hórrido fardo meciéronle sobre el agua, besando la superficie, aplicándole la última sorna de su sádica justicia o venganza. Era preciso enterrarlo con todo cuidado para ocultar el hecho. Nada más. Naturalmente, aquella noche el agua corrió hacia sus tierras en toda la plena capacidad de los cauces. Fue difícil encontrar los restos. Se comentaba la desaparición, se dudaba de su muerte; meses después encontraron por casualidad el entierro e identificaron al desaparecido juntando dos trozos de tibia, que eran los de un hombre extremadamente alto: ese fue el único dato. Si se hubieran cuidado de triturar esos dos últimos huesos toda huella quedaba desaparecida. ¿Los autores? La única respuesta unánime fue la de que alguien debió ser, pues era lógico suponer

que él mismo no podía hacerse así. Muchos años más tarde, un hombre simplemente transeúnte de una calle, acertó a pasar por la puerta de una tienda en la que reñían bravamente un hombre y una mujer. Él la maltrataba a golpes y ella se defendía arañándolo, con insultos, hasta que dolorida y demasiado indefensa, la ira brutal le llevó hasta amenazarle con la denuncia del crimen; aquel lo oyó, denunció así, y en el juzgamiento denunció minuciosamente. Algunos actores habían muerto, otros se encontraban fuera del país. Eso ya no es interesante. El actor fundamental era el agua. La sed de la tierra caldeada, de las espigas resecas, de las entrañas hirvientes. Sed incolmable también del hombre por saciar su ambición.

El relator término fatigado y nervioso. Sus mismas palabras le habían hecho daño. Su compañero le escuchaba tembloroso y presenció una agitación comprometida y rumorosa de los árboles, y aceleró la marcha, automáticamente, aterrado de la complicidad desoladora del silencio.



El accidente del Sacristán en la misa, al día siguiente del sermón del señor Cura, tiene medrosos a los pobladores. Ha perdido definitivamente el conocimiento con la fiebre altísima, quema la mano al tocarle, y cuando habla, dice de cosas sombrías, juntando a Dios y al Diablo.

–Es que en pecado mortal ¡¿cro'que'hastado?!

– ¡Pero ir así a la misa!, ¡¿el bruto?!; ¡¿no tener miedo siquiera a Dios?! Jesús, Jesús, Santo Juerte. Dizque se está quemando vivo; con el diablo ahí dentro mismo dizque está; cuando le llevaron agua bendita dizque chilló como puerco, diciendo horrores.

–Pero no dizque se puede entrar al cuarto porque todito dizque quema como horno. El infierno mismo ha de ser. Razón tan tiene el señor Cura. Tan buenito qu'es. Ay, comadrita, qué tan nos estará pasando. Vamos a rezar un rosario oyé; hagamos votos.

Así comentaba el vecindario. En una tienducha de la plaza, donde está afuera una silla con

un trozo de trapo blanco, que es la seña de venta de pan; allí están congregados, hablando, protegiéndose con la amistad del diablo entrometido.

El Sacristán, mientras tanto –al que en todo el pueblo se le aplicaban pecados monstruosos, pecados mortales, de un hombre bajo de cuerpo, gordo, bonachón y servicial–, se debatía abandonado presa de una fiebre voraz. A su vivienda estrecha y maloliente no se atrevía nadie a entrar. La cocinera del señor Cura, instada a porfía, entró a dejarle una jarra de agua que imploraba, pero al entrar como lo hizo con los ojos cerrados para no presenciar la escena de los demonios ejercitándose sobre el maldito, tropezó en la bacinilla repleta rodando calamitosamente. Salió dando alaridos.

–Cuando entró la cocinera los diablos dizque le han jalado de los pies y le'han hecho cair. ¡Dios nos guarde y nos favorezca! ¡¿Quién ha de entrarfs?! ¿Da un tabaquito, Manuel?

El Sacristán, siempre bondadoso y casto, el pobre, se moría sin auxilios, ni lástima. Sin comer ni beber, expulsando en su mismo le-

cho encharcado los restos últimos de sus digestiones; en la noche del miércoles, la fiebre y la sed le botaron de la cama donde se revoloteaba, y en el suelo palpó una materia fría y blanda, jugosa, dándose un hartazgo ávido de eso que encontró; sorbió, lamió el suelo con un líquido agrio que se encontraba en casi toda la superficie de este mar, un mar en que no se hunde por más hincapié que se haga en la hundida, un mar solapado y bromista, que uno es más grande que el mar, pero es mar; un mar sin canoas, pero que no hace de canoa, de canoa, y no se lleva nada, nada, y entra el agua, y tampoco pasa nada, nada, sólo que la madera de la canoa dice ¡ah!.... La lengua desesperadamente lamía de todo desperdicio al chupar las orines del suelo. Murió al otro día, a las seis de la tarde, enroscado con los brazos sobre el estómago. El instante de morir lanzó un grito de espanto, brutal. Al otro día le encontraron pestilente, poblado de manchas moradas. Distraídamente el sepulturero hizo su entierro más tarde.

–El rato que murió dizque había rebuznado.

–Cuando le cogían ya los diablos ha de haber sido. Di'algo li'ha de haber castigado Dios; por qu'eso si, Dios sí que es justo, justo....

–Cuando guambra como que si'ha robado un cristo de la mama.

–¿No será lo de la María?

–Es que al señor Cura cro'que le robaba.

–Mmm… con lo que Dios es justo, algo mismo ha di'haber hecho, y todo se llega a saber.

El pueblo quedó conmovido. Cabizbajo. Los hombres empalidecidos, rezando las mujeres; los niños, cundidos por el clamor, no tenían tanto entusiasmo para sus juegos. El señor Cura meditaba, en cambio, el próximo sermón. «Es preciso encomendarse a Dios dentro de uno mismo, para evitarse malas consecuencias, porque a los ojos de él nada se escapa; para eso nos ha enviado: para conocer de vuestras almas y absolver vuestros pecados. Nada debe quedar con nosotros, todo le debemos y todo tenemos que dar a Dios, Nuestro Señor, único en el cielo y en la tierra. Amén».

Ciertamente al pueblo le sacudía una crisis; los horrores del infierno se cernían sobre ellos, pobres pecadores, víctimas de la venganza divina. Es que, la verdad, se dieron cuenta de que todo lo que hacían tenía un aliento corrompido: ya ni siquiera se amaba delante de Dios.

Y es que se prestaban, la verdad, a todo comentario el Pancho y la Lola, exhibiéndose por todas partes y a toda hora. Él, vivido en Quito, ciudad de libertinos y liberales y socialistas, como se decía en el sermón, que se habrá ayuntado con esas rodadas, también ahora qué habrá hecho con la Lola, pues también ella ha caído en cama, enferma en condiciones semejantes al Sacristán. Así deducían las charlas nocturnas de la buena gente temblorosa. Y la pecadora ha de merecer el castigo.

–Sin el consentimiento de Dios, me muero, ¡¿a dónde vamosfs a parar!?

– ¡¿Ele'así mismo es pues?!

Algunos amigos del Pancho se asustaron de él. Las viejas comadres huían de su contacto vicioso. Y hasta aquel chagra de la voz cascada,

agreste libertino, que se tumbaba las indias por los caminos o sobre los páramos, marido de la Graciela sabrosa, beata y muy íntima del señor Cura, que sabía de esa demasiada amistad de su mujer, por la moral y por Dios, Don José Rubio, ese mestizo de mirada torcida y piel apergaminada, escueto, rogó que le botaran del trabajo para imponer las buenas costumbres que la iglesia nos ordena. Asesoraba las conciencias con las mismas palabras que continuamente oía del señor Cura.

–Qui'ha de ser. Como los animales, sin la bendición de Dios. Como que juéramos perros. Cualquiera, no sólo Dios, se resiente. Bien hecho pes, qui'aprendan a respetar. Derechito a los infiernos estos pendejos. Hasta di'aqui debe d'irse ese Pancho, que no les querimos a estos descreídos.



Por las penas del infierno, por el bien de Dios y de las almas, el Párroco convocó hace tres días a confesión extraordinaria y obligatoria.

En esta hora de infortunios era preciso purificar el espíritu y estar, de la mejor manera, en gracia de Dios. Puede sobrevenirle a cualquiera la muerte en el rato menos pensado y, para eso, hay que estar preparado.

–Verdaderamente es qué bueno, cómo se preocupa de sus hijos, cuánto trabaja por nuestro bien, el señor Curita. Acordarse de hacer esto; pero si Dios mismo le habrá aconsejado.

Durante estos cuatro días, cerca de la mitad de los pobladores se han sacramentado con la confesión. Recopilando sus pecados y temores se han procurado una limpieza general depositándolo en el saco sin fondo del señor Cura. Uno a uno le dijeron querellas de lecho, las grandes o pequeñas maldades, malos pensamientos, lo que dice y no dice la gente; si mujer, los deseos del marido en las noches maritales; si marido, las veces que cumplió con su mujer y las que se enredó en líos falaces. Pero exactamente, a pesar de hurgar en las conciencias cosas que por de pronto no le interesan, ninguna referencia al robo de Don Carlos Íñiguez.

Francamente, el pobre del señor Cura está cansado, después de un trabajo agobiador como ese.

El Teniente Político, en tanto, husmea en las chozas, encorvando su mirada tosca hacia las cosas que se le inspiraban podían darle datos, y arrastran sospechosos para alimentar el tonel tonsurado.

–Pero si al Chamorro ¡no li'han confesado! ¡Aurita que mi'acuerdo!

Realmente todos se olvidan de él, arrinconado y apaleado en la cárcel. Sus familiares tampoco vinieron nunca, atemorizados de caer en la red, y más que nada, por una instintiva prudencia. Y hace tres días no ha comido. Hoy está tumbado, asfixiándose en el cuartucho mal oliente e inmundo que sirve de cárcel para el pueblo.

A patadas le condujeron al Chamorro hacia las manos gordas y piadosas del señor Cura.

Junto al gran cuarto que es la nave de la iglesia, existe otro pequeño como bodega, en el que yacen amontonados infinidad de ídolos católicos, viejos y sucios, algunos muti-

lados, organizando un lamentable cuadro de hembras y varones divinos, con las aureolas sobre las narices, como restos de un combate celeste, quedando tumbados los unos, con mitad de cara los otros, cojos y mancos, y un San José fuera de moda con las manos extendidas y sosteniendo unos largos calzoncillos descoloridos.

En este mismo cuarto, una silla junto a un reclinatorio dispuesto para las confesiones. En este paraje de suplicio, un tanto siniestro y no menos ridículo, el cura reventando la silla espera el desfile de sus feligreses. El Chamorro entra rengueando y demás asustado y humildoso:

–Tardes tait'amo –dijo.

–Ven hijo, ven; ¿cómo estás? Acércate. La voz es confortable y consoladora.

–No te asustes; no es nada; ven hijo, arrodíllate. Yo te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo –el mundo se pobló con el signo de la cruz–. A ver, acércate.

Como otra estatua desgreñada más, mudo, el Chamorro no se mueve. Fue preciso que el

cura se acercara. Pero este hombre exhala un hedor harto insoportable, que frunció la nariz respetable de taita amo. Miró en ruedo, al calzoncillo prendido en San José; no, no podía ser de allí. Viene de fuera. Acaso el indio. Indio puerco; son unos bestias.

–¡¿No podías aguantarte, carajo?! –le gritó, seriamente agriado su santo genio.

Cubriéndose las narices con el pañuelo le acerca, obligándole a arrodillarse a la fuerza. Los pantalones del Chamorro tenían una pesada sonoridad húmeda.

–Bueno, empieza indio hediondo. ¿Te has preparado?

–No tait'amo.

–Entonces, después rezarás un Ave María y un Padre Nuestro, que ahora no puedo esperar hasta que lo hagas. ¿Desde cuándo no te has confesado?

–El otro año cro'que jué.

–¿No te acuerdas?

–No tait'amo.

–Te has de acordar animal; ¿en la Pascua?

–Ahí cro que jué, taita amo.

– ¡Son unos bestias! De estas cosas sí no se preocupan. ¿No ves que es más de un año, bruto? ¿Qué dirás cuando estés en el infierno, cuando ya no puedas arrepentirte? ¿Cumpliste la penitencia?

–Si tait'amo.

–Haber, confiésate.

Se dispuso a atenderle, pero el indio permanecía aferradamente silencioso.

–Habla, habla, pues, –le dice gritando. Luego más suave y convincente–: Te ayudemos; ¿eres casado?

–Si tait'amo

–¿Dónde vives?

–En huasipungo de hacienda de patrón Carlos, tait'amo.

– ¡Ahaaa! ¿Quiénes más hay por allí?

–Bastantes miso hay, tait'amo.

–¿Casados?

–Algunos tait'amo.

–Por la Iglesia, ¿casados aquí en la iglesia?

–Algunos cro'que sí, otros no sefs, tait'amo.

–Quiénes son esos.

–El Anango, cro'quefs, tait'amo.

–¿Quién más? Me tienes que venir a decir. ¿Sólo con tu mujer vives?

–Sí, tait'amo.

–¿No has estado con ninguna otra?

–No, tait'amo.

–Bueno, bueno. ¿Tienes hijas?

–Sí, tait'amo.

–¿Grandes?

–Una mayorcita, qu'está en casa de Patrón, tait'amo.

–¿Y no has hecho nada con ella?

–¿...?

–¿Así, como dormir con ella, como con tu mujer?

–Nu'i pensado in isu, tait'amo.

–¿Y qué siembras en tu huasipungo?

–Papitas, maicitu, lu qui si puidi, tait'amo.

–¿Y animales, tienes?

–Unos pites, gallinitas, puerquitos, tait'amo.

–Y teniendo todo eso no has pagado diezmos y primicias, ¿no?

El indio no contesta, se turba.

–De modo que sólo te preocupa comer vos, hartarte, y para Dios nada, ¿no? (Colérico) Indio, verdugo, esto no te puedo perdonar. Tienes que traerme dos gallinas y cinco huevos y un costal de papas, o no te doy la bendición. ¡Te vas a condenar así bruto! –La fuerza de la expresión le deforma la boca.

El indio arrodillado, sucesivamente se turba y atolondra. Sus pecados le llevarán irremediablemente a la condenación, y no se había dado cuenta que se encontraba con tan graves faltas. El cura irritado le arremete con exclamaciones, latinajos e improperios, en males del infierno y demonios.

–Bueno, qué más; siguió un tanto sosegado. Vamos a ver, ¿has robado?

Esta vez el Chamorro saltó, y se tornó más lívida su palidez de hambre y susto. Como no respondiera: –Ahja, con que eras un mojigato; a ver: ¡¿has ro ba dooo?!

–Si tait'amito –respondió entre sollozos.

–Ya ves, eres ladrón. Siempre robando. Y vos has de haber sido el que robaba a Don Carlos, ¿no? Responde.

–Si tait'amito.

–¿Con quienes más?

Nuevamente un silencio ciego descompone el humor del señor Cura. ¡Qué hedor! ¡Qué desgracia de su profesión!

–No seas bruto, quiero salvarte del infierno. Debes decirme todo, todo, que de otra manera no vale nada la confesión. ¿Por qué te vas a condenar vos por callar lo de los otros? ¡Con quién más! (Imperioso).

–El Anango tan, tait'amo.

–¿Quién más?

Y rezó la lista de sus amigos que sabía; que él fue dos veces; tuvo que repetir los nombres

para mayor fidelidad de la memoria desvanecida por el ambiente.

–Unos saquitos de maicito, papitas nomás jué, tait'amo.

–¿Y la vaca?

–Muerta tan estabasfs, tait'amo.

–¿Y el ternero?

–Ele, para qué tan valíafs, ya, tait'amo.

–Bueno, indio ladrón. Reza un rosario y lárgate de aquí.

El Chamorro salió aterrado, sin penitencia.

El mal olor proveniente del indio espantado había más o menos mareado al cura, así es que, mal terminada la confesión, largó la presa para buscar aire refrescante. La pieza empolvada quedó como antes, tan oscura y siniestra y ridícula; cámara que no servía para nada y que se usaba en todo, tanto para confesar como para tumbar de paso a las incautas feligreses.



La Lola, en su casa, moribunda, sin pecado, deliraba en el Pancho, su antiguo proyecto de felicidad. La madre cuidadosa le ponía emplastos, lavados, le daba a beber aguas de sudor; sebo caliente para el vientre y la frente; cuanto le recomendaban, aspirina, quinina y sellos para la tos que vendía el barbero. Le ofrecía besos y solicitud. Cuando no se ocupaba en curarle, lloraba quedo, sin ruido, al pie de la cama de la Lola. No descuidaba acudir a la iglesia a ponerle una vela al Corazón de Jesús. Y sólo era el Pancho quien visitaba o preguntaba.

El señor Cura sentenció que debían casarse, así le dijo a él.

–Pero señor Cura, si nu'es cierto nada de lo que dicen.

–Cuando el río suena, piedras trae; Dios necesita de una expiación. Debes casarte, con ello tal vez perdone y ella se cure. Hay que expiar nuestros pecados.

Expiación. ¿Qué es expiación? Será como que le han espiado o que él debe espiar.

–¿Si'es así, que'mos de hacer?

–Esta noche mismo hemos de celebrar la ceremonia en la casa de ella y anda a arreglarlo todo. A la mama dile que haga un altarcito. Lo demás he de llevar yo. Todo este arreglo te ha de costar cincuenta sucres.

–Buenofs, señor curita; aura no tengo más que diez sucres, el restito l'e'dar después.

–Esos diez sucres que sirvan para los gastos que te sean precisos; después no has de poder pagarme porque me han dicho que te han botado del trabajo. No sé porque sería, pero sin que me pagues no hay como, porque yo a mi vez debo hacer gastos. Aunque como tú ves, esto es indispensable para que ella se salve.

–Pero aura como hacimosfs, Dios mío.

El rostro doloroso del Pancho desorientado, daba una lamentable expresión a su juventud. En el gran sillón de cuero del doctor de la Ley de Dios, removíase como un supliciado,

haciendo crujir al mueble orondo. Después de un largo silencio, el señor Cura dio claridad a su inteligencia humilde.

–¿Y las vacas?

A la noche mismo se efectuó el matrimonio. Por la urgencia de atender los preparativos de la boda, se descuidó de ella en absoluto, y al día siguiente amaneció más grave, más demacrada, moribunda.

–Nu'a di'haber sido suficiente pes; el pecado mismo es lo malo. Pobre Lola.

–Lo qui'hacen los hombres.

Así suspiraba la gente apesadumbrada.



La armonía y robustez del hogar de Juan Astudillo se halla desquiciado. Doña Antonia ha invertido agitadamente todas sus actividades en retener la vida del hijo enfermo, que siente que se le escurre como el jabón. Su marido ocupado en «graves asuntos», ni se ha percatado siquiera de la confusión desgarradora

de su hogar. El chico se halla enfermo sí, pero está antes la resolución de sus inaplazables ambiciones. Un hijo en cama; la mujer no habla, se lamenta, llora. La enfermedad de la alegría. Se da cuenta que él no era quien aportaba lo esencial de la felicidad del hogar, aunque nunca faltó con sus contribuciones económicas. ¡¿Es raro?!

–Estamos a punto de ganar el pleito de aguas, es decir, voy a ganar. Con el Nicolás y el Samuel, se repartirán ocho mil sucres, entre comisiones y todo. Lo malo es que no quieren acompañar a desviar la acequia; soy capaz d'irme yo solito como que tienen miedo. Pase lo que pase, vale la pena, hija; ellos construyeron el dique para el reparto establecido en el contrato último; nosotros volamos el dique y entonces pueden acusarnos a nosotros de eso; pero ahora, simulamos robo de agua por parte de ellos, y entonces sucede que la acusación de mala fe va contra ellos, pues se les acusa de haber construido hipócritamente el dique, para luego descomponer la acequia y robar más

agua que nunca. Después de la voladura dizque andan cuidando. Están bien las cosas, hija; con eso quizá nos puedamos ir a la ciudad.

–El Amadito s'ta más pior; vuela con la calentura. Todo lo que me dicen le doy, y nada; mandé a trair al curandero de Izamba.

Marido y mujer departían distanciados, sumidos cada uno en la telaraña pegajosa de sus hondos problemas. La mirada vivaz y ambiciosa de él, los ojos estrábicos y espantados de ella, no se comprendían en esta hora de distintas aspiraciones vitales.

–No sé cómo nos casamos; no le'he querido nunca; el otro día de madrugada le odiaba, cuando él forcejeaba tanto, y ella tenía que curar a su hijo.

El camino veloz de la enfermedad amenaza acabar horriblemente, latiendo la muerte como el final de esta vorágine. Desde el lunes hasta hoy domingo, todo ha sido un azar desatado de esperanzas y desesperanzas. Hasta los sucesos inusitados en el pueblo que han servido de comidilla lóbrega en las tertulias de todas las re-

uniones, de la calle, de la misa, de las noches. Todo opaco, inquietante.

–El hijo de Don Astudillo tan h'astado enfermo.

– ¡Qué será, Dios Santo!

Y a la madre le aconsejaron piadosamente que le lleve los Santos Oleos.

–Pobrecito el guagua; a veces con eso tan se salvan.

Empalidecida y ojerosa por las repetidas vigilias, la pobre Doña Antonia, inconsolable, por centésima vez yace de hinojos frente a la Cruz del Cristo doloroso. Por piedad, por amor, por las lágrimas de su madre virgen le pide la vida de su hijo. Él que tantas cosas puede, esto tan pequeño y humilde como su hijo: «¡¿Qué te cuesta Señor?!».

La vecina ha traído la imagen de San Antonio.

–Ruéguele viá, póngale una velita; él es bien milagroso.

El gran dormitorio emana un caluroso olor astringente. Un mar de medicinas caseras pro-

miscuadas cargan la atmósfera. El Amado está rapado a mate, plomo el cráneo, para la cura con pollos negros.

El curandero de Izamba es un indio rugoso de color café manchado, hosco y tuerto. Posee una autoritaria solemnidad supersticiente: la de un repugnante ídolo animado, sentado en cuclillas y rítmico.

Debajo de la mesa está acurrucado desde temprano un pollo negro en absoluto Unos puntos blanquecinos fueron uniformados con tintura. La madre, la vecina, los otros hijos, Don Juan, silenciosos ven maniobrar al brujo mugriento en torno a sus brazos que trazan una grave geometría en el aire, en los intervalos de la preparación de una extraña pasta con hierbas juntando a una masa lodosa. Terminada la primera ceremonia de astrólogo y alquimista, toma uno de los pollos y en el suelo le hecha patas arriba. Con filo cuchillo rasga longitudinalmente todo el vientre del animal. La débil defensa del ave es en extremo inútil para esa mano segura e hipnótica. Extrae los intestinos,

hasta dejar cuidadosamente libre toda la cavidad. Con la sangre surtida reblandece la pasta hedionda amasada en el piso y cubre minuciosamente la cavidad sangrante del ave.

Una vez así, toma a la criatura en sus rodillas, y luego de algunas invocaciones enfunda hasta las orejas este gorro pintoresco; el cuerpo empobrecido y agotado del infante consumido de fiebre, amarillento, así trajeado, tiene una figura desordenada y trágica. La madre anhelante de este proceso repugnante, en la grotesca culminación se inflama de angustia y llanto. Miedo y desencanto, acaso, del ser esquelético de sus entrañas. El gorro debía de quitársele después de siete horas, una por cada día de la semana, y enterrarlo en cuatro partes en ruedo de la casa formando cruz.



Durante todo el día el Pancho ha vagado por los montes. Cavilando en su conciencia obscura, cuáles son los motivos íntimos que tiene la vida para estrujar de gana la humilde felicidad

del hombre. Como si existiera un motivo espantoso de venganza fijado en el ser.

Todas estas cosas incomprensibles le abrumaban: debía estar así como maldito. La suprema aspiración suya, que era vivir en un hogar con la Lola, estaba furiosamente impedida. Caminaba apurado a través de los campos. Sus pasos de urgencia le llevaban siempre a un lugar en el que nada tenía que hacer, y regresaba desconociendo su partida, más apurado aún.

A las seis de la tarde vino para el pueblo. Desencajado, ebrio de las mudanzas incompletas. Donde la Pancha tomó unas copas, sin contestar ninguna pregunta. No hay más que beber, claro; sienta bien. Sienta espléndidamente. Quema la boca, abarca la garganta angustiándola deleitosamente; el cuerpo se torna tenso, caluroso, luego un malestar rutilante de ensueño en el cerebro; principia la embriaguez gozosa, las formas reales se anonadan, el mundo intoxicado vive más de prisa, y todo movimiento es un movimiento febril. Claro. Sienta bien este letargo morboso cuan-

do el alma le duele a uno en esta forma tan dura; más que nada cuando se ha estropeado la buena voluntad. Cuando se está herido, impotente, cuando el vivir es sordo, esta fuga al animal es una necesidad ambiciosa y tierna. Sienta tan bien un trago.

–¡Pase otra copita Doña Panchaa!

El Pancho tambaleante, fuertemente sumergido en su angustia, se dirige hacia donde su flamante mujer.

Ella en el lecho, inanimada; la madre al pie, recostada en el espaldar, adormecida; la luz queda de una vela que ilumina y ruega bajo la oleografía de un Santo. Un gran silencio de muerte melancólica conmueve sobre todo.

–Buenas, señora Rosita.

–Comostafs, Pancho.

–¿Cómo sigue la Lola?

–Dormidita cro'que está, no sefs.

–¡Ah!

De espaldas, inmóvil la Lola, muestra su pálida belleza agonizante.

–Yo me quedaré aura de noche señora Rosita; vaya usted a descansar para que vele mañana.

–No, dejá nomás; degana también…

–¿Por qué nofs? Mi mujer tan es; algo tan haré por ella.

Se quedó solo frente a su mujer casi yerta; parecía simplemente dormida. La luz mortecina titila jugando con las sombras de todo el cuarto; a ratos así se mueven las cosas equívocamente en su cerebro; ella de espaldas, ofreciente; ese cuerpo tantas veces deseado, ahí, solos, para el amor y el gozo. Le estorban sus manos temerosas, sus pasos falsos; el corazón agitado golpea el pecho con fuerza. Aquí hay agua para la sed. ¡La Lola! ¡El Cura! ¡Su matrimonio, la madre! En la Semana Santa hicieron muchos paseos; la fiesta por el Santo de ella que fue tan magnífica, hasta la madrugada. En esta misma cama se quedó dormido por la borrachera. Un ruido sistemático atolondra, descompone la pasividad de este medio amodorrante. A veces la respiración convulsiva de ella, mortificando los nervios y el silencio. El poncho provoca estorbos

impertinentes a los movimientos en general, en los brazos, en la cara. Mortifica. Pero es preciso no abatirse por los pequeños sufrimientos. Hay que dejarlo que siga, así intactamente estorboso para la prueba del carácter y del amor. El matrimonio le habría dado hijos, alegría. Ella de por sí que era tan buena. ¿Será mismo así, como este cuadro el purgatorio? En ese hueco tan chiquito no hay más que trece. Sin duda se irían muchos más al infierno o al cielo. El Elicio, el Liborio, el Jesús, un mundo se han ido contratados a Guayaquil. No se fue por la Lola, pero sí debió aceptar también. Aunque el calor dizque es brutal en la Costa, que no se puede usar más que camiseta. Cómo podrá ser eso, ¡hombre! Necesitan jornaleros para trabajar con machetes en el monte. Alhaja llevar un machete. Pagan tres sucres diarios y la comida. ¡Ganar tres sucres en un solo día! A la semana se hacían veintiuno, al mes ochenticuatro; en dos meses ciento sesenta y ocho, en tres meses doscientos quince; en seis meses quinientos cuatro sucres. ¡Qué brutal! Ya está un mundo. Pero si hubiera sido un año se hacían mil ocho sucres. ¡Púchica! ¡Macanudo!

En dos años dos mil dieciséis; en cuatro años ¡cuatro mil treinta y dos sucressss! Los veinticuatro que contaba y cuatro eran veinte y ocho años de edad y cuatro mil treinta y dos sucres. Entonces la Lola con veinte años llegaba a los veinticuatro; en total, veintiocho con veinticuatro y cuatro mil treintidos sucres. Si se queda aún un año; bueno, ya más no, está mucho; de los cuatro mil treintidós, gastaba quinientos treintidós; de una vez, mil treintidós, vale la pena ¡Qué diablo! Cualquiera ganando tanto se gasta mil treintidós, y lo feroz que es gastarse uno solito mil treintidós sucres. Fantástico. Y todavía además, tres mil sobrantes. Bueno, entonces quedábamos en veinticuatro, veintiocho y tres mil. ¡Caramba! Hace falta un año más. Mejor, si de los tres diarios me gasto uno, me quedan dos y en cuatro años se hacen… Hay que dar la bebida a la Lola. En la botella han dejado un agua que hay que poner la mitad en el vaso y darle de beber. Eso es todo.

A pasos cortos va y viene en la alcoba estrecha. El aire tibio y calenturiento cobija, se

incrusta entorpeciendo los sentidos. Dentro de esta órbita limitada y trascendental, el ambiente de su vida es todo áspero y medroso. Se sienta junto a la cabecera de la cama.

¿Estará pesada o liviana? Cruzando la mano por los sobacos, logra arrastrarla hasta hacerla sentar y la arrima contra su pecho. Por el esfuerzo inhábil se recoge el camisón y descubre los muslos flácidos, mientras un seno ha quedado libre, flotante, protervo. Es necesario abrazarla de la cintura para evitar que se escurra. Nomás que por eso. Y el vientre de esa mujer suya se ha entregado dadivoso a su mano; es qué suave la revelación de este secreto gracioso. Pero es que es necesario darle de beber. A duras penas ha podido conseguirlo. Ahora, a volverla a su primitiva horizontalidad. Este es un problema comprometedor. Está por decidir entre cargarla del todo o arrastrarla de las piernas. De otro modo, ¿cómo se hace pues? Al deslizarla, el camisón se enrolla, desnudándose hasta la altura de los senos. ¡Y con lo que ella es su mujer! ¡Ya son casados! Hay que bajarle el camisón,

o mejor dejarle así para que se refresque. Un lunar azabache, preciosamente redondo ha tenido a un lado del vientre. Bueno, hay que taparla, ¡hay que taparla! Ahora, claro, desde anoche es su mujer, religiosamente, con la bendición del cura y todo. Con tanta sofocación no es humano soportar el poncho. Ni el saco. No hay un solo lugar en la pieza estrecha que pueda darle reposo amplio. Ni uno solo. En la silla desvencijada duele la espalda. Al pie de la cama, sobra un resto libre en el lecho, pero es difícil permanecer allí, y la postura que hay que optar es sumamente incómoda. Y a cada rato los pies ardientes y descalzos de ella topan conversones.

Si se podría sortear el tiempo a zancadas, como un camino cuando hay prisa. La pieza tiene tres pasos. Tres pasos. Tres pasos. Deben ser ya las once. Los pies pesados, fríos. Hace frío. Tanto frío y silencio mortales. La Lola tan inmóvil al borde de la cama. Pensándolo bien, deja campo suficiente para recostarse. Caben justamente los dos: él y ella. Y el marido bien puede estar, y él ya lo es y sin remedio.

La cabeza da vueltas y no es posible soportarse así. Está cansado y encogido de enfermiza frialdad. Media hora de reposo sería suficiente. Además, un sueño irresistible cohíbe sus miembros atolondrados.

De espaldas en el lecho, la Lola muestra su pálida belleza agonizante.

No es nada difícil despojarse de los zapatos, ni del pantalón. Se queda con la camisa que es su única ropa interior. El lecho es embriagante; su conciencia le traiciona hurtándole todo concepto; hasta él mismo para sus sensaciones propias surge como un extraño aparecido. No puede recoger las piernas; en cambio para acomodarse, puede abrazarla. Los senos topan en sus manos. Los senos. Él está congestionado. Los muslos ardientes de ella y los suyos rijosos. Para oír, para convencerse implorante, para calmar el reproche de la obscuridad, grita su obsesión: ¡Pero si es mi mujer, carajo! Los cuerpos, el ímpetu silencioso de la noche; para esa mujer alcanzable él era hombre, e íntegro. Poseyó a ese ser declinando

hacia el frío, gozó de su antigua hembra evadiente; conquistó la virginidad muerta. Casi era deseo de retener aquello querido que le arrancaban a empellones. Hace rato que ella no respira, y esta fría, fría.

En el pensar casero del Pancho, una tortura aniquilante se enfila. ¿De qué modo recibirá Dios esta noticia? Hace mucho tiempo creo que ha muerto. Acaso cuando la esperanza en su porvenir de tres sucres diarios. Abandonó, huyó amedrentado del lecho, sin fuerzas. Las acciones precisas del vivir y del morir, en medio de su ruta destruyendo su anhelo humilde de ser.

El hecho aquel le fustiga. Eso. Eso. Eso. Afuera, la noche extensa y desconocida se le ofrecía también, licenciosa, hasta confundirle en sus muslos negros. Voluptuoso en la fuga y la entrega, se perdió noche abajo, fuera de toda afirmación, como una mancha negra en el color negro.



Como que el pueblo le ha jugado la broma de andarle dentro de la joroba gris del cielo, cosquilleándole. De otro modo no se explicaría este ser inestable de los vivientes del pueblo. En los labios incrédulos se agolpan las noticias. El Amado, hijo del Don Astudillo, ha muerto anoche. Y también la Lola.

–Cuando el Pancho h'astado cuidándole, ahí se ha muerto. El pobre donde tan s'iría que ni'asoma, y la mama ca, no tiene para enterrarle.

El Amadito ha muerto dolorosamente. Luego de que el brujo terminó su cura, el chico principió a toser vehemente, incesantemente. Al poco tiempo de esa tos desgarradora arrojaba esputos sanguinolentos, en abundancia, como desagüe de bárbara lucha interna. La respiración se tornó difícil, áspera, hasta que transcurridas dos horas de esta ruidosa expectativa agónica, un vómito copioso, violento como una sacudida arrastraba consigo la vida de la criatura. La manera escandalosa de morir del niño estremeció supersticiosamente a la

madre y la vecina que lo presenciaron. Detuvo las lágrimas y la pena. La madre sólo piensa, hurga dentro de su historia íntima, un pecado por el cual se le castigó así, cruelmente, en el hijo.

El padre no estuvo; salió temprano a una ocupación.

–Qué'stará pasando, ¡Dios mío!

–El cielo tan s'ha comprometido con nosotros.

–Y cómo tan I'ran enterrar a la Lolá; di'a dóndefs la pobre mama aura.



Astudillo esperó que el curandero terminara su extraña labor, e inmediatamente salió equipado contra el frío y los caminos solitarios y largos.

Le esperaban impacientes. Sin él no se podía seguir, y si no llegaba cuanto antes llegarían a la madrugada al páramo. Pero se han reunido sólo seis, y los comprometidos fueron diez. El Francisco está indispuesto. El Belisario Carrasco no puede venir porque la mujer está al

parir de un rato a otro; el Obdulio Panza no quiere porque no tiene armas, y así, alairito, no se arriesga. El Juan Chambo está inutilizado porque le han dado una paliza anoche, en la hacienda, cuando le encontraron cargándose un pedazo de ternero muerto.

–Carajo, y li'han jodido de gana porque el ternero ese h'astado podrido, desde cuando también.

–Con lo que está sin trabajo tambiénfs.

Estos cuatro ausentes por dificultades de última hora, después de la difícil selección de los diez, pues se han negado muchísimos, algunos francamente de miedo, tenía un acento de mal augurio desanimador. La presencia de Astudillo les moralizó. Le explicaron por qué faltaban aquellos.

–Buenofs, vamos solos.

–Mejor dejáramos para mañana.

–No; ya pasa mucho tiempo y dijo que nos apuremos. Si vos no querís ir, quédate para contarte a la vuelta.

Nadie objetó más. La recia obstinación de Astudillo se imponía sobre el temor y el frío.

La noche extraordinariamente obscura, rumorosa de vientos helados, se prestaba poco para esta salida oficiosa.

En el alma de cada uno de aquellos hombres se había enroscado el proyecto en forma de escandalosa emoción que hacía olvidar de sí mismos, remordiéndoles los dientes y atajándoles a trechos las respiraciones gruesas.

El tropel ardiente del galope de los caballos era la voz mejor de esto que a tiempo era fuga y retorno. El abandono del hogar cómodo y sin peligros, se ensordecía en la carrera vigorosa. Hace un kilómetro, para uno de los jinetes, pudo ser oportuno su regreso, pero ahora ya es tarde.

En un lugar tan oscuro como toda la noche, Astudillo que marchaba a la cabeza detuvo a la cabalgata. Por el ambiente o por el olor se dio cuenta de una vereda que les restaba la distancia. Marchan en fila, cautelosos, con los músculos tensos, inquiriendo, animales y hombres, alertas los sentidos, por el camino sinuoso y quebrado.

El tercer jinete acaba de rodar. Se oyó un golpe doble y seco, y al caballo esforzándose por recuperar su posición. Luego el animal encabritado haciendo piruetas. Los otros jinetes permanecen inmóviles y silenciosos, esperando los resultados de la escena. El caído no se ha desprendido de la silla; fijo, férreo sorteó la caída y el hervor de la bestia.

Listo, continuaron nuevamente sin preguntas, sugiriéndose cada uno las fases de una caída, rememorándose otras acontecidas. En cambio Francisco Mendizábal trata de detener el dolor de su codo magullado, oprimiéndose y maldiciendo el tropezón del carajo.

A Astudillo le asaltan ciertas dudas. Van pocos. Los quereños andan furiosos desde la voladura del dique, y los tramos importantes de la acequia los tenían vigilados. Pero vamos a ver quién es quién, y cual gana… Habría sido mejor que en vez de existir una acequia para las dos comunidades, sean dos, una para cada uno, o que den el agua de los propietarios vecinos. Así se evitaba de pelear; pero en

cambio, a pesar de todo, resulta mejor así. No hay agua pero hay dinero; habiendo agua, no hay dinero. Todo está en ser vivo y saber aritmética. Diez mil que necesitan agua, son diez mil que le dan un sucre cada uno, y... Esto es lo último en que se mete, eso sí. Ya hay para irse a la ciudad. Una casita, una tienda. La shigrería es gran cosa. No ven, el pastuso, con dos años de representante ya tiene casa.

Su caballo desmanguilla casi aterrizando de hocico; ágil y violentamente se echa para atrás, elevando del suelo al caballo.

Gruñe descomedidamente contra la bestia. Se arregla el poncho que se le montó en la cara, y rasga el vientre sudoroso del bayo con sus espuelas roncadoras.

–Para que te mejores, pendejo.

Herido el corcel, trata de lanzarse a la carrera y al tiempo le frena haciéndole patinar; entonces toma un nuevo paso dócil y seguro.

–Eso sí que saben quién les monta; la letra con sangre dentra, ¡¿no?!

El camino se hace infinito. Pero están por llegar. Una horita más, eso es todo. Una espina de penco se introduce en el ala del poncho del Estuardo Moscoso, rasgándole apenas el brazo y mucho el poncho.

–Con lo que no se ve, y el bruto este que le lleva a uno por donde le da la gana. ¡Maldita sea! Casi hasta me caigo.

Tenue llovizna principia a humedecerles los ponchos. El páramo se defiende a su manera cuando se aborda su vientre monstruoso. Lentamente la llovizna arrecia cada vez más. El poncho aumenta sensiblemente de peso con el agua que recoge. ¡Hay que aguantarse como hombrecitos!

Una hora han caminado por la vereda cenagosa y bajo una lluvia lenta y continua. El agua calada hasta en los huesos, hace castañear los dientes con un frío penetrante y doloroso. Han dado la vuelta montándose en el páramo por toda la región, para tomar en su parte más alta la ruta de la acequia. Se han desviado por la obscuridad unos dos kilómetros de la bocato-

ma, y el regreso se torna difícil; grandes trechos hay que cubrirlos por el lecho mismo de la acequia, conduciendo de la brida los caballos, por la atroz inseguridad del terreno. Remordidos los dientes y apretados los puños avanzan silenciosos y rudos.

Las herramientas necesarias están escondidas en Mama Loma, debajo de un eucalipto pelado. Astudillo encarga al Moscoso y al Peñafiel que las recojan; ellos esperan. En menos de una hora estaban todas las herramientas. El trabajo que les dio llevarlas para esconderlas allí. Una por una.

Desvían por un lado de la acequia hasta llegar a un terreno barbechado. Siguiendo por el canto, tapiado de pencos poderosos, logran alcanzar una elevación. Lejos se oye la carrera entusiasta del agua, susurrando a los oídos de la noche una canción viajera. El agua al bajar en leve declive, chapotea contra las piedras y curvaturas como en una garganta aglutinada. La arteria crujiente, abierta como una larga herida en la tierra, palpita a

la distancia, hace palpitar a la noche, junto al viento, consumiéndose al fecundar la tierra; hasta aquí, palpando la piel de la naturaleza podían sentirse las pulsaciones de la savia blanca y agitada. El frío inunda los sentidos y entorpece los miembros. A una distancia de tres cuadras la acequia se bifurca, formando primero un lago pequeño como un corazón, partiendo de allí dos nuevas arterias hacia el Sur y hacia el Oeste.

Provocado un derrumbe en el canal de ellos, su caudal de agua disminuye y se engrosa la de los otros engrandeciendo el lecho. Era preciso hacerles robar a la fuerza y luego denunciar a los tribunales la infracción: la acción no dejaba de tener un sentido desesperado e infantil en medio del litigio.

Desde que el dique volara, la vigilancia de los quereños en la acequia es constante. Dos hombres han levantado una choza de paja, y guarecidos y armados son un obstáculo definitivo.

–Les cogiéramos nomás, y les lleváramos lejos, –le aconsejan a Astudillo.

–Nofs, así se dan cuenta y saben quiénes somos. Hay que esperar que se vayan. Quedate vos Chamorro a pie, hasta ver a qui'hora se van. Nosotros mos de esperar en el bosque.

Tornaron el camino hasta alcanzar el refugio del bosque. Como quiera han de permanecer allí, aunque sea todo el día; pueden irse en la tarde porque mañana domingo es también la feria de Quero.

Amanece. Pausado y perezoso el sol se eleva desperezándose lentamente tras del horizonte. Los rayos en estrías se filtran, se bañan en los charcos, y se quedan montados sin poder pasar los rayos más tiernos sobre los montes, las casas o los árboles. El bosque se alegra con un incendio fibroso, de tenue rojo ululante, que chispea con la caída y el movimiento de las hojas, acentuándose el color y el calor de este mundo.

Los hombres han recolectado hojas para improvisarse un lecho y duermen profundamente, apiñados, cubiertos con los ponchos húmedos.

El Chamorro también se ha quedado dormido sobre un herbario silvestre; se acomoda

sobre una ondulación como un nido áspero. Ya el sol le ha evaporado toda la humedad del costado libre; el ladrido de un perro le despierta sobresaltado. El cuello y la cintura le duelen como después de una paliza. Hambre y malhumor produce un despertar así.

El extremo de la sombra le lame casi los pies. La hora debe girar alrededor de las doce. El sol espléndido en el cielo límpido quemaba punzante, tostando la piel, reverdeciendo el campo inmenso que ha tendido para que le calentaran una colcha inmensa de vivos colores, los mismos colores de los adornos de las mozas campesinas.

Jesús Chamorro es vaquero rudo, jugador de gallos, tardo para entender y pronto para la bebida y la pelea. Pequeño y rechoncho el Jesús, de cobrizo color, tiene una presencia fiera, que en algo lejano le semeja a un toro. Su primera mujer murió con un tumor al estómago de extraño origen. Una tarde que regresaba borracho a su casa peleó con ella por diez centavos.

–No dizque vas a tener, caraju; nada te darafs el patrh'on por lo que te monta, ¡ah! –Le gritó a

la hembra con una resignación depravada que de pronto se le incendia, y le ataca a puñetazos. Para defenderse tomó un trozo de leña y le esperó desgreñada y decidida.

–Pega con puñetes nomás, maricona.

Y la arremetió así a puñetes y patadas, con esa furia primitiva que copiaba las actitudes ciegas del toro de revuelta. La mujer cayó exánime. No volvía en sí, y él, desencantado, regresó a la cantina a fiar.

–Murió con unos dolores a la barriga que ninguna agua le curaba. Como dos semanas estuvo lo mismo. Se murió nomás la pobre. ¡Qué tan sería!

Ella se encontraba preñada además.

Al Jesús Chamorro le fastidia el hambre y el cansancio; desearía vehementemente acabar de una vez. Le dan ganas irreprimibles de maldecir la madre que le parió y la hora en que vino.

Ascendiendo por el montículo divisa la choza de resguardo y en ella, a uno sólo de los hombres vigilantes.

–¡Cuándo tan s'irá este pendejo!

Las pulgas ceban en su cuerpo. Insensiblemente se va acercando. Por no tener que hacer, porque al darse las vueltas resulta que está más cerca. Al fin, los dos se encuentran frente a frente. Finge estar borracho y llega junto a él, como que pasara de largo.

–¿Qui'hay amigo, me quiere decir para dónde me'estoy yendo?

–Diga por dónde quier'irse.

–Por'áhi. Como qu'está güeno que nos tomáramos un traguito los dos, probando del qu'iusté tiene.

–Camine un pite más y ha de encontrar quien le venda; yo tengo que pasar aquí hasta mañana.

Un día más, y con la presencia de este. ¡Caraju, carajuu! Le pica la cabeza y se rasca con furia. Dirigiéndose hacia un pequeño zurrón, trata de tomarlo arbitrariamente.

–Es que no li doy ni quiero darle nada, ¡caraju!

–De las güenas o de las malas, ¿mmm...?

–¡Jay, caraju! Entonces ca, vení.

Se arremanga el poncho y le espera enristrando los puños. Chamorro, haciendo lo mismo, abandona el tambaleo fingido, engatillando la cabeza y moviendo velozmente los brazos como aspas se avienta contra el quereño. A la primera embestida dio en tierra con el hombre; al reventarse trata de atacar, pero el Jesús para firme, y con mayor violencia sus puños hacen blanco en la cara que sangra y sella un ojo con aureola amoratada.

–Con que no querís dar, no; tomá caraju.

Borneando el brazo cayó como un mazazo sobre el contendor, derribándolo nuevamente. Este al caer alcanzó una piedra enorme; cuando el Jesús se vio así en peligro, corrió a apoderarse de un garrote arrimado a la choza, y antes de darle tiempo a usar la piedra le cayó a palazos, chocando en la cara y el cráneo el terrible madero; el cuerpo inerte desde el primer momento, quedó desplomado definitivamente.

En la choza encontró comida y trago. Saciado de todo aquello salió a ver a su contenedor.

Seguía inanimado y desangrándose. Parece que no respira.

–Qué le pasarafs, ¡al bruto! ¿Mmm...?

Se alejó hasta encontrar a sus compañeros.

Ellos mientras tanto, impacientes, gastaron el tiempo charlando de cosas triviales y ajenas al asunto que tan nerviosos les traía. De cuando en cuando recordaban del Chamorro, y Juan Astudillo, para rehabilitarlos, les prometió un poco de la platita reunida, de lo que sobrara; por algo tan si'ha di'hacer.

Reunido a ellos, el Chamorro les dijo:

–Ya nadie tan aparece: ya nos podimos ir.

–¿Viste bien?

–¡Sí! Me acerqué tan.

Cargaron las herramientas y partieron. Por previsión, caminaban sigilosos y avizorantes. Realmente, nadie aparece.

A tres pasos de la choza se divisaban los pies de un hombre tendido en el suelo. Era absurdo retroceder. Astudillo se propuso seguir como quien está de paso y al encontrar al hombre

tendido y sangrando, se plantó en seco. Los demás le rodearon, y por unos segundos permanecieron alelados y mudos. Acercándose Astudillo le llama, moviéndole del hombro. Nada. Parece que no respira y que el corazón no se mueve.

–Cro'que está muerto.

–¡¿Muerto?!

–Sí, muerto, ¡caray!

Si les encuentran allí, van a creer que han sido ellos; si efectúan el trabajo, asociarán la causa de la muerte y del robo. ¿Qué hacer?

–Vamos, mejor ve, vamos ya.

–Pero ya mos venidofs's; ¿no viste ni oíste nada Chamorro?, –pregunta Astudillo.

Turbado, no acierta a responder.

–Vos cro'que has sido, caraju. Contestá

¡pendejo!

Relató, entonces, diciendo que le había divisado y que trató de dispararle. Cuando estuvo cerca de él, que le dijo que ha de ser ladrón, que todos ellos son ladrones. Que se defendió

nomás, pero que no imaginaba que le mató.

–La mala pata di'uno pes.

–Vos mismo sois así, bruto, que no te sabís contener; ve Fidel, ponete a espiar mientras trabajamos. ¡Qué'mos de hacer, caraju! Pase lo que pase, también.

Una actitud de irreflexiva desesperación les sobrevino. Una angustia que decide a todos los extremos, a todos los destrozos y a todas las muertes; a los pequeños trozos de tierra callosa, a las plantas, como a un hombre. ¡Qué más da! Se ha caído todo, todo en esta vereda sin salida en que se ha metido el espíritu. El agua está helada. La precipitación del trabajo salpica agua por todas partes. El lodo y el agua bañan el cuerpo y el alma. Astudillo es el más esforzado. Si viniera uno, si vinieran cinco, si vinieran diez, veinte. Su voz es áspera y fuerte: ¡¿qué quieren caraju?! ¡Qué quieren, a ver: digan algo! El azadón, o el pico, mejor, batiendo a diestra y siniestra, desmoralizando y despedazando; él solito, como todo un hombre y tanto de héroe. Unos caen, otros corren;

en el momento culminante de la victoria sus amigos le ayudan, porque está extenuado y acaban con el resto. No importa. ¡Qué más da! Todo está perdido. Que vengan. Él solo: Astudillo, ya lo conocen. No sobra nadie de los que vinieron. ¡Oh! Bruu…

–Poné estas chambas en el canto de la acequia, ve, Chamorro, y con eso ya'stá bien.

El agua se aglutina en las arterias terrosas, corre ennegrecida, gruesa, sin humor, hacia los campos lejanos, hacia la vida lejana, a tejerse pausadamente en la piel de la tierra y en los cuerpos vegetales.



Don Carlos Quiroz acaba de descubrir que en su elegante y confortable residencia de la ciudad no existe escritorio y cuenta con muy pocos papeles en blanco para escribir. Lo ha descubierto porque tiene que redactar una nota para el Ministro, su amigo, acerca de una autoridad parroquial y otros asuntos, y no está bien hacerlo en la mesa del comedor

como de costumbre. Menos en este momento de trance gramatical difícil con la sirvienta levantando la mesa en los mismos segundos. ¡La nota es para el Ministro!

Se ha decidido por un majestuoso escritorio muy antiguo; lo ha comprado de segunda mano, no por economía, sino por ser usado, con aquel aire de descuido estudioso que ofrecen esos muebles con manchas de tinta y escarbamientos de la madera.

Hoy posee un equipo completo de escritorio, y le llama su despacho. Una pieza acondicionada a última hora, el escritorio con tintero, pisapapeles, ganchos, portasecantes, clips, y una biblioteca con enormes libros, entre ellos los de el «Año Cristiano» que andaban rodando entre sacos de trigo y monturas. Es que su mujer es tan torpe que no se ha dado cuenta que es preciso conservar y cuidar los libros.

–¡No sirven para nada las mujeres! ¡Para nada! ¡Haber tenido así esos libros! ¡Uff!

Manuela, su mujer, la muy respetable vocal

de la Cruz Roja, ha adquirido en su cuerpo pesadas proporciones carnosas, con un desagradable olorcito a grasa calentada. Nada gratas son las visiones que su cuerpo ofrece en los desvestimientos nocturnos; feroces ancas, muslos rechonchos sin gracia. ¡Y el vientre! ¡Ah!, el vientre ya no es para tocarlo. Y es preciso dormir con ella todas las noches, verla todas las mañanas. Su mujer. Esta vida es un infierno de mujeres grasosas.

Este mundo de perturbaciones, intranquilidades y cuidados. Don Carlos ostenta también, para pesar de sus pretensiones estéticas, un cierto abultamiento ventral, pero que imprime personalidad y seriedad a su cuerpo; la gruesa cadena de oro tiene un soporte del todo digno. Su figura debe conservarse en este punto y para esto, le han recomendado el golf. Ahora juego golf.

A los tantos años, 47 como tiene ya, apenas se inicia en él un ligero sentimiento de liberación y de afirmación de su personalidad. Siempre estuvo sujeto a voluntades distintas y

ajenas. La eterna vigilancia severa de su madre que jamás le consintiera el menor extravío en sus concepciones: el cuello de gola en la escuela, fatalmente rígido e infaltable; los pantalones cortos dos dedos bajo la rodilla y las medias largas y los zapatos de botones. La dignidad del apellido familiar no permitía el menor descuido en estos detalles; luego de la escuela con cuellos de gola, el Colegio, internado en los Jesuítas, del que tuvo que salir por grave ofensa a su delicadeza: el profesor se permitió castigarle arrodillado media hora en el corredor y diez besadas al suelo. Recuerda tanto cómo se indignó su madre. El profesor particular, insoportable y pesado con sus aritméticas y geografías. Al hijo de su madre no se le debía imponer esfuerzos así. Después de todo: ¿para qué sirven? Por último, el intento de aprendizaje musical. Si un día no conocía la lección del solfeo, podía ser al otro día o con mayor posterioridad. ¿Por qué se ha de ejercitar presión a su hijo, a su precioso hijo? Tenía dinero y no necesitaba de nada.

En su juventud existe una aventura que llegó a popularizarlo entre sus amigos con un tono de conquistador. Una muchacha graciosa a quien la quiso lealmente y con intenciones ingenuamente honradas y en la cual estuvo a punto de tener un hijo. Llegado a conocimiento de la madre, su indignación fue mayúscula. No podía ni por un momento permitir una unión, menos un casamiento iflamante para su apellido. Violentamente se organizó un viaje del rebelde a Chile. A su retorno, se hizo el matrimonio actual, que constituyó un certero auxilio a su menguada fortuna. Desde aquella vez se dio cuenta de la importancia fundamental del apellido.

Luego su mujer, exigente y hasta tiránica. Especialmente en la primera etapa de vida conyugal, cuando su influencia era poderosa dado el capital aportado. Ahora, el estorbo de la obesidad de la señora ha afectado un tanto su delicadeza, y esto le ha servido para sobreponerse, actuar, decidir; la esposa con sus fatigas ásmicas y las ocupaciones en la Cruz Roja, concede

menor importancia a la administración moral y económica del hogar.

En cambio la responsabilidad directamente sobrepuesta a sus hombros únicos, resulta sumamente pesada, muy angustiosa.

Todos sus asuntos se resuelven en forma desgraciada. El agente vendedor de automóviles, le ha entregado un carro, último modelo, freno en las cuatro ruedas, doble resortaje, motor de cuatro cilindros, escape silencioso, y por probarlo, ha viajado en el carro hasta su hacienda, ha concurrido en él al club, porque es indispensable el deporte del golf para su salud; su hija ha paseado en el nuevo carro con sus amigas, y francamente, después de todo esto, después que se lo ha visto a él en ese carro, no lo podrá comprar. La vida es cada vez más insoportable y desgraciada.

Si no es por dificultades en el hogar, son los negocios o es la hacienda de donde surgen los motivos para dañar sus digestiones diariamente, obligándole a tomar dosis extremadas de bicarbonato. La difícil situación en que se

halla colocado por el automóvil, por un lado, y ahora en su hacienda, el agua de la acequia se halla mermada notablemente. Ha lanzado cuadrillas de exploración para buscar algún daño del acueducto y aunque han avanzado veinte kilómetros no se descubre nada absolutamente. Y no podía haber daño puesto que desde hace tiempo no llueve. Creo que cinco meses. Después de hacer tan grave gasto, se sabe que la escasez de agua se debe a que los del pueblo le roban en varios puntos. Ahora sí se explica. De otra manera había para asustarse con un rebajamiento inexplicable del volumen de agua. Desvalorización de la acequia, del terreno, de todo. Pero ha sido sólo robo. Ventajosamente.

–Estos sí que son unos desgraciados. Robándole sus trojes primero, y ahora el agua. Hasta a estos chagras hediondos les habrá llegado la maldita propaganda socialista. Ven agua y cogen. Linda cosa. Esto que es mío, que se lo lleven ellos. No faltaba más. Y no hay cómo reprimirlo. Coraje inaudito de gentes. Dan deseos de pisotearlos, de estrangularlos uno por uno para

que aprendan a respetar lo ajeno. Me valdré de todo el mundo para sofrenar estos atentados.

Su mujer que le escucha y se estremece con las exageraciones del marido, en su corto alcance le parece que su comodidad económica se derrumba, que se destruye todo el porvenir y su estado social. Les quitarán poco a poco. Eso ha de ser. Poco a poco. Si son unos vivos esos chagras. Y feroces como ellos solos. ¿No ven qué le hicieron al Alborquez? ¡Pedacitos! Ya no se puede vivir.

–Es de que veas como mandar chapas; hablando y hablando dizque se gana algo. Más mudo que te han de ver.

Es una iluminación, francamente, en esta obscuridad del mundo, el acordarse de la fuerza pública. Hay que pedir socorro. Inmediatamente. Diciéndolo así nomás, no tiene efecto.

El teléfono, en la preocupación, se queda conectado, con las ansias de la telefonista que no escucha nada. Al Ministro hay que decirle. Al Ministro. Mejor si viene a la casa.

Cavilando, refunfuñando agriado, pasea a trancos en el amplio salón. El Ministro es un

muelle propicio al cual puede amarrar sus esperanzas. El Ministro, sí; condiscípulo en algún año de Colegio. Es incierto en qué curso, pero la verdad es que fue su compañero. Recuerda de él, por haber sido un muchachuelo peculiar, pues siempre andaba poco arreglado, y siempre se mantenía pidiendo de todo y a todos. Recuerda que era un comerciante; vendía a sus compañeros lápices, plumas, papel; copiaba dos y tres veces las materias y vendía también esos cuadernos. Una ocasión se encontraba apurado por un examen, y el Rengo, porque así le apodaban por un ligero desequilibrio del pie derecho, mote hoy olvidado para el señor Ministro, por dos reales le sacó de trance tan apurado como aquel. Necesariamente esta vez acudiría en la misma forma y puede repetirse la frase de aquella ocasión: «Ayudándote a ti, me ayudo yo».

La residencia de Don Carlos Quiroz está hoy verdaderamente iluminada; se ha limpiado escrupulosamente el *water*, el polvo de los muebles, una barrida rabiosa en los pisos, el

comedor con aparador nuevo repletado en forma inusitada por millar de chucherías brillantes. Este mueble enfiestado quedará frente al asiento dispuesto para el señor Ministro; a su lado derecho la señora esposa, cargada de joyas, al izquierdo la hija de la casa, y al frente, Don Carlos. Se han encontrado con un grave problema para el arreglo del comedor. Un florero al centro es absolutamente elegante y nadie ha prescindido jamás de ponerlo. Pero, la dificultad estriba en que el bello florero evitaría las miradas de Don Carlos y el señor Ministro, y entonces uno y otro, tendrían que hacer quiebros para encontrarse, y esto incomoda, en especial, para la elegancia de las atenciones que se le deben brindar. El florero ha provocado aguda discusión en la familia. La señora cree que si no se ponen flores, se dirá que en su casa no se tienen costumbres y no se sabe de modas; el señor con su estribillo del estorbo, por sólo esta ocasión excepcional; claro está, que por sólo eso; de otra manera estaría de acuerdo con ella. El problema se solucionó al fin, trayendo la hija una idea conciliadora; que

se ponga una mesa pequeña auxiliar, y en ella el florero. La idea pareció feliz, y el padre dijo que bien podrían ponerse dos mesas con un florero para cada una, de manera que resultaría realmente original. La señora acató entusiasmada, tanto que al final, ha colocado cuatro mesitas con un florero cada una en las esquinas del comedor, muy cerca a los comensales.

Y mirándolos cortesmente, Carlos Quiroz suspira:

–En fin, es buena mujer; me ayuda.

¿Por qué?

El agua enjuga la tierra y alienta la voz de los hombres. El canto suave de la corriente del arroyo es una romanza dulce repetida en el día y en la noche para elogiar al sol bueno, al sabor amable del fruto maduro: descansadamente logra una fórmula de paciencia y de fe. El corazón se acostumbra a oírlo pasar; y es como el pan o la canción que abraza toda la vida. Es el vecino bueno que nos saluda en cada madrugada, y en el día de vivir y trabajar desespereza el camino largo.

Su voz vecina, en el pueblo, se ha perdido. Afluye miserablemente, tanto que su nivel se confunde en la tierra lodosa.

Abrigados de esperanza se han mantenido por más de un mes en esta dura situación artificial, sin que la realidad confirme a los comuneros y negociadores que oyeron los consejos del abogado, ningún beneficio en el pleito ni en su pobreza de agua. En la Corte Suprema duerme el legajo, no tiene trazas de resolverse la causa, ni tampoco hubo lugar a demanda de ninguna clase por la cual se precipitara una solución definitiva y provechosa. Solo se evidencia una angustia creciente e insostenible, sin posible solución, ya que la parte contraria, sin darse por notificada del cadáver del cuidador, ni de la destrucción del dique, arreglaron la bocatoma destrozada trayéndose todo el caudal de agua para sí, y han apostado una veintena de hombres armados que hacen guardia permanente.

Y por acá, por estos lados polvorientos, para la tierra y los hombres, no hay agua.

No se puede tampoco obtener la de la acequia de Don Carlos porque, en vista de la situación que atravesaban los comarcanos, y por varios robos de agua precisados en su acequia

particular, se ha quejado al Gobierno para que lo defienda, solicitando una escolta que vigila con bala en boca.

Por eso el otro día, la mujer del Tiburcio, persona tan buena y religiosa, con la Ambrosia, tejedora de cobijas, se han roto los cántaros en las cabezas, destrozándose la nariz y la boca la una y la otra con un tumor grave en el seno, porque teniendo la Ambrosia ya medio cántaro lleno de agua, tomando de un tenue hilillo que se filtra por un peñón del camino, no le dejaba ni por nada que cogiera siquiera un poquito a la mujer del Tiburcio, viendo que ya parecía que se extinguía la vertiente.

Los hombres han anudado una fantasía seca a sus gargantas oprimidas. No hay agua. Nada de agua.

En la casa del Jesús, que tiene a la mujer con el mal, días con una calentura que hierve, delirando a toda hora, necesitaban de apuro unas gotas de agua para preparar una infusión sudorífica, porque eso tal vez le siente bien con tanta fiebre que padece: dándole ya todo lo ima-

ginable de medicinas caceras, queda resistirle con bebidas para sudar.

El agua ha desaparecido, no existe, y la pobre un día enterito con la boca seca, partiéndosele los labios y la lengua, botando espuma, intentando chuparse los dedos, que ha sido preciso atarle las manos hacia atrás.

–Fiero, fiero también. ¡Dios mío!, qué mal tan habr'hecho para que me castigue así con mi mujer. Pero este Astudillo tan, que tiene la culpa: cómo ha di'hacer semejantes arreglos tan disparatados para tenernos así. Ni que fuera guagua. Y aura dizque nos vamos a quedar sin gota de agua para siempre si no arreglamos como ellos quieren. Pero eso ca, nu'han de ver ¡carajo!

Sufría y se rebelaba así, el Jesús, buen hombre de ordinario, que no concebía el por qué monstruoso del sufrimiento inconcebible de su mujer, de su Zoila, buenota y cariñosa; cinco días nomás, y ha quedado hecho una harapo, sin esperanzas de resurrección.

–Como muerta ya, ¡como muerta! Qué tan será. ¡Dios Santo! Si supiéramos lo qu'es, si-

quiera, para poder hacer algo más; este castigo que nos ha venido, con nada parece que se cura. A uno también, que no hace mal al prójimo, ¡por qué tan castigará Taita Dios!

–Oyé, vecinita, aunque sea dos reales le daré por el baldecito de agua; viá, por Dios haga de favorecer. Sólo por la necesidad le'dar hast'eso.

–¿Ele cómo ha de creir vecinito Jesús? No ve qu'es lo único que tengo, y hasta cuando tan que pueda conseguir más. ¡No sabemos, pues! Mi taita tan cro qu'está empezando con el mal y el pobre tan viejito, achacoso, qui'há di'aguantar; me muero, asustada, asustada estoy.

Un aliento atormentado y doloroso cobija al pueblo. Este pensamiento del agua es un pensamiento crudo que se enfurece a ratos, que desfallece en otros, y en todo momento es una oración suplicante.

–Señor de los Milagros, Virgen María Madre de Dios, danos agua, un pite de agua.

–Maldición, ¡carajo!, esto ya nu'es vida. El desgraciado del Astudillo y los de esta trinca de ladrones tienen la culpa. Y nadie se mueve a

abrir la acequia y soltar el agua; de puro miedo les tiembla; ya ni parecen hombres.

Cada sentimiento eleva su voz peculiar; la vida lentamente languidece, sufre, se extingue callada. El sol en el medio día quema más fuerte, más punzante. La noche interminable retuerce la garganta; eriza de terror la piel el maullido de mal augurio de los perros, y la vida no se compadece de la vida estremecida de sed.

Don Astudillo, taciturno y barbado, sumergido en su casa no muestra ni las narices. El un hijo muerto y los otros sedientos le mantienen en constante rabia peligrosa. A su hijo Luis, que anda más ensimismado y ojeroso que nunca, sólo por estar bebiéndose los orines, le cruzó sendos latigazos con el acial de azuzar a los bueyes, que el muchacho está sin moverse, con el cuerpo plagado de cardenales y estrías de sangre.

Los hombres se reúnen a ratos y luego se dispersan, vaciándose mutuamente odio y coraje.

Es que es una maldición de Dios. Todos los males del infierno cerniéndose sobre este hato

de seres pecadores. Así lo dice el señor Cura. Que todo esto y más ha de sucederles. Que están malditos y endemoniados. La peste y la sequía no son suficientes para castigar a los hombres de poca fe. Que se acuerden de sus palabras repetidas en cada sermón. ¡Que miren hacia la Iglesia ruinosa!

Se niega a acudir al lecho de los moribundos, aunque de hinojos le ruegan y con lágrimas. ¡Que purguen y se arrepientan solos! En la noche, calladamente armó viaje a la ciudad, huyendo, no del pueblo castigado de Dios sino del muy humano contagio de la peste. Y al otro día, en los ojos turbios de los hombres apareció un terror de condenados irredentos.

–¡El señor Cura se ha ido!

Los moribundos y los arrepentidos no pueden pedir bendiciones ni perdón.

La fiebre se ha esparcido en forma increíble. Son incontables los casos de apestados; y es tan de susto la fuerza de la enfermedad que los familiares ya no los atienden; sólo oran por sus enfermos poseídos del demonio.

Los soldados de Gobierno que ciudan la acequia de Don Carlos, con bala en la boca amenazan reprimir cualquier avance, y al Gato Herdoíza, que trató a puñetazos sacarse un balde de agua, a pura culata de fusil le templaron en el suelo, rota la cabeza y la clavícula. Y hay que ver que el Gato tiene enferma a su mujer.

–Y así al pobre, li'han dejado hech'una lástima.

Los soldados cumplen rigurosamente la orden de defender a toda costa la propiedad privada. Y como en el pueblo no se les vende nada, ni cerveza, ni tabacos, nada, hay una pugna irascible entre unos y otros.

La situación en el pueblo es clamorosa. No está el cura para que entierre cristianamente los cadáveres, y se los mantiene putrefactos y pestilentes al aire libre, con la esperanza de que vuelva a bendecirlos.

Lo peor aún, ha sido lo del Ulpiano Apunte. Enfermarse él, la mujer y la hija, y morirse los tres, dejando a la más chiquitina, que llora y llora frente a su familia rígida, sin que a la criatura le puedan oír ni entender lo que pide entre sollozos.



Doña Jesusita es una señora menuda y charlatana, que vive llena de preocupaciones y cuidados. Alma dulce y bondadosa que no repara en sacrificios personales para ayudar al que puede. Ella ha dicho al señor Cura que es un mal sacerdote y persona cobarde, y que Dios ha de recriminarle. De casa en casa, de la mañana a la noche, visita a los que sabe enfermos y les prodiga cuidados y palabras de aliento: dicta remedios, o reza junto a los deudos. A las once de la noche, agitada y fatigada, Doña Jesusita a pesar de sus años no desfallece socorriendo en casa del González que con la mujer, y la hija mayor enfermas y el trabajo, no se alcanza. De rato en rato corre a su casa a cuidar a la huérfana pequeñita de los Apunte, que aunque le vigila su marido, no se conforma:

–Siempre mismo, los hombres no cuidan bien a los guaguas.

Doña Jesuita, tan llena de valor, auxiliadora, se angustia y por fin está desesperada. Por aquí, por allá, en todas partes los enfermos sin

remedio, muriendo uno tras otro ya más de treinta, sin esperanza de que calme. Sin que nadie del mundo exterior socorra ni se acuerde. La que nadie del mundo exterior socorra ni se acuerde. La gente asustada recurre a la iglesia en busca de agua bendita, pero ahora, ni eso hay, ni el señor Cura; nada que aplaque siquiera la ola de espanto de este pueblo maldito. Y ella dice que hay que conjurar a todos ofreciendo una procesión, sacando a la Virgen. Pero los hombres ceñudos y hoscos no piensan en eso. Se ha recogido el puño de sus manos, y flota un ambiente amenazador. Los hombres que no tienen agua para sus pastos y sembríos requemados, que no la tienen para beber, se alientan de hondo coraje contra Astudillo que parece ser el culpable de toda esta situación asombrosa, y una venganza cruel se arremolina en el pecho contra los que detienen el agua. Pero con todo, le han llamado en vista del emisario venido a proponerles una solución. Y todos esos hombres reunidos discuten lo que sus enemigos proponen por intermedio del Delegado: hombre de pocas

palabras, huraño, de pequeños ojillos como de rata, y que como quién no dice nada, les suelta brutalmente un ultimátum:

–Les podimos dar el agua, pero arreglemos de firmado todo el pleito, tal como'mos escrito nosotros.

Sin mayores datos, sin más explicación. Agua para todas estas bocas sedientas, agua que puede venir ya, pero a costa de no se sabe cuánto.

–Han de creir, carajo, ¡¿semejante cosa?!

Aquel hombre, en medio de los asambleístas aturdidos, no descuida un detalle, rígido, inmóvil, con las manos debajo del poncho, con un rostro de momia, no dice más:

–Si quieren, bien, sino, no.

Ya no pueden arrancarle una palabra más, una explicación más amplia. Se sabía de la angustia del pueblo apestado; se conocía la desesperación de los hombres sin agua, y era probable rendirles con una propuesta miserable.

A gritos quieren arrancarle palabras. Y el emisario pálido y petrificado, en medio de las excla-

maciones furiosas y envenenadas contra él y los suyos, en medio de los puños agresivos, espera, y esta forma indolente de esperar, excita más a los congregados. Al fin sin paciencia, el Don Nicolás, acercándose sobre el rostro le espeta un carajo monstruoso, manda a la mierda a él y a los suyos y trata de agredirle a porrazos. Un estruendo bronco llena la sala; luego del estupor, de la confusión de mirar todos hacia el vecino, se descubre al Don Nicolás tendido, sangrante. De inmediato se descifró y vibró la escena en el corazón de los hombres, pero el Delegado ha desaparecido y sólo de él se distingue lejano un galope tendido de jinete que huye, tableteando furiosamente en las sienes el ruido de los cascos ávidos del animal.

Este hecho extraordinario y tan violento, ha conmovido en diversos sentidos. Aún nace un ambiente favorable por acceder con la proposición que sea, pero el fermento más fuerte es una voz dura de revancha que va unanimizándose. Acrece, bulle, salta de pecho en pecho, se crispa con los puños en alto.

«Hay que arrasar con ellos, que no quede ni alma viviente, ni un solo ser a flor de tierra, nadie que en adelante pueda necesitar de agua».

Así es la voz definitiva corriendo veloz a alistar hombres. Y los hombres dejarán a sus mujeres, a sus hijos; quedarán los enfermos y los viejos, los menos, y ciertas mujeres también irán marchando junto al destino vago que espera a los vengadores.

Se ha empezado a desempolvar y engrasar las armas; a fabricar cartuchos, a preparar cucayu para el viaje.

Fusiles, carabinas, escopetas, revólveres, se desentierran, se extraen de los tejados, saltan de entre tablados, a rozar la piel ríspida de sus dueños embravecidos. Cuando no se tiene un arma de fuego, es bueno un machete, un puñal, un garrote y sobre todo, el coraje formidable. Se han olvidado de la acequia cercana de Don Carlos; ya no se asedia a los soldados de guardia, hasta ni se les odia, parece, porque uno de ellos hoy tarde obtuvo cigarrillos en la tienda. Al fin, esa agua como que no es suya; pero lo es

la otra, de derecho, de necesidad personal, quitada a cada uno. Y cada uno se siente ofendido, mutilado. Toda el agua vendrá ahora sí a ellos, para siempre, porque nadie más de los otros necesitará jamás, nunca jamás: no hombres ni animales. La fantasía incrementa con el tiempo la sed de destrucción; por los suyos muertos tan extrañamente, por el agua robada, por Don Nicolás, porque son machos, se disponen ciegamente a matar y no se atiende si a morir.

Una caravana de cientos de hombres está dispuesta. En tropel, como cascada, así, sólo, así, avanzan, poseídos y locos, con la mirada confusa, siguiendo el camino que siga el primer hombre, sin discutir, sin planear nada más, con la conciencia y el brazo dispuesto a manejar con el mejor acierto el arma traída: únicamente eso. Caminan sin parar, sin cansancio, sin distraerse, sin atrasarse. Apretados entre sí más bien, comiendo al paso lo que llevan en los bolsillos, corriéndoles la sangre precipitadamente, desbordándoseles la sangre caliente.

Marchan vigorosos y brutales, formando una cinta enrevesada y polícroma en el camino. Se oyen sus pasos recios, sus respiraciones decididas, llevan la frente alta y un aire de marcial aventura.

Se diría un mar de cabezas con hombres que tienen sumergido el corazón en hoyos obscuros inconmensurables y dolorosos; puños cerriles, miradas turbias, pasos desesperados. Caminar, caminar en la noche fría y densa de noche, hacia un rumbo apasionado, perplejo. Cerrados al empuje del primer momento, apretados contra sí, apiñando sus venganzas codo a codo, alentándose codo con codo al palpar la corriente brutal de la sangre del vecino. Así, deshabitados, con el arma en la mano sobre el horizonte negro.

La noche obscura avienta un frío crudo que raja la cara y entumece los huesos. Se camina a ciegas, tropezando muchas veces contra un vecino o en las desigualdades del piso. De la naturaleza viva sólo se presiente el ulular de los árboles forzados por el viento.

Lejos, en el horizonte, a ratos se divisa la cresta encrespada de los Andes con los reflejos vibrantes de los relámpagos. Toda la noche es una bruma negra alucinante.

Caminando día y noche y a paso forzado, se han acercado extraordinariamente a la jurisdicción enemiga. Los recelos y los latidos crecen atropellándose, quitando el seguro de las armas, adiestrando por última vez el manejo del machete, del puñal, del garrote. Los hombres se dan voces vivas y, sigilosamente, ciertas frases corren, se esparcen de boca en boca, y todos saben aquello. Un grupo desvía el camino por esta hondonada, y otro lo hace trepando una colina. El paso se ha morigerado sensiblemente y todo movimiento se lo lleva con cautela. Apenas clarea la madrugada: inciertamente se da la luz. Hay que llegar hasta una elevación que no dista quinientos metros de este lugar, y desde allí, todo es campo beligerante, en hombres, tierras y animales, a quienes estos seres de mirar opaco han venido a destruir. Se esparcen en grupos para llegar hasta la elevación. Cercanos

ya una cuadra, avanzando harto descubiertos y libremente, les sorprende una descarga furiosa y cruda, que pasma el impulso audaz; el fuego compacto se dirige hacia los cuatro frentes que forman los atacantes; algunos corren acometidos de espanto, otros tendidos en el suelo se procuran a gatas un refugio. Ya algunos contestan el fuego, pero los disparos de la colina de enfrente son más cohesionados y firmes; sólo se distingue un horizonte de fogonazos, sin precisarse en cambio, a los tiradores.

El fuego inusitado despierta las almas oscurecidas de estos hombres sin raíces; los estampidos levantan una realidad de hogar, de deseos nuevos, de cosas idas. La sangre se para, el oído atiende el venir de la muerte y es más confuso aún el porvenir en medio de las balas. Suena ensordecedor este disturbio amargo; clareando el día, hasta se presiente el quehacer que habitualmente se acostumbra, interrumpida por esta querella que de pronto, por no se sabe qué saber, se la siente lejana. No se puede ni llegar ni retornar; adelante y atrás, a un lado y a otro,

la hondonada abierta, la boca alerta del cañón enemigo.

La situación es cada vez más emergente. El Carlos, marido de la Lola difunta, que avanzaba a la cabeza, está de cara al cielo acribillado a balazos; Don Astudillo, grita a unos y a otros que resistan hasta que actúen las dos columnas que se separaron, pero no están muchos hombres útiles para oír con entereza. El Mudo Manuel también ha venido, todo él rengo y distraído, tiene un brazo atravesado, y gime desconsoladamente en el fondo de un hoyo.

El Tuerto Sunata sí que es todo un hombre. Dirigiendo una patrulla partió el primero por una elevación, y en menos de veinte minutos ha recorrido tres kilómetros dando una inmensa vuelta, hasta lograr una posición dominante, desde la cual mantiene superioridad sobre los fusileros enemigos. Hace fuego efectivo, hasta silenciar el sector derecho, progresando con una acometividad heroica. Ganando árbol por árbol, metro a metro el terreno, puede cercarles de manera de hacer fuego sobre el centro

enemigo y de esta manera salvar a los suyos que se defienden aún en la hondonada. Desgraciadamente son muy pocos y por no querer oír y alzarse demasiado para hacer señas a los suyos que avancen por su lado, ya tiene un tiro que le atraviesa el cuello. Del puro dolor blasfema que da susto; y en tanto los suyos se retiran, los otros tornan a avanzar.

Astudillo se da cuenta que no puede resistir con su gente haciendo impunemente de blancos fáciles, pesa su imprevisión, el desbordamiento, y principia a retroceder cediendo el campo a los otros. Al tratar de correr desde un banco de tierra donde se defendía hasta el refugio de un árbol, un balazo en el cráneo le hace dar dos vueltas y cae de bruces.

Sobre el tiroteo, a gatas el sol, trae al día ofreciendo apenas opaca luz que da cuerpo a los bultos torpes que se mueven como gusanos sobre la tierra húmeda de escarcha y de sangre. Más nutrido se vierte el fuego, y aprovechando un extraño silenciamiento, se desbandan a la carrera, en manada loca, sufriendo choques

entre sí, rodando aparatosos y lúgubres, arrastrándose los más, hasta alcanzar un hoyo en la tierra, la curva del camino: torcer para siempre de la planicie mortal en que cayeron.

Ahora se divisa claro el campo, las plantas, los árboles y los hombres. Recostados en la colina, unos que son muchos, inmóviles aparecen, dominadores y graves, con las armas en alto dispuestas, mirando huir a estos otros descoloridos y sucios. De vez en cuando disparan al aire para acentuar la carrera desventurada de estos desparramados y doloridos. Les dejan fugar, socorrer sus heridos; bruscos vacían el campo, perdiéndose entre el tejido inmenso de la tierra. En un campo de trescientos metros cuadrados, algunas decenas de hombres yacen templados, sin coraje ni venganza, sin alma y sin sangre.



Vinieron arrastrados por impulso corajudo indetenible; defraudados y mentidos al fin, por su simple sed, han roto sus vidas y su honor de

machos en una triste malaventura heroica, pretenciosa de hombría, ciega de odio incierto; al regresar, los que regresaron sobre sus pies temblorosos, o los que regresaron a cuestas, traen sus ojos y boca cubiertos de contornos felinos, que los hace mirar a veces hacia el camino dejado, escupir con desprecio y maldecir.

En el campo abandonado, yermo, los hombres que han bajado de la colina, turbias las miradas y el corazón rencoroso, recogen pasivamente los cadáveres trasladándolos lejos de este lecho inesperado y sorpresivo para ellos. Se dan voces los cargadores, voces sigilosas en medio de esta inmensidad sin oírlos. Voz apagada: enterradora. Esas voces transparentes como el aire, sin embargo, sepultan más hondo que el vientre caliente de la tierra por el acento ajeno y distante.

Junto con estos cadáveres van a incendiar sus casas. Sus mismas casas de su mismo campo. En ellas llenas de llamas incinerarán los cuerpos enemigos; se perderán esas casas y estos cuerpos helados para siempre. Sus casas que-

madas dirán que los otros que venían contra ellos las destruyeron, porque venían a destruir; pero nada avisarán en cambio, las cenizas confundidas de los hombres caídos.

Después de todo, ni unos ni otros, tienen espacio dentro de la justicia.

La noche obscura, densamente obscura, se ilumina con fogatas inmensas que asperjean esquirlas rojas contra el cielo negro. Unas más vivas, otras humeantes, las fogatas sepultureras hacen una línea quebrada de llamas crujientes, que se esparcen como mechones sacudidos por una locura desenfrenada.

Nuevamente aparece la madrugada; tras el horizonte un resplandor fulgurante ilumina la aurora del nuevo día. La naturaleza remotamente grande muestra sus protuberancias y su inmensidad silenciosa, bañada de frío y de escarcha. Una quietud asombrosa se esparce en el infinito. Nubes densas y negras vienen del sur: populosas y amenazantes se acercan hacia la planicie, cercenando los montes, cercando el horizonte.

El gorgojeo vivo y el vuelo violento de una bandada de golondrinas huyendo en busca de un refugio de naturaleza en paz, anuncia en su fuga el venir de la lluvia.

Agua de Jorge Fernández
fue editado bajo el número ocho en la

COLECCIÓN
Literatura y Justicia

Por el Consejo de la Judicatura siendo Presidente
Gustavo Jalkh Röben
en julio de 2014
con un tiraje de 30 000 ejemplares para ser distribuidos en forma gratuita en todo el país por el diario *El Telégrafo*.

Para este libro se han utilizado los caracteres Fairfield LT Ligth 12 puntos.